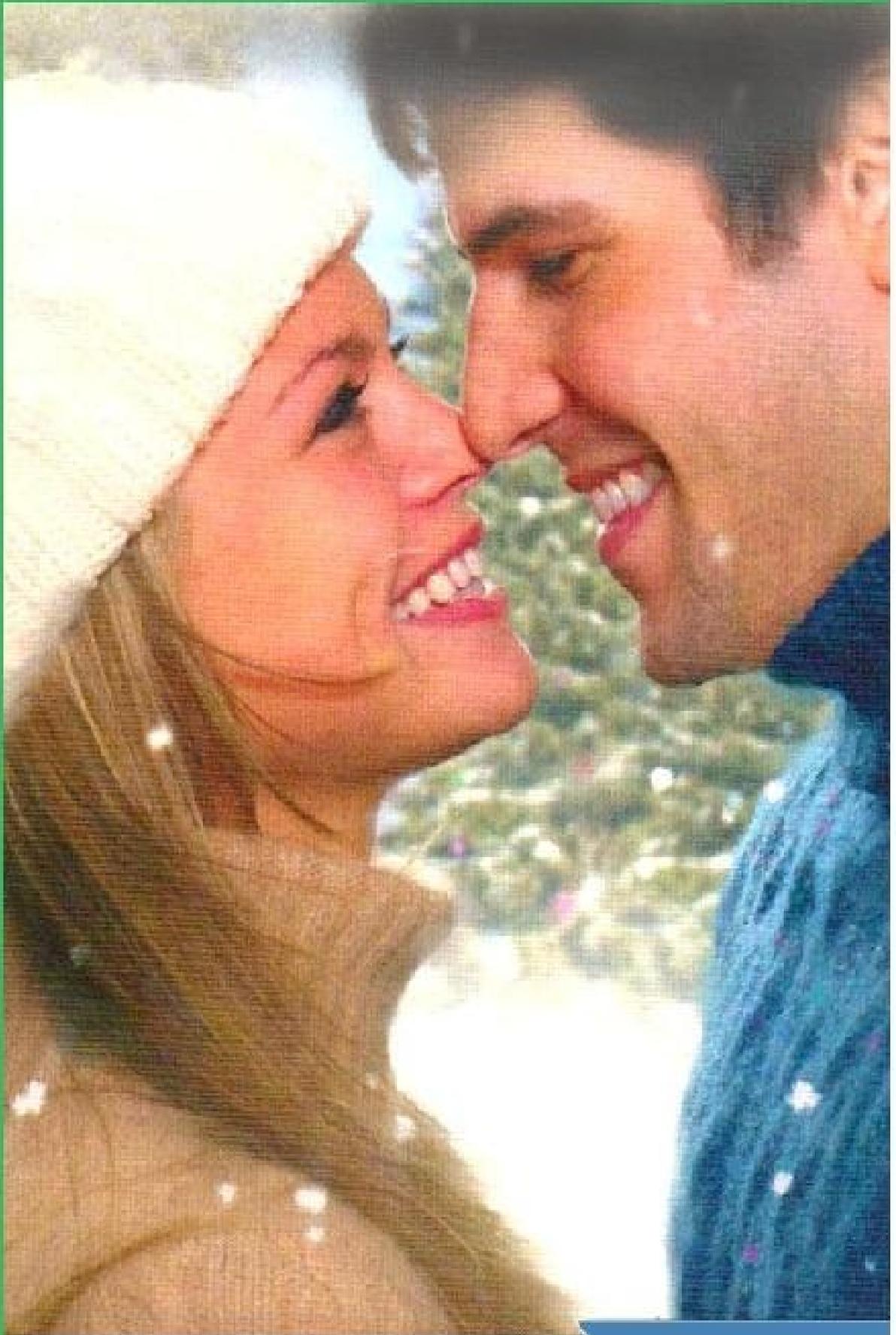


se

Su hombre ideal



CARA COLTE Lectulandia

Sólo quedaban cuarenta días para Navidad. ¿podrían en ese tiempo abrir sus corazones al amor?

A Kirsten Morrison le encantaba hacer feliz a los demás. Aunque sabía que corría el riesgo de sufrir, lo que más deseaba en el mundo era encontrar a alguien especial con quien compartir la Navidad.

En una situación normal, Michael Brewster nunca se habría ofrecido para envolver regalos para niños, pero aquélla era su primera Navidad solo; así fue como acabó llamando a la puerta de Kirsten.

Trabajando el uno junto al otro surgió entre ellos una atracción innegable. Quizá un beso bajo el muérdago fuese el comienzo de un sueño hecho realidad.

Lectulandia

Cara Colter

Su hombre ideal

*

ePub r1.0

Piolin 19.05.17

Título original: *Their Christmas wish come true*
Cara Colter, 2008

Editor digital: Piolin
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

Cuarenta días para Navidad...

El timbre de la puerta sonó como el disparo de un cañón, o más bien, como si las balas explotaran directamente dentro de su cabeza. Michael Brewster se dio media vuelta, abrió un ojo, y miró el despertador que estaba justo detrás de la lata de cerveza tirada sobre su mesilla.

Las seis. ¿De la mañana o de la tarde? De la mañana. ¿A quién demonios se le ocurriría venir a verle a las seis de la mañana? Se puso la almohada sobre la cabeza, pero el timbre volvió a sonar una y otra vez. Totalmente grogui, cual oso que sale de hibernar, buscó a tientas los vaqueros y se los puso. Descalzo y sin camisa, llegó dando tumbos hasta la puerta y la abrió.

La brisa de noviembre le ayudó a despejarse, y a calmar un tanto su enfado. Allí estaba su vecino, el señor Theodore, arrugado como un pequeño elfo, alegre contra toda lógica, dada la hora que era y el cielo plomizo que no anunciaba nada muy prometedor.

—Magnífica mañana, Michael, buenos días.

Con la cabeza que le estallaba, y la lengua que parecía que había estado limpiando el suelo con ella la noche anterior, Michael hubiera saltado con gusto al cuello de su vecino, o le hubiera dado con la puerta en las narices. ¿Pero cómo podría hacer una cosa así?

Michael había vuelto recientemente a la casa en la que había crecido, y el señor Theodore formaba parte, precisamente, de los recuerdos que le habían hecho volver a esa casa, que todavía olía a la pipa de su padre.

En más de una ocasión, el señor Theodore había padecido las andanzas de Michael y de su hermano Brian cuando eran pequeños, como cuando asaltaron su precioso jardín para llevarle flores a su madre, o cuando le destrozaron el manzano silvestre, o las travesuras por Halloween.

A pesar de todo ello, o tal vez a causa de todo ello, Michael había sentido una cierta cautela inicial cuando el señor Theodore le había ofrecido hacer algunas reparaciones en su casa. Michael, carpintero de profesión, se encontraba en la privilegiada posición de no tener que volver a trabajar nunca más. Además, si accedía se exponía a que el señor T le soltara sus sermones, ya que siempre había mostrado una faceta espiritual, digamos, ecléctica: lo mismo cantaba en el coro de iglesia, que hablaba del Dalai Lama, o de cualquier libro de filosofía o poesía. Pero, siendo sinceros, ¿no había Michael aceptado trabajar en su casa con la vaga esperanza de que su viejo y culto vecino tuviera alguna respuesta para su propia bancarrota espiritual?

El señor Theodore, sin embargo, no le había dado ningún consejo. Mientras

Michael iba arreglando los escalones de la entrada, o renovaba las ventanas, el señor Theodore le hablaba de temas aparentemente triviales, tipo cómo cuidar geranios, o qué vecinos hacían las mejores tartas, a la par que le ofrecía, eso sí, una cantidad de trabajo inagotable. Cuando un trabajo se terminaba, otro aparecía como por magia.

Pero las seis de la mañana, francamente...

—Estaba pensando...

Michael suspiró interiormente, e intentó adivinar. ¿Qué detalle se le había escapado esta vez? ¿Goteras en el tejado, o tal vez en el lavabo? Con todo, Michael sintió un cierto alivio. Por lo menos, ya tenía algo que hacer hoy.

Si no fuera por esos trabajillos, Michael estaría seguramente más perdido de lo que ya estaba, o sea, tan perdido como había estado antes de que el señor Theodore llamara a su puerta por primera vez, y le quitara de delante de la pantalla de su inmensa televisión de plasma, única compra que había realizado desde que se hizo con todo aquel dinero.

Michael Brewster no había nunca contado con terminar siendo inimaginable e increíblemente rico a los veintisiete años de edad. Si hubiera soñado con ello alguna vez, ahora seguramente no lo consideraría una desgracia. Pero lo era. Y se desharía de todo ese dinero con gusto en un instante si con ello pudiera...

—Las luces de Navidad —dijo el señor Theodore alegremente.

Notando la confusión de Michael, repitió:

—Navidad, es casi Navidad. Hoy es... —consultó su reloj— quince de noviembre. Yo siempre pongo los adornos de Navidad el quince de noviembre.

Michael se había quedado estrictamente en la palabra «Navidad». Periféricamente, en los bordes de la neblina en que vivía, debía haber notado que las tiendas empezaban a tener adornos de Navidad, y que el gris invierno había llegado a su jardín. Aun así, sintió que nadie le había avisado.

Sólo de pensar en la Navidad, Michael se hundió. ¿Ya? ¿Cómo era posible? Durante un espantoso momento recordó el olor a abeto, a las tartas de su madre en el horno, a la loción para después del afeitado de su padre. Incluso podía oír la risa de su hermano, los papeles de los regalos al abrirlos... una sensación de pérdida y soledad le hizo casi tambalearse.

Y la pregunta que tanto le torturaba, la que no le dejaba dormir en toda la noche, la que le hacía dar vueltas por toda la casa como un poseso, la que le hacía beber cerveza todo el rato, y mirar fijamente durante horas la pantalla de televisión para ver si se olvidaba de todo, saltó de repente a su garganta. Intentó reprimirla, pero sintió que, si no la dejaba salir finalmente, en voz alta, sería la pregunta la que le estrangularía a él.

—¿Cómo voy a sobrevivir a todo esto? —preguntó finalmente.

Justo lo que pensaba, lo que temía: no existía ninguna respuesta a aquella pregunta.

El señor Theodore le tocó en el brazo.

—Encuentra a una persona que esté sufriendo más que tú —dijo con firmeza—, y ayúdala.

Imposible. Nadie podía estar sufriendo más que él. Nadie.

—¿Dónde guarda los adornos de Navidad? —preguntó secamente.

Resultó que el señor Theodore los guardaba en el garaje, y que tenía suficientes como para hacer palidecer de envidia al mismísimo Papá Noel. Filas, y filas, y filas de luces para poner por toda la casa, coronas de acebo para todas las puertas y todas las ventanas, un papá Noel luminoso, y un juego completo de renos para el tejado... más un belén con figuras de tamaño natural de María, José y la muía, y el correspondiente establo para alojarlos en el jardín.

Michael se encontraba intentando poner la bendita mula de cien kilos en el jardín, cuando se le acercó el señor Theodore y le entregó una hoja de papel cuidadosamente doblada.

—Sobre lo que hablamos antes —dijo, y se volvió a casa temblando del frío que hacía.

¿De qué habían hablado antes? Michael miró el papel. Lo que él necesitaba era un teléfono de ayuda, no una cita de la Biblia, o del Dalai Lama. Reprimió el deseo de estrujarlo y tirarlo. Después de todo, el señor Theodore no le había mencionado nada de todo eso hasta ese momento. Quizás podría haber algo que le sirviera de ayuda. Lo abrió impaciente.

Lo que encontró fue una dirección del final de la Avenida Washington, en la parte pobre de Treemont. Debajo de la dirección había un nombre.

Michael recordó la conversación anterior. «Encuentra a una persona que esté sufriendo más que tú, y ayúdala». Como si eso fuera posible. Con todo, las palabras justo debajo, Sociedad Secreta de Papá Noel, picaron su curiosidad.

Treinta y nueve días para Navidad...

—Necesito un elfo —dijo Kirsten Morrison al teléfono—, y no el que me envió el año pasado. ¿Que no debería ser tan quisquillosa sobre un elfo gratis? Se emborrachó, y se cayó del trineo.

Una corriente helada le recorrió la espalda. La puerta principal se debía de haber abierto.

—¿Qué hay escasez de elfos? Ah, escasez de elfos voluntarios. ¿Y cuánto tendría que pagar por un elfo que no se emborrachara ni se cayera del trineo? —dijo como si tuviera suficiente para pagar un elfo, cosa que no era el caso—. ¿Quinientos dólares? ¿Se burla de mí? ¡Eso es un robo!

Miró la puerta de la oficina para ver quién había entrado. No era fácil, pues no había, digamos, una vista despejada en aquel antiguo mercado ahora invadido por los juguetes. Dieciséis cajas de triciclos habían llegado esa tarde, y bloqueaban

prácticamente la puerta principal.

«Hay que montar esos triciclos», Kirsten hizo una nota mental.

Por fin pudo ver al visitante, e involuntariamente contuvo la respiración. Se trataba de un hombre alto, algo menos de uno noventa quizás, de hombros increíblemente anchos, y manos fuertes y poderosas, y sin guantes a pesar del gélido invierno. Manos que podrían hacer a una mujer consciente de que estaba sola, y de que había cosas que nunca iba a ser capaz de hacer sola, independientemente de lo muy independiente que se sintiera.

Era el tipo de hombre que está francamente bien, incluso muy bien. La clase de hombre que hace a una mujer repentina e intensamente consciente de ansias que normalmente mantiene en secreto. El personaje ideal para empezar una historia de las que terminan... y comieron perdices. Salvajemente atractivo: pelo rebelde color chocolate hasta los hombros, patillas «tipo duro» enmarcando unos pómulos perfectos, barbilla esculpida por los dioses, y boca de labios carnosos y sensuales, aunque sin sonrisa. ¡Y qué ojos! Un verde antes nunca visto, entre jade y esmeralda, y unas pestañas simplemente indescriptibles.

—En un segundo estoy con usted —gritó.

Se volvió, tratando de concentrarse en la conversación telefónica que la ocupaba.

—¡Quinientos dólares por un elfo! ¿Dónde está su espíritu navideño? ¡Ah! ¡Y usted más!

Colgó el teléfono de un manotazo, y, finalmente, cruzó el improvisado almacén en que se había convertido la entrada. No había sitio material por donde pasar, y unas muñecas se cayeron de una de las pilas de cajas de juguetes que tuvo que sortear para llegar al diminuto espacio libre que quedaba ante la puerta. Espacio enteramente ocupado por él. Él agarró las muñecas antes de que cayeran al suelo, con la velocidad y la gracia de un atleta, lo que le colocó a escasos centímetros de ella.

«Que me maten si no es todavía más guapo de cerca».

Excepto sus ojos. Algo empañaba aquel verde, una especie de frialdad indescifrable.

Él miró las muñecas, vestidas de princesas, y se las dio a ella como si le quemaran en la mano.

—Gracias —respondió ella secamente—. No sé por qué, pero usted no tiene pinta de venir aquí a entregar una carta a Papá Noel.

Él no contestó. Sólo cerró la puerta.

A Kirsten le habían dicho repetidas veces que se trataba de una zona difícil, y que cerrara con llave cuando estuviera sola en el edificio. ¿Pero, y si venía alguien a entregar una carta?

Además, sentía que este hombre no era de los que dan miedo, aunque francamente sí de los peligrosos, y con suficiente atractivo como para que una chica que llevaba cuatro años sin creer en cuentos de hadas, se sintiera extrañamente amenazada.

—Así que no hay carta de Papá Noel —dijo con forzado entusiasmo—, ¿Qué puedo hacer por usted?

—Le oí decir que buscaba un elfo —dijo, mirándola sin el más mínimo interés.

¿Que ese tipo venía buscando trabajo de elfo? Si le hubiera dicho que estaba buscando la Escuela de Ballet, no le hubiera sorprendido más. En contraste con la expresión de sus gélidos ojos, lo dijo con un tono ligeramente simpático. O sea, que había oído su conversación. Esperó a ver si sonreía, pero ni rastro de sonrisa. Era como si el tono humorístico de sus palabras, y obviamente, él era el hombre menos indicado para hacer de elfo, quedara muy lejano del hielo que reflejaban sus ojos.

—Ah. Un elfo es justo lo que necesito, pero me temo que usted no da la talla. No aceptamos a nadie por encima del metro cincuenta. El del año pasado, por ejemplo, medía uno cuarenta y ocho —dijo, y se le quedó mirando a la espera de una sonrisa.

—Pero se emborrachó —dijo él.

Era evidente que había seguido la conversación con detalle. De sonrisa, nada. Y si eso no le arrancaba una sonrisa... Aunque consciente de que debía andarse con mucho cuidado si no quería problemas, se sentía como si fuera su obligación hacerle sonreír.

—Fue un grosero —respondió haciendo caso omiso de lo de andarse con mucho cuidado—. Se pasó todo el tiempo preguntándole a Papá Noel si quería ver cómo se tiraba ventosidades.

Notó que le subía aquella oleada de calor que tan bien conocía. Desde niña, Kirsten había sufrido lo indecible con lo de sonrojarse. Recientemente, había logrado encontrar una fórmula para atajar la subida de ese molesto rojo carmesí pensando rápidamente en algo... en lo que fuera. Por alguna razón, pensar en el pescado del mercado le funcionaba a las mil maravillas. ¡A la rica trucha!

—Una excelente razón para empezar a considerar contratar elfos más grandes —dijo él—, a la vista de que con los pequeños no sabes por dónde te van a salir.

—¡Nunca hemos tenido un elfo grande!

Reglas. En algo tenía que refugiarse.

—Una lástima. Y discriminatorio, ya que atenta contra la ley de igualdad de oportunidades.

—Realmente, lo que creo que está muy castigado es hacerse pasar por un elfo. Así que ¡a atiborrarse de turrón, a darle a la zambomba y al pandero, y a cantar villancicos!

Ni media sonrisa, aunque sí un algo indefinible en aquellos ojos misteriosos, como una chispa diminuta de luz que destella a través de hielo verde.

—Pero, aquí ¿quién se está haciendo pasar por quien no es? —preguntó él—. Le acabo de oír decir que usted era Papá Noel. Una mentira evidente. Y desde luego, Papá Noel nunca pondría como castigo atiborrarse de turrón, darle a la zambomba y al pandero, y cantar villancicos. Y, muchísimo menos, andaría por ahí sin barba blanca y sin barrigón.

Fue ella quien sonrió entonces, encantada a su pesar por esta espontánea y peligrosa charla con un misterioso desconocido en una tarde fría y gris. Sonrió, pero sólo hasta el momento en que se dio cuenta, e intensamente, de que él la estaba inspeccionando.

Nada más lejos de la heroína del y comieron perdices que la pinta que ella llevaba. El almacén estaba siempre helado y lleno de polvo, así que llevaba una falda marrón descolorida, unas medias de ancianita, unos zapatos cómodos, y una rebeca con los codos roídos. Se acordó de que llevaba el pelo espantoso, y la—mentó no haber dejado que Lulu, una de las voluntarias, le tiñera de rubio su castaño ratonil natural con todo lo que le había suplicado.

—Kirstie —le había dicho Lulu—, por favor, que tienes veintitrés años, y parece que tienes cuarenta.

«Eso es lo que tienen los hombres, que después de cuatro años sin salir con nadie apostada, te pones de repente a preocuparte de si llevas la chaqueta así o el pelo así, y a acordarte de que acaban de donar una caja de brillos de labios de veinticuatro tonos que está sobre tu escritorio», pensó.

O sea, que en un abrir y cerrar de ojos, una mujer de pragmatismo irreprochable, se pone a pensar: «Si Cenicienta puede, yo también».

—Una lástima también que tenga usted una visión tan estrecha sobre Papá Noel —dijo ella tratando de no mostrar lo insegura que la ponían todas esas cosas—. Aquí, yo soy Papá Noel. O al menos su espíritu. Y me encargo de que los niños del barrio tengan regalos de Navidad.

—Pero seguro que se quedarán de piedra cuando se enteren de que usted es Papá Noel —insistió él.

No parecía en absoluto conmovido por su altruismo, más bien creyó detectar cierto cinismo en su expresión.

A Kirsten le molestó tener que admitir que buscaba el reconocimiento de un completo desconocido por sus actividades porque sabía que su aspecto nunca le impresionaría.

—Pues ya ve, nunca se enteran. Por eso precisamente se llama Sociedad Secreta de Papá Noel. Hacemos una fiesta, y elegimos a uno de los voluntarios para hacer de Papá Noel.

Ahora sí que estaba perdiendo los papeles con toda esa información que a todas luces a él no le interesaba lo más mínimo. Y lo peor es que se daba cuenta de se estaba poniendo a la defensiva.

¿Por qué? ¿Por aquella sombra de cinismo? ¿Porque la miraba como si fuera la Madre Teresa? ¿Por no haberse teñido el pelo? Había que acabar con aquella conversación.

—A menos que vaya usted a demandarme por no tener un puesto de elfo disponible, voy a tener que volver a mi trabajo, que tengo mucho que hacer.

¿Cuándo había sido la última vez que se había puesto así por un hombre?

Una pregunta fácil. Con la única relación seria que había tenido en su vida, el primer año de universidad. Concretamente con James Moriarty, que había fingido que ella le gustaba, o más exactamente, que le volvía loco, durante unas embriagadoras seis semanas más o menos, cuando lo que realmente quería era ayuda para copiar en el examen de matemáticas.

Y luego estaba Kent, su cuñado, ex cuñado, que había jugado a Don Vecino Encantador, el marido perfecto. Pero cuando la familia entera le había necesitado más que nunca, ¿qué había hecho él? Jugar a pilla pilla, y a otras cositas, con su secretaria.

Por eso no quería ni oír hablar de cuentos de hadas. Los hombres, en todos sus miles de aspectos, nunca eran lo que ellos querían hacerte creer que eran. Sobre todo mosquitas muertas como ése: grande, atlético, seguro de sí mismo, guapo para morirte.

Por mucho que en apariencia no parecía tener segundas intenciones, había algo que acechaba desde la profundidad de aquellos ojos, algo que amenazaba la coraza de su corazón.

Trató de identificar de qué se trataba. ¿Perdido? No, no exactamente, aunque la idea en sí añadía unas gotas de intriga a ese hombre que seguía allí, de pie frente a ella, derrochando seguridad en sí mismo.

Como era de esperar, él hizo caso omiso a sus palabras.

—Ni siquiera yo tengo el corazón tan duro como para denunciar a la Sociedad Secreta de Papá Noel.

Confirmado. De vuelta de todo y cínico, tal como ella había deducido. Nada del típico voluntario con ademanes de abuelote jovial que solía pasarse por allí.

—Pues eso, que no hay ningún puesto de elfo disponible —repitió Kirsten.

Lo dijo convencida de que con eso zanjaría la cuestión, pero hasta ella misma podía oír que el tono de su voz reflejaba algo bastante diferente: que realmente le gustaría darle algún trabajo, aunque un hombre como él nunca tendría mucho que hacer en una organización como ésa, y aunque ella hubiera decidido que él no le gustaba. O, al menos, que no le gustaba el efecto que tenía en ella. Entonces, se sonrojó.

Sucedió sin aviso, nada del habitual calor que le subía al pecho primero, dándole tiempo para empezar el ritual de los filetes de pescado. Cuando ella se sonrojaba, su cara entera se volvía carmesí, de la barbilla a la frente, como una luz de Navidad roja que parpadea a la vida.

Fue entonces cuando él, finalmente, sonrió. Fue sólo un movimiento mínimo del labio, como si le hiciera daño sonreír, algo que ni siquiera afectó lo que se escondía en aquellos ojos.

—Puedo hacer otras cosas —dijo—, además de ser un elfo.

—¿Como qué?

Ridícula pregunta. Él lo había dicho de mala gana, y ella había decidido ya que no lo quería allí. Era la clase de hombre que podría hacer mucho daño a una mujer como

ella, incluso sin proponérselo, sin ni siquiera tener que volver la vista atrás.

La sonrisa se había desvanecido por completo. La miró pensativamente durante un interminable instante. Kirsten se dio cuenta de que se había puesto claramente a tiro. Por supuesto que había otras cosas que él podía hacer, y más que bien. Con aquellos labios, con aquella boca, a besar, por ejemplo, no le ganaría nadie.

Cualquier otro habría agarrado al vuelo la oportunidad de hacerle saber lo bien que se le daban ésa y otras habilidades que ella, a todas luces, no practicaba a menudo. Pero este hombre en concreto, por suerte, dejó pasar por completo la oportunidad de coquetear con ella, aunque tuviera pinta de sentirse en su elemento coqueteando con magníficas mujeres que sí se teñían el pelo, y sí se pintaban los labios cada día, y que llevaban vaqueros ceñidos marcando las caderas en vez de faldas marrones desaliñadas.

Los días de coqueteo de Kirsten, si podían llamarse así, quedaban lejanos, muy lejanos. Y, de alguna manera, tal vez debido a aquella mirada en sus ojos, ella sospechó que los de él, también.

Creyó que él no iba a contestar nada, pero entonces, bruscamente y de mala gana, dijo:

—Supongo que depende. ¿Hay alguna otra cosa que necesite que haga?

¿Qué mujer podría estar frente a frente con un hombre como ése, y no pensar en todas las cosas que necesitaría que le hiciera? Para empezar, un masajito en el cuello, que lo tenía muy tenso.

Se quedó asombrada de sí misma.

Cuatro años. Literalmente, una monja. Y además, elegido por ella. El divorcio de su hermana Becky, una pareja a la que Kirsten había idolatrado, había roto algo muy dentro de su corazón. Becky y Kent habían empezado a salir justo después del fracaso con James, y del divorcio de sus padres tras veintinueve años de matrimonio. Kirsten, una adolescente todavía impresionable, esperanzada e ingenua, había transferido entonces su necesidad de creer en el amor para siempre a Becky y Kent. Al final, lo que ellos lograron reforzar fue precisamente su miedo más profundo: que las cosas que parecían fuertes podrían ser tan, tan angustiosamente frágiles.

—Pero entonces —dijo sin tratar de esconder su incredulidad, y pasando directamente a otro tono—, ¿realmente has venido aquí para ofrecerte de voluntario?

Michael dudó, y finalmente, más o menos asintió con la cabeza.

—Soy carpintero de profesión. ¿Hay algo que necesitas que haga?

Ella suspiró. Había tanto que hacer. Dieciséis triciclos para empezar. Era evidente que él no podía haber venido a ayudar como voluntario, pero daba igual. En esos momentos, un hombre fuerte para descargar camiones, o colocar los artículos pesados en las estanterías, era como si se le hubiera aparecido la Virgen. Y encima, carpintero. Todos los años construían una especie de trineo para repartir los regalos encima del desvencijado remolque que tenían en el almacén. Y todos los años Kirsten se maravillaba de que nadie se rompiera la cabeza, o de que todo aquello no se les

viniera abajo.

Pero ¿invitar a un tipo tan tentador como él a compartir su espacio? Ese era su mundo, el único dónde todo estaba bajo su control, y de ninguna manera iba a echar todo eso por la borda por un simple trineo en condiciones.

Además, le costaba creer que de verdad él hubiera venido a trabajar de voluntario, no daba el tipo. Tenía que haber truco, y pronto se descubriría la farsa.

En un mundo de cuento de hadas, él sería la respuesta ideal para el tema de los triciclos sin montar, y para tener un trineo como es debido, sería la respuesta para todo, incluida la soledad que la acechaba y despertaba por las noches. Pero ella había aprendido de la manera más brutal que los cuentos de hadas no existían, y que lo mejor que podía hacer una mujer era ser totalmente independiente, no confiar en nadie sino en ella misma.

Pero había algo, «¿el qué?», en aquellos gélidos ojos, que la invitaba a confiar y a confiarse.

«Cuidado, algo que probablemente también te rompería el corazón en dos», pensó a modo de aviso. Como si su corazón no estuviera ya roto en dos.

Se volvió y miró su despacho, de donde provenía la seguridad relativa que sentía frente a sus problemas. No, no era momento para un encuentro como ése, ni ella se sentía lo bastante valiente para averiguar qué había detrás de aquella oferta en apariencia desinteresada.

—Lo que necesito es encontrar un elfo —repitió a modo de nuevo rechazo a su oferta—, y cincuenta anoraks de niño. Eso es lo que necesito.

Eso tendría que haber sido suficiente para desanimar a cualquiera, incluido él. Pero no, él no parecía la clase de tipo que se desanima por tal nimiedad. Silencio. Allí seguía, sin moverse, con su chaqueta de cuero vieja y sus vaqueros con un estratégico agujero en la rodilla, no la ropa más adecuada para un frío como ése, pero sí para acercarle al look de los modelos de las revistas.

Kirsten comprendió que tenía delante a un hombre que pasaba de ropas, del frío, y quién sabe si de todo lo demás. Exactamente el tipo de hombre que su madre aconsejaba mantener «mientras más lejos mejor».

Claro que eso había sido otra bofetada en la vida. Tener que aceptar que su madre no siempre había sido la más sabia de las mujeres. Su madre que, por ejemplo, no había logrado salvar su matrimonio. Su madre que, sin ir más lejos, pensaba que Kent y Becky hacían una pareja ideal. Sin mediar palabra, el desconocido hizo una leve inclinación de cabeza, se dio media vuelta, y desapareció por la misma puerta por la que había entrado. Un aire gélido se coló en el interior.

Kirsten estiró el cuello todo lo que pudo para seguirle con la vista, pero nevaba demasiado, y él parecía haberse desvanecido cual fantasma, o cual si nunca hubiera estado allí.

«¡Qué rarito todo!», pensó volviéndose a su despacho.

Miró el calendario. ¡Treinta y nueve días!

Miles de cosas aún por hacer, y casi no quedaba tiempo. No había un segundo que perder, y menos en aquellos ojos verdes. ¿Pero qué era lo que reflejaban? Soledad. No. Miedo a estar solo. Por ahí ya iba más encaminada. El miedo a estar sólo de un hombre que ha estado en el infierno, decidió. Compadecerse de él, dejarse arrastrar por el misterio reflejado en aquellos ojos sería lo más peligroso del mundo. Ni un segundo había que dedicarle al tema.

La puerta se abrió de nuevo, y ella se giró como movida por un resorte, esperando, aunque quisiera negarlo, que fuera él. Pero no. Era el señor Temple, el cartero del barrio y su más fiel colaborador, espía y conspirador, que por estas fechas le traía algo más que el correo.

—Los chicos de los Johansson no tienen ni para comer. Ni siquiera esperan que Papá Noel les traiga algo, para qué, ya saben que no les va a traer nada. Qué pena, señor, unos críos y ya al tanto de las miserias de la vida. Pero ya se lo dije, eh, que había que intentarlo por si acaso.

—¿Y? —preguntó Kirsten.

Con los ojos brillantes de la emoción, le pasó una nota con la dirección de los chicos, una de las viviendas en peor estado de la zona. Hans quería una bici. Lars, una pelota de baloncesto.

—Hecho —contestó, sintiéndose feliz de poder hacer realidad esos sueños.

Daba igual que no hubiera tiempo o dinero, todos los años pasaba lo mismo, y todos ocurría el mismo milagro al final. Más llamadas de teléfono por aquí, más cartas por allí, alguna que otra aparición en la radio, y, ¡magia potagia!, todo se arreglaba. Y además, qué maravilla que te pidieran cosas que sí podías conseguir. Kirsten llevaba un archivo con todas las que no se podían conseguir, su carpeta de Sueños Imposibles.

—Y tengo otra cosita para ti, Kirstie —dijo alargándole una revista.

—¡No! ¿Cómo has hecho para conseguirlo? —preguntó tomando el catálogo con sacra reverencia.

—Te lo diría, pero tendría que cobrarte por ello, así que mejor lo dejamos —bromeó el cartero.

Se trataba del catálogo especial de Navidad de Pequeñines y el Amor, una colección de figuritas de porcelana creada en la década de los cincuenta por un tal Lou Little. Todas las figuritas mostraban la pareja formada por Harriet y Smedley en las más tiernas escenas de amor, y todas reflejaban la inocencia, la ternura y la admiración que cada uno sentía por el otro.

Oficialmente sólo recibían el catálogo los que habían adquirido el rango de Gran Coleccionista, muy lejos de Kirsten que, con sus doce figuritas reunidas con gran esfuerzo entre regalos y hallazgos en tiendas de segunda mano, se encontraba en el nivel más bajo. Con su sueldo, podía estar satisfecha si llegaba a comprarse una al año. Y había cientos de ellas.

Corrió a su despacho a encerrarse y disfrutar de aquella joya. La nueva colección,

en un alarde de innovación, mostraba a la pareja en diferentes momentos de la historia.

Una pieza en particular dejó a Kirsten totalmente embelesada. El caballero de la Armadura Resplandeciente, con Smedley y montando un magnífico caballo blanco, visor levantado, inclinándose para besar la mano de Harriet. Miró el precio e hizo una nota mental para incluir la figurita, y el resto del catálogo, en su propia carpeta de Sueños Imposibles. Decidió dejar el catálogo por el momento, luego le dedicaría horas a placer en casa.

Aquel catálogo debería haber sido más que suficiente para borrar de su mente el «encuentro raro». Pero, bien a su pesar, no lo había hecho. Por más que intentaba concentrarse en las tareas de contabilidad, su gran responsabilidad considerando que ella era la fundadora y la única persona con sueldo allí, la mente se le iba a otras cosas, y no precisamente a pensar en Smedley a caballo, sino más bien en verdes y gélidos ojos.

«Así no vas a llegar nunca a «Gran Coleccionista», se dijo en tono de reprimenda.

Capítulo 2

CUANDO Michael Brewster salió de la Sociedad Secreta de Papá Noel nevaba todavía más.

La oficina estaba en uno de los barrios más pobres y poco seguros de Washington. Vio a un hombre acurrucado en el portal de al lado. ¿Esperando quizás una oportunidad para entrar y hacer algún «trabajito»?

Michael le dirigió una mirada fulminante.

Kirsten había cubierto las ventanas con papel para impedir que los niños vieran sus actividades de alto secreto, pero sería más seguro tener el interior del local a la vista. No era el barrio más apropiado para una mujer que trabajaba sola en aquel lugar atestado de, bueno, de cosas.

Y más una mujer como aquélla, menuda y frágil, la clase de mujer que hacía que un hombre se sintiera protector. A pesar de llevar ropas sueltas y holgadas, Michael pudo adivinar unas curvas apetecibles bajo ellas, y una atractiva feminidad que podría hacerla muy vulnerable por esos lugares. ¡Y aquellos ojos! Enormes, gris intenso, pestañas imposibles. Había algo en ella que le intrigaba. Quizás su falta de interés sobre su propio aspecto.

En cualquier caso, ¿dónde tenía esa mujer la cabeza, metida allí sola todo el día con esas cosas? ¿Era más valiente que Superman, o simplemente tonta? Bueno, agallas tenía, porque ir buscando un elfo por la vida... Seguro que había ángeles de la guarda que cuidaban a gente de este tipo.

¿Pero qué estaba pensando? ¿Ángeles de la guarda? Él sabía mejor que nadie que los ángeles de la guarda no existían, ni para ella, ni para nadie.

Bueno, había obedecido al señor Theodore, y había venido en busca de alguien en peor situación que él. Evidentemente, no se trataba de ella. Guapa no era, ni siquiera guapita, excepto los ojos, brillantes y luminosos, que casi te hacían olvidar el jersey aquél que llevaba puesto, igualito a los que tejen las abuelas. Por alguna extraña razón, incluso su pelo, una sencilla melena castaña clara hasta los hombros, le había gustado.

Le recordaba vagamente a aquel tipo de chica del instituto, muy capaz, muy estudiosa... e invisible. No el tipo de chica que recurriría a lo de que le dan miedo las arañas, o a que se le cae algo al suelo cuando pasan los chicos. No se teñía el pelo de rubio, ni se pintaba los labios, ni llevaba las uñas preparadas para dejar su marca en la espalda de un hombre, ni había peligro de que se le corriera el rímel si lloraba. O sea, la clase de chica con la que él no había tenido nada que ver en toda su vida.

Y no es que tuviera ganas de empezar a hacerlo ahora. Aunque lo de las uñas de ella sobre su espalda le había hecho sentir un cierto estremecimiento. Sorprendente. Hacía mucho tiempo que no sentía nada por ninguna mujer. Además, él nunca había sentido nada por una mujer como ella: directa, inteligente, pura. Las mujeres exigen

energías, recordó, y a él no le quedaba ni una gota. Eso era todo.

Y una mujer como ella, sacando adelante sola la Sociedad entera, debía requerir incluso más energías porque, a pesar de su aspecto en apariencia casi anodino, aquellos ojos tan especiales dejaban entrever una personalidad compleja. Profunda. Sensible. Inteligente. Divertida.

No le hacía ninguna gracia seguir pensando en ella. Su misión, si se la podía llamar así, era encontrar a alguien en peor situación que él, que claramente no podía ser Doña Mamá Noela, tan decidida buscando elfos, y tan convencida de que sus buenas acciones la libran de todo mal.

Pero había un montón de chicos por ahí sin anoraks, y el duro invierno había llegado. Se preguntó qué sentirían unos padres que no pueden comprar un anorak a sus hijos cuando tienen frío. Quizás por eso el señor Theodore le había mandado ahí, además de para que se mantuviera ocupado durante las Navidades, unas fiestas familiares. Unas fiestas sin «fiestas» para las familias que no tienen nada. O para alguien, como él, que no tiene familia.

Respiró profundamente. Calma. Hay que ir paso a paso, instante a instante, cosita a cosita.

En ese momento, lo fundamental era buscar cincuenta anoraks y un elfo. Le costaba creer que lo dijera en serio, parecía casi un chiste que se fuera a poner realmente a buscar cincuenta anoraks y un elfo, pero eso es lo que había, y él necesita hacer algo urgentemente o... quién sabe lo que podría pasar.

«¿Cómo voy a sobrevivir?».

Su mundo había sido destrozado. Arrasado. Nevaba intensamente y recordó que debería sentirse congelado, pero él ya no sentía el frío. Dos temporadas cada año, la familia entera dejaba de lado su vida cotidiana, y él su carpintería, y se dirigían a Alaska para la pesca del cangrejo. Tras haber sobrevivido después de seis horas metido en las aguas heladas del Mar de Bering, Michael nunca volvió a sentir frío. O calor. Vivía en una especie de limbo donde no sentía ni el uno ni el otro. Estrictamente, se limitaba a sobrevivir.

Tenía que centrarse en lo que tenía que hacer en este momento y punto. Como hacía en casa del señor Theodore, la mente justo en lo que tenía delante de los ojos, que si una ventana rota, que si un grifo que gotea. Había muchos trucos para callar la mente.

Se paró en una cabina telefónica y miró lo que quedaba de la guía telefónica. Hoy estaba de suerte, sería en pago a su buena acción, pues las páginas de tiendas de ropa allí seguían. Pero ¿exactamente él que buscaba? ¿Anoraks de qué talla? ¿De niño, de niña? ¿De qué tipo?

Podría volver y preguntarle a ella. Pero no. Quería sorprenderla. Era evidente con mirarla que no esperaba demasiado de él. Seguramente, ni siquiera pensaba que volvería. Quizás, ni siquiera quería que volviera, lo que no era habitual que le pasara a Michael con las mujeres.

De hecho, podía hacerlo. Simplemente, no volver. Dejar ese encuentro perdido en el olvido. Ponerse a buscar anoraks ahora seguramente removería sus sentimientos, ya mismo estaba empezando a notar un cierto algo en el estómago. ¿Cómo no iba a sentir nada con una tarea como aquélla? ¿Era eso lo que el astuto señor Theodore había buscado? ¿No se daba cuenta el señor Theodore de que, si la coraza alrededor de Michael estallaba, el terremoto que desataría sería peligroso, destructivo y devastador?

No. Tenía que olvidarse de los anoraks. ¿Y dejar a cincuenta niños sin anoraks? ¡Maldita sea! ¿Qué demonios iba a hacer entonces?

Un momento, no estaba nada bien que un emisario oficial de Papá Noel, incluso un emisario extraoficial, se pusiera a maldecir de aquella manera. Arrancó la hoja de las tiendas de ropa, y ya de paso otra que traía un listado de payasos. Los payasos tienen que ver con los elfos, ¿no?

«Culpa», pensó sorprendido. Su primer sentimiento en mucho tiempo. Excluyendo, claro está, a Doña Mamá Noela. Calidez no era exactamente la palabra, pero sí algo que se le parecía bastante. Un cierto revivir aquello que se llamaba «querer algo». ¿Querer qué? Conectar con ella, intercambiar cuatro frases, compartir un poquito de la vida normal con otro ser humano. Le había gustado ver cómo se sonrojaba, le pareció tierno. Hacía mucho, mucho tiempo que no sentía el más mínimo sentimiento de ningún tipo hacia nada o nadie. Y ahí estaban, sólo una hora después, todos esos sentimientos jugando a asaltarle.

¿Y sería eso suficiente para salvarle? ¿O destrozaría lo que quedaba de él? Decidió tener un poquito, una cosita mínima, de fe. Otro concepto largo tiempo desaparecido de su vida. Y es que no se puede uno dedicar a Papá Noel alegremente, y que no le pasen cosas. Como mínimo.

En el lado opuesto de la ciudad, todo era bien diferente: edificios caros y elegantes, luces y colores en las calles, escaparates navideños por todas partes. Entró en unos grandes almacenes con su gran árbol de Navidad y sus villancicos. Odiaba aquello.

Inmediatamente, una dependienta lo asaltó. Exactamente, digamos, su tipo: alta, rubia, esbelta, labios y uñas a juego, y gorrito de Papá Noel. Era Calypso, según pudo leer en su tarjeta identificativa. La mujer de la Sociedad Secreta no llevaba tarjeta identificativa. Se dio cuenta de que no le había preguntado su nombre. Seguro se llamaba algo práctico y directo, como Helen o Susan.

—Quisiera cincuenta anoraks.

—¡Cincuenta anoraks! —respondió Calypso, inclinándose lo suficiente para ofrecerle un ángulo privilegiado de su sujetador rojo, a juego con el gorrito navideño.

A pesar de su recientemente recuperada capacidad de sentir algo hacia alguien, con Calypso no fue el caso, no más allá de lo estrictamente profesional. Como pudo, localizó cincuenta anoraks, lo más prácticos posible, y en tallas y colores lo más variado posible. Añadió unos cuantos sacos de dormir, que animaron a Calypso a

echarle picaras e intencionadas miradas.

Tras grandes dudas, pues le parecían de lo menos práctico, decidió incluir tres abriguitos de princesa con cuello y puños de piel. Al tocarlos, sintió lo mismo que cuando recogió aquellas muñecas en la Sociedad Secreta: objetos extraños, frágiles, demasiado delicados.

—Eso es todo.

—¿Para qué quiere tantos anoraks? —preguntó Calypso.

En aras de evitar más coqueteo, se encogió de hombros por toda respuesta.

—Si es para fines benéficos, puede beneficiarse de un descuento.

—No, gracias.

Notó que era la primera vez que disfrutaba de pagar algo con aquella tarjeta, y eso incluía la bendita televisión gigante de plasma.

A pesar de su negativa, Calypso insistió en ayudarle a llevar los paquetes al coche.

—¡Oh! ¡Un Jaguar!

—Es de mi hermano —respondió secamente.

Metió los abrigos en el coche, y viendo que Calypso se resistía a marcharse, preguntó:

—Por casualidad, ¿no sabrás dónde puedo encontrar un elfo?

—Vaya, qué sorpresa, no creí que a ti te fueran ese tipo de jueguecitos.

Sin saber por qué, otra mujer se le vino a la cabeza. Una a la que ni en un millón de años se le habría ocurrido contestar lo de los jueguecitos. Una que probablemente no sabría distinguir entre un Jaguar y un Honda.

—Estoy libre para cenar —dijo Calypso, poniéndole la mano sobre el brazo por la ventanilla.

Era exactamente el tipo de mujer con la que él siempre había ido. Sólo quería pasar un buen rato, y sabía cómo conseguirlo. Si se trataba de empezar de nuevo, Calypso le ofrecía una oportunidad dorada.

Otra mujer volvió a venírsele a la cabeza. Una que no anunciaría que estaba libre para cenar ni aunque llevara cuatro días sin probar bocado. ¿Estaría libre? Tenía que averiguar su nombre. Anne. Quizás Rose. Por cincuenta anoraks seguramente sí se lo diría. Tenía que volver hacia allí pitando.

—Gracias. Yo no.

—¿Y tu hermano?

—Tampoco —contestó, notando que la sangre empezaba a bullirle, y que no procedía informarle de que había fallecido.

Calypso reaccionó como era de esperar: a rey muerto, rey puesto, en cinco minutos pasará otro hombre, como los autobuses.

El tráfico y la nieve no son una buena combinación. Sobre todo a aquella hora del día.

«Seguro que se ha ido cuando llegue».

Con gesto automático, encendió la calefacción. ¿La calefacción? ¿Desde cuándo tenía él que encender la calefacción del coche? Pero así era. Sentía una especie de frío. Demasiadas cosas nuevas. Culpa. Sentir algo de nuevo al lado de una mujer. Disfrutar al pagar los anoraks. Apagó la calefacción. No estaba preparado aún para sentir frío. Ni nada. Y desde luego no para cenar con la mujer de la Sociedad Secreta. Por Dios, si ni siquiera sabía su nombre.

Mandaría los anoraks mañana por mensajería. Le encontraría el dichoso elfo si tener que volver a verla, sin exponerse al peligroso mundo de los sentimientos.

Dio un volantazo que levantó ciertos comentarios malsonantes, y enfiló veloz en dirección contraria a la Sociedad Secreta.

Como llevaba el coche hasta los topes con los anoraks, primero oyó la sirena, y después vio las luces del coche de la policía. Tras parar el coche a un lado, cual le ordenaron, pudo comprobar que el espíritu navideño no había entrado aún en el cuerpo de policía.

—Giro antirreglamentario, visión restringida... —iba listando el policía mientras le extendía la multa.

Al entregársela, el policía echó un vistazo al interior del coche

—¿Qué es todo eso? ¿Producto de un robo?

Sería interesante saber qué pasaría si contestara que sí.

—¿Tiene usted el tique de compra?

—Aquí lo tiene.

—Bien. Cincuenta anoraks. ¿Para qué, exactamente?

Tampoco le pareció que procedía ahora lo de «eso no asunto suyo», considerando el aspecto de pocos amigos que tenía el policía, en un sentido bastante literal. Repentinamente, se le ocurrió que este hombre necesitaba algún tipo de buena noticia. No podían ser siempre sólo maltratadores, camellos y conductores suicidas.

—Son para una organización benéfica. La Sociedad Secreta de Papá Noel —dijo a su propio pesar.

Y el milagro se operó. Multa hecha añicos.

—¿Iba usted a entregarlos ahora?

¿Cómo explicar que primero sí, pero luego no?

—Sí.

—¡Ah! ¿Iba usted a ver si estaba mejor la cosa por Wilmore? Washington siempre está imposible a esta hora.

—La verdad es que había pensado dejarlo por hoy, y entregarlos en otro momento.

Al hombre se le iluminó la cara. Con un tono de voz nuevo, y una amplia sonrisa, dijo:

—De ninguna manera. ¿Para qué está la policía? Para las urgencias. Y esto es un caso de entrega urgente para Papá Noel.

Estaba claro. Eso es lo que sucede cuando te empiezas a meter en historias de este

tipo, Papá Noel, y demás. Te empiezan a pasar cosas.

Así que ahí estaba Michael, escoltado por la policía, dirigiéndose exactamente adonde había decidido no ir.

¿Sería aquello sólo el principio de la pérdida absoluta de control sobre su vida? ¿Pero es que de verdad existía eso que la gente llama «control sobre su vida», o se trataba solamente de un espejismo?

Las sirenas de la policía era algo habitual en ese barrio, como el hilo musical en los dentistas privados, así que Kirsten no le prestó mucha atención. Esa tarde habían pasado bastantes voluntarios por allí, pero ya se habían ido todos a cenar, y Kirsten corrió a sacar su catálogo del cajón. La figurita del Amor en la Casa de la Pradera le había impactado también, aunque no tanto como la del Caballero de la Armadura Resplandeciente, pero...

La sirena terminó por llamar su atención. Se acercó a la ventana, y levantó una esquina del papel que las cubría para evitar la mirada de curiosos. Un coche negro y bastante sofisticado, ¿un Honda quizás?, muy alejado del típico coche hortera de camello de barrio habitual en la zona, estaba aparcado exactamente allí delante. Sirena y luces fuera. Conductores de ambos coches, también.

¡Era él!

¿Qué estaba haciendo allí? Una multa, seguro, pensó Kirsten mostrando mínima, nula, comprensión hacía la víctima. Se lo merecía. Por guaperas y creído, por tener un coche como aquél, que parecía ir gritando «soy sexy total, y paso de chicas que se lo montan leyendo catálogos de figuritas de porcelana».

«Mínimo tendrías que ser chica que se lo quiere montar con algo, si quieres tomar parte», se dijo Kirsten a sí misma.

No era el caso. Vale, ocasionalmente, como podría haber sucedido aquella misma tarde cuando la visita de marras, podía tener un momento de debilidad, pero lo que se dice en general, ella era una chica con las ideas claras: el amor es un estado frágil y quebradizo, al que hay que rehuir por su falta de consistencia.

«Y ahora volvamos al catalogo, el único tipo de amor en el que merece la pena invertir», se volvió a decir a sí misma.

Imposible. No podía apartar los ojos de él, y de su osadía al dirigirse hacia el coche de la policía. Incluso ella, a la que nunca habían puesto una multa, sabía que, por ley, bajo ningún concepto, puede uno bajarse de su coche y aproximarse al de la policía. Por lo menos, en este barrio. ¡Ya verás tú ahora, cuando le saquen la pistola y lo chequeen con las manos apoyadas en el coche, dónde se le queda lo de guaperas y creído!

Pues no. Ni pistolas ni chequeos. Hubiera dado igual, concluyó. No había pistola ni chequeo que pudiera acabar con aquel algo que tanto la irritaba. En cualquier caso, el policía y él parecían más bien colegas. Le hablaba de igual a igual, sin amedrentarse.

Pero sí, parecía que el policía le entregaba una multa que metió en el bolsillo de la

misma chaqueta que llevaba aquella tarde, a pesar de que el frío se había recrudecido. Segundos después, el policía había desaparecido, y él se había vuelto al coche a sacar... anoraks.

Cargado hasta las cejas, y a duras penas, se dirigió hacia la puerta de la Sociedad Secreta. Kirsten logró llegar a tiempo para agarrar un par de ellos a punto de caer. Un abrigo rosa, con cuello y puños de piel, absolutamente precioso, algo que un hombre como él definitivamente nunca podría haber comprado. Corrió a abrirle la puerta.

—Ponlos aquí —dijo casi sin aliento.

Kirsten los miró sin dar crédito: por lo menos había veinte anoraks de todos los colores y tallas, relucientes, hasta con la etiqueta puesta, nada de anoraks de segunda mano sacados de cualquier parte.

—Voy a traer los demás —dijo.

—¿Los demás?

—Dijiste cincuenta.

Demasiadas emociones, y demasiado fuertes. Kirsten recurrió exitosa y velozmente a los filetes de bonito del norte.

Para cuando Michael volvió con la segunda tanda, Kirsten se encontraba recuperada, como que si alguien donara cincuenta anoraks recién comprados en unos almacenes caros fuera el pan de cada día.

—Me rindo —dijo finalmente—. ¿Tú quién eres?

—Michael Brewster —contestó extendiendo la mano.

—Kirsten Morrison —contestó mientras extendía la suya, no sin pensar a gran velocidad en una caja entera de cangrejos, que reservaba sólo para ocasiones extremas, como sin duda era ésa.

—Kirsten —repitió él lentamente, ¿y con cierta sorpresa, quizás?

Injusto, muy injusto. Por si no fuera suficiente con que fuera guapo y decidido, ¡encima tenía que ser generoso! Pero ella tenía los pies en el suelo, por chocante que resultara en una chica que trabajaba para Papá Noel, y sabía muy bien cómo eran los hombres. Traicioneros, como James, o peor aún, como su cuñado, que van de mosquita muerta, y acaban acostándose con la secretaria.

Pero no era generosidad, menos mal, lo que vio en los ojos de Michael, cuando se detuvo a mirarlos. Tristeza, quizás. Peor. Algo más intenso. Una herida profunda en el alma.

—¿Y por qué te puso la multa? —preguntó a bote pronto, intentando concentrarse en lo que fuera que no fuera su alma, o sus manos, o sus labios, lo que fuera.

—¿Qué multa? —contestó él confundido— ¡Ah! No era una multa. Era un cheque. Quería pagar él una de las chaquetas de princesa. No hubo manera de disuadirle. Va a nombre de la Sociedad. Escribió un número de teléfono por detrás, creo que del sindicato de la policía. Insistió en que, si lo llamabas, seguro que hacían una donación.

O sea que, por si fuera poco lo de guapo, decidido y generoso, ahora Kirsten tenía

que tragarse que, además, era capaz de obrar milagros. ¡Pasen y vean, anoraks y cheques saliendo directamente de la chistera! ¡Ya sólo faltaba que saliera el elfo también!

¡A la porra las cajas de cangrejos y todo el pescado del mundo entero! Eso tenía más pinta de prueba del fuego, o algo así. Y en cualquier caso, para dejar las cosas claras, anoraks o no anoraks, de príncipe, nada. La vida no es un cuento de hadas. Y lo de «comieron perdices» es sólo una chorrada. Ahí tenías a sus padres, o a Becky y Kent, por ejemplo. Los sapos seguían siendo sapos, por mucho que se vistieran de príncipe. Mira la cantidad de James Moriarty que hay alrededor, sin ir más lejos.

—Concretamente, ¿por qué haces todo esto? —preguntó sin tratar de esconder que la gratitud no la invadía de forma incontrolable.

—Dijiste que necesitabas cincuenta anoraks. Lo del elfo, todavía no lo he resuelto.

—¿Qué pasa? ¿Que te los han regalado?

—¿El qué? ¿Los anoraks? —preguntó sin entender una palabra—. No, claro que no.

—Pues por eso, exactamente por eso, pregunto: ¿a santo de qué, esto de donar cincuenta anoraks al primero que pase, así de repente?

—No, si no los he comprado para ti —dijo aclarando una situación que tarde o temprano iba a necesitar ser aclarada—. Los he comprado para los chicos que los necesitan.

Mejor dejarlo. Tampoco él iba a contestarle por qué lo hacía.

—A ver, ¿me estás diciendo que tú normalmente vas y alegremente compras un abrigo como éste... —dijo tomando el abrigo de princesa del montón, los abrigos de princesa del montón—, como éstos?

—No tuve elección, llevaba cuarenta y siete, y sólo quedaban esos tres.

¿Mentía? ¿No mentía? ¡Pero si ni siquiera lo conocía! Y ella no era bruja, ni llevaba un detector de mentiras. Bien que había ella creído en su cuñado, incluso después de que se separaran. Que buscaría a su hermana de nuevo, que le pediría perdón, que resultaría ser el hombre que ella siempre pensó que era. Pues ya ves. O cuando lo de sus padres, que estuvo convencida durante no se sabe cuánto tiempo que en nada se arreglarían otra vez.

Tonterías. Era lo que pasaba con hombres como el que tenía delante. Por un momento, te ciegas, y te crees que esas cosas pueden llegar a existir. Llevarse bien, seguir juntos, sin mentiras.

Hombre que si aquí había mentiras. Bonitas, pero mentiras. ¡Un hombretón como ése yéndose a comprar tres abriguitos rosas porque sí! Se giró para contener las lágrimas que le producían tanta confusión.

—¿Pero tú te crees que estos chicos han visto un anorak nuevo en su vida? ¡Y de plumón! —gritó mirando el precio.

Guapo, decidido, generoso... y ¡rico! ¿Alguien da más?

Aunque lo de rico no parecía despertar un gran entusiasmo en él. A decir verdad, nada parecía despertar un gran entusiasmo en él. ¡Un mentiroso sin entusiasmo! Aun así, un regalito para los ojos. Y para todo lo demás.

—Francamente, no sé qué decir —dijo finalmente Kirsten.

—¿Qué podemos cenar juntos? —preguntó él sin demasiadas expectativas.

Kirsten se dio cuenta de que él se había quedado tan sorprendido de decir una cosa así, como ella se había quedado de oírlo. Y de que la respuesta evidentemente tenía que ser que no. Se empieza por ahí, en plan cuento de hadas, te enganchas, y mucho, y luego acabas como acabas. Fatal. Porque, no lo olvidemos, lo de «comieron perdices» no existe.

Aun así, y a pesar de sus denodados intentos, el «no» no llegaba a salirle ¿Y pararse en el «fueron felices» momentáneamente?

—Lo siento, pero no puedo —dijo finalmente como si la estuvieran matando—. Es que tengo un montón de cosas que hacer —continuó, señalando los triciclos que esa misma mañana había colocado al final de su lista.

Se alegró de ver lo sorprendido que se quedaba con su respuesta. Claro, un hombre como él no estaría acostumbrado a recibir un «no». Decidió volver a la carga.

—No, de verdad que no puedo. No es precisamente el momento para que Papá Noel se ponga a salir con chicos.

Ojo. ¿Demasiado directo?

—No se trataba exactamente de una cita en plan «salir con chicos» —contestó él secamente.

Corte. Se acabó la alegría.

Había que ser tonta de remate para pensar que un hombre como ése necesitaría comprar cincuenta anoraks para conseguir una cita. Y menos con una chica como ella. Él saldría con chicas con *piercings* en el ombligo y en la nariz, con rotos en los vaqueros, con el pecho operado desde el instituto, chicas con glamur, y desde luego, chicas que no se sonrojaban a la primera de cambio.

Aun así, su fantasía echó a volar. ¿Y si le dijera que sí, que bueno? ¿Y si luego, durante la cena, él descubriera que ella era de lo más fascinante y divertida, y la encontrara irresistible? ¿Y si él se diera cuenta de que bajo aquellas ropas de Cenicienta sin teñir había una encantadora princesa?

Ya. Estupideces del tipo de las que pensaba cuando tenía diecinueve años, cuando pasó lo de su sobrino, con todo lo que trajo detrás, divorcio incluido, que no hizo más que confirmar lo que ya se habían encargado de enseñarle la ruptura de sus padres y James, por mucho que ella quisiera ignorarlo. Que el amor es un arma que puede volverse contra (i, y romperte el corazón.

Masía entonces había estado convencida de que un día aparecería un príncipe que, consciente de lo mucho que llevaba ella para dar, sin duda la preferiría a ella antes que a las chicas de los rotos en los vaqueros y los pechos operados,

—Bueno, pues nada, gracias. Increíble. Sigo sin saber el por qué de los anoraks,

pero quedo muy agradecida. Ahora tengo que seguir con mi trabajo porque estamos a tope. Adiós, señor Brewster.

Michael no movió ni un músculo de la cara mientras ella hablaba. Cuando terminó, se limitó a levantarse, y dirigirse hacia las cajas de triciclos. Agarró una, y empezó a mirar las instrucciones en el lateral de la caja.

—¿No me digas que tú montas estos triciclos sola? —le preguntó.

¿Pero con quién se creía él que estaba hablando? ¿Con una de esas chicas que no podían ni usar un destornillador para no estropearse las uñas? Bueno, Kirsten tampoco había montado ninguno de esos triciclos todavía, pero sí otros muchos juguetes. Para no caer en una mentira, se limitó a contestar con absoluto aplomo:

—Nunca he tenido problemas en seguir unas instrucciones.

Michael abrió la caja, sacó las instrucciones, y se las pasó a ella. Dos hojas completas de dibujos incomprensibles, acompañados de precisas instrucciones... en japonés. Kirsten las miró, abrió mucho los ojos, y se echó a reír. Una ligerísima sonrisa pareció dibujarse en los labios de Michael.

—¿Y si pedimos una pizza y nos ponemos a montar los triciclos? —dijo él sin más.

—Señor Brewster...

—Michael.

—Pero si no nos conocemos de nada.

—¿Te doy miedo?

¡Muchísimo!

—¿Quieres que pida trabajar aquí formalmente? ¿Relleno algo? ¿Quieres pedir informes? Puedo volver mañana.

—No seas ridículo.

—No es ser ridículo. Tendrías que tener un poco de control sobre la gente que pasa por aquí, aunque sean voluntarios.

—Llevo bastante tiempo haciendo esto sola, no necesito tus consejos, gracias.

—Tampoco es para que te pongas así. Lo decía por ti.

Su punto débil. Que alguien la cuidara. Después de crecer convencida de que algún día alguien la cuidaría, sucedió el divorcio de sus padres. Se aferró entonces a sus sueños, proyectándolos en las figuras de Becky y su marido, una pareja indestructible, a sus ojos. Después, en un segundo, destrucción total. Un niño delante de un coche. Se acabó. Fue entonces cuando empezó lo de Kirsten y sus frágiles figuritas de porcelana. Un caso de libro para cualquier siquiatra.

—Bueno —continuó Michael suavemente—, tampoco es que estemos tratando aquí con la cumbre para la paz de Oriente Medio, sólo me he ofrecido a ayudarte con los triciclos. Y si quieres referencias, llama a mi vecino, que fue el que me dijo que necesitabas ayuda, el señor Theodore.

—¿Eres el vecino del señor Theodore? ¿Fue él el que te mandó?

—Bueno, el que me sugirió que me pasara. ¿Tú de qué lo conoces?

—Somos de un club de lectores.

—¡Qué nivel! Un club de lectores. Me lo debí haber imaginado.

—¿Qué pasa? ¿Hay algo malo en pertenecer a un club de lectores?

Michael sonrió.

—No. Un sitio ideal para tomarse unas copas de madrugada cuando vas buscando chicas guerreras.

Kirsten podría haberse sentido ofendida, pero por fin había llegado lo que tanto había esperado, aun sin saberlo. Una sonrisa suya, una sonrisa que borró el hielo de sus ojos e iluminó algo que había allí atrapado detrás. Fuego. Algo entre pícaro y divertido brilló en sus ojos unos instantes, y le devolvió el aspecto del joven, casi el chaval, que había sido antes, travieso y juguetón.

—¿Y exactamente para qué te mandó el señor Theodore?

Fuego y brillo fuera. Vuelta a la mirada habitual.

—Sabe que ahora tengo un cierto tiempo libre —contestó, metiéndose las manos en los bolsillos.

«Y yo me lo creo. ¿Y por qué no trabajas, un chico sano y fuerte como tú?».

Algo le dijo que mejor no preguntar, por lo menos no ahora, así que se limitó a decir:

—¿De anchoas? La pizza, digo, si te parece.

Era una rendición en toda regla. Y eso que ella, de verdad, quería que desapareciera de allí. Pero no había manera.

—¿Son conscientes los del club de lectores que tienen una fan de la pizza de anchoas entre sus filas?

—Por supuesto —dijo secamente—, y además de que me tomo unas copas de madrugada buscando chicos guerreros.

El abuso al que había sometido la famosa táctica antisonrojo, y más a esas horas, hizo que sucediera lo que sucedió. Sólo de pensar en las copas de madrugada buscando chicos guerreros, se le encendió hasta la raíz del pelo, y se puso roja como una bombilla.

Y eso fue lo que realmente hizo que Michael se riera. Y que ella deseara que el señor Theodore se hubiera guardado para sí su sugerencia de enviarlo allí, aunque ni siquiera fuera verdad que lo deseara.

Su risa definitivamente era una pequeñísima muestra de lo que Michael había sido, y de lo que ya no era. De eso no le cupo ninguna duda.

—Sí, de anchoas está bien —contestó mirándola a los ojos, como si quisiera que ella se diera cuenta de lo que de verdad había en ellos.

Entonces Michael volcó el contenido de la caja del triciclo en el suelo, y empezó a estudiar diligentemente las mil y una piezas que había dentro. Kirsten se preguntó si le hubiera echado ni siquiera un vistazo a las instrucciones aunque hubieran estado en español.

Capítulo 3

MICHAEL miró el pequeño triciclo morado con satisfacción profunda. Ató las borlitas de colores a cada manillar, el paso final, y dio un paso atrás.

«El rey de triciclo», se dijo en voz alta.

Era ya su segundo triciclo. Con el primero había tenido un problemilla sin importancia, el manillar al revés, pero ahora lo tenía todo controlado. El resto iba a ser coser y cantar.

—Pizza —dijo Kirsten—. Siento haber tardado tanto. Estaba todo a tope. Oye, qué preciosidad.

Michael pensó, vanidosamente, que el comentario se refería a su tipazo con los vaqueros, pero cuando se volvió, la vio mirando el triciclo con tal admiración que le hizo sentirse capaz de montar un transbordador espacial allí mismo en ese momento.

Con cierto recelo, se dio cuenta de que eso de que Kirsten fuera tan poco dada al elogio empujaba a cualquier hombre a hacer lo que fuera con tal de sacar aquella mirada de admiración en sus ojos.

Y encima, el hambre y el olor a pizza también minaban un tanto sus defensas. Michael había logrado vivir en un mundo donde no necesitaba la aprobación de nadie, y pensaba seguir así.

—Me recuerda a los triciclos de los chimpancés de los circos —dijo intentando recuperar su condición de tipo duro, alejado del rey de triciclo.

—Es curioso, ¿verdad?, cómo hacemos asociaciones: triciclos y chimpancés. Alucinante.

No, no era por ahí exactamente por donde él había querido llevar las cosas. ¿Lo hacía ella a propósito lo de entender todo al revés? La miró de reojo mientras se ponía la pizza en la cadera para hacer un hueco en la mesa con la otra mano.

Algo había cambiado, pero ¿el qué? Ahora parecía menos distante, eso ya era algo nuevo. Y se había quitado el suéter, aunque él no había notado que hubiera subido la temperatura en este viejo edificio lleno de corrientes por todas partes. Y no es que él notara esas cosas.

Pero es que tenía las antenas sospechosamente desplegadas. Sin el suéter, no era difícil notar sus asombrosas curvas, el tamaño correcto en los sitios correctos, a pesar de ser de complexión tan delicada. ¿Estaba luciendo tipo para que él lo notara?

Entonces notó algo más.

Se había pintado los labios. No de rojo carmesí, claro, de un color tirando a melocotón. Y hablando de asociaciones, cuando un hombre miraba unos labios así, sólo pensaba en una cosa. Y no exactamente en la pizza. Mira que su instinto le había dicho que no volviera a ese lugar, que no volviera a ella. Era verdad que una escolta policial justificaba olvidarse de los instintos. ¿Pero qué demontre le había hecho invitarla a cenar? ¿Y eso de pasar por alto su negativa de esa manera? ¿A qué se

debía?

No, si todo tenía su lógica. Era mejor montar triciclos que pasarse otra noche delante de la tele más solo que la una.

—Vamos a hacer un descanso —dijo Kirsten, trayendo dos sillas junto a la mesa.

Michael sintió que no las tenía todas consigo. Empezaba a ser todo un poco demasiado para él: lo de la barra de labios, lo de la asociación, lo de reconocer que estaba más solo que la una.

¿Por qué se había pintado ella los labios? Por lo mismo que cualquier mujer se pinta los labios, dedujo con cierta preocupación. No porque fuera bien con las anchoas, claro. No. Se los pintan para hacérselos notar a un hombre. Y para que «asocie». Cosa que él hizo.

Para ser una chica de un club de lectores tenía unos labios como mínimos tan sorprendentes como su tipo, carnosos y sensuales, que dejaban poca duda de que, si un hombre los besaba, ellos harían otro tanto.

Ella mordió el trozo de pizza inocentemente, como si no tuviera nada que ver con haber logrado llamar su atención de forma tan rotunda. La saboreó con los ojos cerrados dando muestras de un éxtasis que parecía sobrepasar con mucho el potencial de una mera pizza.

Él también mordió su pizza. Tal como había esperado, excepto las anchoas, era exactamente igual que morder un trozo de cartón, una pizza completamente indigna de aquellos sonidos de felicidad que ella estaba emitiendo en ese momento. ¡Un sonido que sí tenía asociaciones seguras!

Su nombre ya debería haberle dado una pista, debería haberle avisado de que se podía llevar un par de sorpresitas. Nada de Molly, o Sarah, nada trillado. Kirsten. Un nombre poco común, que le resultaba extrañamente familiar, como si supiera que a ella le venía como anillo al dedo. Pensó que el nombre tenía algo de poético, y luego pensó que a santo de qué venía eso de ponerse él a pensar si el nombre tenía algo de poético o no. Al mucho más exótico apodo de Calipso, por ejemplo, no le había dedicado ni un solo segundo.

Quizás era más seguro, después de todo, sólo pensar en su nombre que en sus labios, o en sus curvas resaltando sobre su blusa blanca. Claro que esto le devolvió al tema de sus labios. Ella hizo unos ruiditos que indicaban felicidad absoluta.

—Creo que ésta es la mejor pizza de todo Treemont —dijo Kirsten, relamiéndose de felicidad.

—¿Ah, sí?

Volvió a morder la pizza, ansiando quitarse esa especie de debilidad extraña que le había sobrevenido. Era cierto. En un momento de claridad, se dio cuenta de que la pizza estaba deliciosa, y de que no notaba ni siquiera a qué sabía. Miró los triciclos, como intentando aferrarse a algo, y de nuevo, sus labios. Dejó la pizza sobre la mesa.

Sus labios llevaban el nombre «asociación» escrito con mayúsculas. Tentación. Le hacían sentirse hambriento, y no de pizza, precisamente. Y además, le hacían

consciente de lo solo y vacío que estaba. ¿Podría ella, su olor, su tacto, ser su salvación?

¿A qué sabrían sus deliciosos labios? ¿A melocotón? ¿A almendras con miel?

«A anchoas», se reprendió.

En cualquier caso, sintió que, si los tocaba, le devolverían algo de lo que había perdido.

¡Había que estar loco para pensar una cosa así! Seguro que era la clase de chica que te da una bofetada si se te ocurre besarla a los cinco minutos de haberla conocido. Y muy merecida.

Debía de llevar más tiempo del que pensaba alejado del mundo si una chica como ésa podía hacerle pensar todas esas cosas. ¿Melocotón? ¿Almendras con miel? Sólo a un tipo que se está volviendo majara se le ocurren esas cosas. Como si no tuviera suficiente tormento encima, Michael pensó en una tortura extra, el reprimido pensamiento de sus uñas en su espalda. Miró sus manos. Si no se equivocaba, ahora llevaba las uñas arregladas y con un ligero brillo también, cosa que estaba seguro no era el caso antes.

¡Una mujer no se quitaba el suéter, se arreglaba las uñas y se pintaba los labios sólo para comer pizza! Incluso si no contaba con lo del beso, era evidente que se había propuesto que él se fijara en ella en «ese sentido».

Bueno, pues allá voy otra vez.

Se levantó, se limpió sus manos en los vaqueros, e hizo caso omiso de la mirada angustiada de Kirsten.

—A montar triciclos, cuarenta días para Navidad.

En realidad no tenía ni idea de cuántos días faltaban para Navidad.

—Treinta y nueve —le corrigió ella automáticamente.

—Vaya, incluso menos tiempo del que creía —dijo alejándose más de ella.

—¿No te gusta la pizza? —preguntó, preocupada.

Primero había quedado admirada de lo bien que le había quedado el triciclo, ahora se preocupaba de si había comido suficiente. Nadie había actuado así con él desde que lo hiciera su madre.

Hasta esa misma tarde, él había sido felizmente capaz de ignorar que no tenía a nadie que le admirara, a nadie que se preocupara por él. No quería empezar a pensar en todas las cosas que una mujer como ella podría hacerle dolorosamente consciente de que le faltaban.

A pesar de pintarse labios, ella era esa clase de chica: tarta de manzana y helado, «me encantan los niños y los gatitos», hecha a medida para presentársela a mamá.

Excepto que él ya no tenía a una mamá para presentársela. Sintió una punzada en el corazón al recordar cómo había decepcionado a su madre en ese sentido. Nunca había llevado a casa a una chica para presentársela. Tenía que acabar, y pronto, con esa situación que le estaba haciendo sentirse más y más incómodo por segundos, y le llenaba de todos esos pensamientos dolorosos.

Pero Kirsten no se lo estaba poniendo fácil, mirándole de aquella manera, que le hacía sospechar que, además, era también la clase de chica que se tomaría como cosa personal si no le gustara la pizza.

Así que agarró la pieza entera, y se la empujó en la boca, ay, señor, que me atraganto, que me ahogo, venga otro poco más. Ella quedó un tanto perpleja ante aquella demostración de salvajismo, pero él intentó convencerse de que aquello tenía su lado positivo.

—Me encanta la pizza —masculló finalmente, cuando logró tragársela sin morir atragantado.

Era una realidad, un hecho consumado. Le encantaban sus labios. ¡Y ella contaba con eso!

Barra de labios. Terminaría los triciclos y no se le volvería a ver el pelo por aquí, ni en pintura.

Sin tener que mover un dedo, la aparentemente inofensiva Kirsten Morrison, lo estaba desarmando. Y Michael simplemente no se lo podía permitir. ¿Qué iba a ser de él esa Navidad, si permitía que eso sucediera? ¿No se trataba de mantenerse fuerte? ¿Y no significaba mantenerse fuerte quedarse al margen de labios pintados, jerséis quitados, o miradas angustiadas?

—No estoy disponible —dijo finalmente—, es mejor que lo sepas.

—¿Perdón? —dijo Kirsten con cierto desconcierto, que él decidió ignorar.

—Creí que era mejor que lo supieras.

—¿Disponible para qué? —preguntó con un punto de irritación en el tono de voz.

—Ya sabes para qué.

—Pues no, señor Brewster, no caigo, quizás tú me lo puedas explicar.

Señor Brewster, muy bien. Primero nos pintamos los labios, y después, de qué me estás hablando.

—Pues que antes, cuando sugerí lo de la cena, lo primero que dijiste es que no tenías tiempo de salir con chicos, y no iban por ahí los tiros. Y que sepas que para eso es para lo que no estoy disponible.

Más claro, imposible.

—Entonces, quizás sería mejor que el hombre no disponible empezara no invitando a una chica a cenar, cosa que por cierto me trae al fresco, y a la que, como recordarás, contesté con un no en toda regla.

¿Qué sentido tenía seguir discutiendo con una chica que decía cosas como «en toda regla» y se quedaba tan ancha? Todo aquello sería mucho más fácil si ella nunca se enteraba del poder que sus labios habían ejercido sobre él, y, simplemente, se quedaba pensando que él era el típico chulito al uso, que, como él tan bien sabía, era algo que se le daba estupendamente.

—Sí, dijiste que no, pero luego corriste a pintarte los labios —respondió con cautela, sin nombrar los del brillo en las uñas, ni lo de quitarse el suéter, a la vista de que de los ojos de Kirsten empezaban a saltar chispas.

—¿De verdad crees que me pinté los labios para ti? —preguntó tirando la silla al levantarse y moviendo los brazos como aspas.

Michael notó que, al contrario de lo que había pensado antes, no era estrictamente brillo lo que se había puesto en las uñas. Era más bien un rosa pálido. Y la mancha de tomate que le había caído en la blusa seguramente tenía también bastante que ver con él.

Kirsten le había vuelto a sorprender. Él se esperaba una retirada con el rabo entre las piernas, sonrojada hasta las cejas, y tenía delante a una fiera a punto de explotar. Mala suerte, porque ahora tenía mil veces más ganas de besarla que antes.

—Pero ¡qué descaró! ¿Cómo se puede ser tan asquerosamente chulo?

A ver si iba a terminar él también con salsa de tomate en la camisa. O con un trozo de pizza en la cara. No, ella no era el tipo de chica que te tira cosas. Ella era más bien del tipo que tiene que dejar las cosas en su sitio. Pero ¿con o sin pizza? No, no era momento para bromas. Se trataba de un momento crucial, que había que manejar con tacto y con sensibilidad.

Un hombre con tacto y con sensibilidad, o incluso un hombre con un cierto sentido de la supervivencia, hubiera aprovechado ese momento para disculparse por su error, por haber pensado algo tan propio de un chulo como que se había pintado los labios por él, y hubiera puesto punto final ahí.

Pero el sentido de la supervivencia de Michael había llegado a su límite meses antes, en aquellas traicioneras y heladas aguas de la costa de Alaska, y en cuanto a lo de la sensibilidad, nunca había sido su punto fuerte. Además, en realidad, se moría por ver hasta dónde podría Kirsten seguir sorprendiéndolo, si de verdad era capaz de tirarle la pizza a la cara.

—O sea, que te pintaste los labios para comer pizza, ¿no? —preguntó escépticamente.

Kirsten se quedó inmóvil.

Él notó instantáneamente que había errado el tiro.

No la había aguijoneado, como pretendía. La había herido. Ya no tomaría la pizza y se la tiraría.

La caja entera, eso era lo que Kirsten debería tirarle a la cara. Pero no. La furia se había desvanecido de su cara. El labio inferior le empezó a temblar, y comenzó a pestañear furiosamente.

Michael se dio cuenta de que no sabía qué hacer si se echaba a llorar. Su única intención había sido que ella se quedara convencida de que él era un chulo asqueroso, no de que ella no valía para eso. Precisamente por eso, los hombres como él no solían acabar con mujeres como ella. Kirsten era demasiado sensible. Rendirse al deseo de probar sus labios sería, más o menos, como publicar las amonestaciones en la parroquia.

—No me los pinté por ti. Eso es ridículo.

Llanto contenido. Mocos sorbidos.

—Cualquiera se daría cuenta de que un hombre como tú nunca se fijaría en una chica como yo, por mucho que me pinte los labios.

Aquello empezaba a salirse de madre. Pero si le decía ahora que sí era atractiva, iba a sonar incluso peor, como a algo que se dice para consolarla. Mejor salirse por la tangente.

—Hombre, tampoco es que te pusieras tres kilos, que te pasaras pintándote de forma excesiva.

Lágrima. Frotamiento rabioso de la misma. Malo. Las lágrimas ponen nerviosos a los hombres.

—Un toquecito de color, eso fue todo lo que yo noté.

—Seguro que tu novia es modelo para revistas de hombres, o para anuncios de ropa interior.

Por si no fuera suficiente con eso, Kirsten se puso como un pimiento morrón y se echó a llorar, todo en uno. Santo cielo, ¡qué forma de sonrojarse! Los tomates parecían rosa a su lado.

—No tengo novia —respondió.

Inmediatamente se arrepintió de no haber tomado al vuelo la oportunidad de meter una mentirijilla piadosa. Una novia lo hubiera resuelto todo. Él se podría volver a los triciclos, y se acababan todos los rollos sobre si Kirsten se pintaba los labios o no.

—O sea, a ver si lo he entendido, que no se trata de que no estés disponible, sino de que no estás disponible para una chica como yo.

—¡No, no es eso!

—Para una chica patética como yo, de un club de lectores, que se pinta los labios para el guaperas de chaqueta de cuero, coche deportivo y unos ojos verdes que te mueres, y que te trae cincuenta anoraks para los pobres niños y necesitados.

«¿Unos ojos verdes que te mueres?». ¿Los suyos? ¿Estaba de broma? Incluso él se dio cuenta de que no era el momento de hacer comentarios sobre el tema.

—Kirsten, por favor, tú no eres patética, ¿estás mal de la cabeza o qué?

—Mal de la cabeza y patética.

—¡Maldita sea! —dijo, dando un paso hacia ella, que pegó un bote.

—Kirsten, esto no tiene nada que ver contigo. Es un problema enteramente mío —dijo con la mayor honestidad del mundo.

—Y con lo más profundo de tu triste caso, supongo.

La intensidad del sarcasmo de su voz, no dejaba dudas de hasta qué punto la habían herido sus palabras. ¡En mala hora había él sacado lo del maldito pintarse los labios!

Había perdido el hábito de manejarse con la gente, de relacionarse socialmente. Se limitaba a respirar para sobrevivir, eso era todo. Había demasiado dolor dentro de él, se le salía, y se lo echaba a la gente encima incluso cuando su intención era la contraria. El señor Theodore se iba a sentir francamente decepcionado. Le había

enviado ahí para que ayudara, no para que causara dolor a alguien que no lo merecía.

—Kirsten... —dijo, y algo en el modo que dijo su nombre hizo que ella se quedara inmóvil, y él también.

Lo más profundo de su ser estaba a punto de hablar. Sabía lo que sucedería después, y deseó poder pararlo, pero fue superior a él. Desde la lejanía, oyó que su propia voz decía:

—Fui de víctima de un terrible accidente. Por eso no estoy disponible.

—¿Un accidente? —repitió ella, a modo de eco.

«No digas nada», se dijo Michael a sí mismo.

Nunca se lo contaba a nadie. Nunca hablaba a nadie sobre aquel accidente. No podía soportar que le compadecieran y le consolaran. No podía soportarlo.

—Lo perdí todo, mi mundo entero.

«¡Cállate!».

—Mi madre, mi padre, mi hermano. No tengo nada que dar a nadie, sólo dolor, como el que te acabo de hacer pasar a ti esta noche.

«¡Cállate! ¡Por favor, por favor, cállate!».

Pero su voz salía sin cesar, como si hubiera estado esperando este momento, como el agua que espera reventar una presa.

—Es mi primera Navidad sin mi familia. No sé cómo voy a sobrevivir.

Se le quebró la voz, y se hizo el silencio. Finalmente, cuando Kirsten habló, no dijo las temidas palabras habituales sobre cuánto lo sentía, ni le preguntó qué había sucedido. Con una fuerza increíble, y unos ojos que rebosaban solidaridad y apoyo, dijo:

—Sobrevivirás, lo sé.

Como para creerla. ¿Qué sabía ella sobre un dolor semejante? Pero la creyó, creyó en la fuerza tranquila y calmada de aquellos ojos.

Kirsten se frotó los labios con la manga, como tratando de borrar haber querido alguna vez que él los mirara, pero eso no disminuyó su atractivo lo más mínimo, al natural sus labios eran tan irresistibles como lo habían sido antes. Tal vez más. Lo único que veía en su cara era una ternura encantadora, y solidaridad. Había herido a una mujer que llevaba una cosa llamada La Sociedad Secreta de Papá Noel. No se podía caer más bajo. Por algo así, seguro que uno iba al infierno.

Y de repente, se dio cuenta de que había algo que podía hacer por ella, algo que podía darle, algo que no era puro dolor, para compensarla por cómo acababa de tratarla. Podía decirle que era guapa y atractiva. Que sus labios habían despertado su deseo. Pero ahora sus palabras serían inútiles. Se inclinó hacia ella. Como era de esperar, ella dio un paso atrás. Y luego, como no era de esperar, dio un paso adelante, se puso de puntillas y lo besó.

Fue un mero roce de labios, como una mariposa que se posa en los pétalos de una flor. Tan dulce como él había imaginado que sería. Y mucho más. Tanto que él mismo quedó impresionado de sentir que sus labios, sedosos y tiernos, tenían el efecto de un

terremoto sobre la coraza que tan cuidadosamente él había ido construyendo, ladrillo a ladrillo, a su alrededor.

—Quizás tienes más para dar de lo que tú piensas. Y eso es lo que te hará sobrevivir —dijo ella con una suavidad que sonó a caricia.

Michael quería insistirle que no, no tenía nada más que dar, pero aquel beso le había dejado sin palabras. Un beso que daba, no que tomaba.

—¿Qué me dices, por ejemplo, de los cincuenta anoraks? ¿No es eso dar? —siguió ella al ver que se quedaba callado.

—Ah, ese tipo de dar. Eso es fácil —dijo finalmente, echándose hacia atrás.

—Si fuera tan fácil, no habría tantos niños que necesitan anoraks.

De repente, se sintió incómoda. Miró el reloj, y se sonrojó, con aquel rojo carmesí que parecía una señal de auxilio para viajeros extraviados. Para ese viajero que había perdido el alma en una noche oscura.

—Me tengo que ir —dijo bruscamente, como si estuviera en una reunión de negocios, tratando de escapar de la intimidad que se estaba creando entre ellos—, Y tú también, lo siento pero sólo tengo una llave.

—Te hubiera acompañado al coche igualmente.

Estuvo a punto de contestarle, pero se calló. Vale, ahora le tocaba a él dar, y empezaba por ella.

—¿No tienes algo que abrigue más? —le preguntó cuando salieron a la gélida calle.

Ahora que ya le había contado todo, lo trataría como a un huérfano, se preocuparía por él. Como una madre. Que era lo último que él quería de ella. Aunque también se había preocupado por él antes de que se lo contara.

—No, nunca tengo frío.

Kirsten lo miró interrogativamente, pero él no contestó. Suficientes confesiones por una noche.

—Ese tipo estaba merodeando por aquí antes también —dijo él refiriéndose a un hombretón que se alejó al verlos salir.

—¿El? Siempre está por aquí. No sé quién es. Es sólo un chaval. Creo que cree que me protege.

Michael no contestó, pero quedó poco convencido de que se tratara simplemente de un caso de altruismo. Pero ella era así. Inocente. Ya se lo habían dicho sus labios. E incluso si sus labios no lo hubieran confirmado, ya se lo habían dicho sus ojos. Inocente, pero peligrosa. Porque no lo quería ser. Eso también se lo habían dicho sus labios.

Su coche, como era de esperar pequeño, práctico y económico, estaba cubierto de nieve. ¿Quién necesitaba otra cosa con aquellos labios?

—¿Vas a volver mañana a terminar los triciclos? —preguntó ella tras meterse en el coche.

Él dudó.

—Me vendría de perlas —siguió ella.

Pero ahora todo era más complicado, ahora ya había sentido su tacto, su olor. Y si no volvía, ella sin duda pensaría que era por ella, no por él. Oyó que su propia voz decía:

—Por supuesto, mañana estaré aquí como un clavo.

Aunque la calefacción de su coche era insuficiente para el frío que hacía, cuando Kirsten Morrison arrancó en dirección a su casa, sintió el ardor propio de quien está jugando con fuego. ¿Sabía exactamente en qué se estaba metiendo cuando decidió pintarse los labios ligeramente, quitarse el jersey, y ponerse el brillo de uñas? ¡Qué humillante que te calen tan rápidamente! Un aviso del peligro que ese fuego en particular escondía: él conocía bien a las mujeres y sabía cómo pensaban, y había descubierto sus razones incluso antes de que ella misma fuera consciente de ellas.

Y, para complicar más las cosas, estaba el terrible dolor por esa pérdida irreparable. Su familia entera. Sintió que se le rompía el corazón de pena por él.

Ahora, además de una atracción irresistible por él, sentía que era su deber ayudar a Michael Brewster a sobrevivir la Navidad. Pero ¿cómo iba a poder compartir con él ahora aquella habitación sin pensar en aquel beso? ¿Sin caer en los sueños de cuento de hadas que van más allá de los besos? Sueños de un futuro juntos: una casita en un barrio acomodado, noches enteras abrazados frente a la chimenea, bebés...

«¡Déjalo ya!».

¡Eso es lo que pasa cuando se besa a un desconocido! Sus motivos habían sido intachables: borrar aquel vacío repentino que había aparecido en sus ojos. O tal vez no, porque lo cierto es que se había sentido irremisiblemente atraída por sus labios, como si vislumbrara en ellos una verdad a la que poder aferrarse.

Su figurita más preciada era Pequeñines y el Besito, primera pieza de su colección. Mostraba a Harriet y Smedley, tiernamente inclinados el uno hacia el otro, mientras Smedley, con la huella del beso de Harriet en su mejilla, miraba los labios de Harriet con ojos de encontrarlos irresistibles.

Pero el beso de Michael había sido algo muy diferente. La verdad es que le había descubierto no quién era Michael, sino quién era ella, qué secretos la acechaban en su interior. Había algo muy profundo en ella, una mezcla de deseo y ansiedad que podría trastornar totalmente su mundo tan bajo control. Todavía más sorprendente le había resultado lo indefenso que él se había mostrado, como si ella ejerciera un cierto poder sobre él.

La figurita de Pequeñines y el Besito, desde luego carecía de ese poder. Faltaba el vértigo que produce jugar con fuerzas de la naturaleza que en cualquier momento pueden salirse de todo control. Parecía reflejar que un beso era suficiente, no que era sólo un principio, que despertaba deseos profundos, y te adentraba en terrenos mucho

más recónditos.

Michael Brewster le había advertido que era un hombre que no tenía nada que dar, y ella sabía que cuando alguien te decía algo así, lo más sensato era creerlo.

Pero se había pasado la vida siendo sensata y práctica, a excepción de los miles de dólares que había gastado en sus figuritas, y de repente, ya no quería seguir siendo prudente y práctica. Quería ser la clase de chica cuyos labios hacen que un hombre los encuentre irresistibles.

Y todavía más, quería ser quien curara todo lo que había roto en el alma de ese hombre.

Había hielo en la carretera y, momentáneamente, perdió el control del coche. Dio un volantazo y chocó contra el bordillo, a escasos milímetros de un poste telefónico. Pegó tal frenazo que todo lo que llevaba en el asiento trasero cayó al suelo. Por suerte, a esa hora no había prácticamente tráfico.

Con el corazón latiéndole aceleradamente, se dio cuenta de que acababa de recibir una buena lección. Michael Brewster era como ese camino resbaladizo, y ella podía perder el control así de fácilmente, podía terminar por precipitarse hacia el desastre sin poderse frenar. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Segundos después, se reprendió por su tendencia al melodrama. Y por su miedo a que la hirieran. Era poco realista esperar ir por la vida sin recibir golpes y contusiones.

Pensó en James, y en las seis semanas de «amor embriagador» cuando había creído estar enamorada.

¡Qué bien se lo había montado él! Primero, colmarla de atenciones, afecto y regalos. Luego, nombrar, como por causalidad, que su plaza en el equipo de fútbol peligraba si no sacaba mejores notas en matemáticas, y finalmente, que se le había ocurrido un ingenioso modo para que ella le ayudara en el examen final. ¡Y sin siquiera tener que estudiar! Semanas enteras había pasado llorando cada noche hasta dormirse. Y si un tipo superficial, arrogante y manipulador como James podía causarle ese daño, ¿qué podría hacerle una fiera herida como Michael Brewster?

«Montar triciclos. Eso es todo. En una semana se habrá hartado, y se dedicará a hacer lo que hacen los hombres como él», se dijo resueltamente. Modelos de ropa interior, safaris, helicópteros, aventuras de altos vuelos... se le vinieron a la mente.

Definitivamente no, él no era la clase de hombre que puede dedicarse a montar triciclos durante mucho tiempo, y, mucho menos, a fijarse en chicas de club de lectores.

Hasta entonces, ella tendría la conciencia tranquila. Se acabó la barra de labios. Se limitaría a hacer su parte, todo lo que estuviera en su poder para ayudarle a recuperarse.

Suspiró. ¿Realmente le había dicho con esa seguridad que ella sabía cómo podría salir adelante? ¡Ella que no había ni siquiera superado sus propias tragedias personales! ¿Cómo podía pensar que sabía cómo superar las de él?

No, en una semana él estaría decidido a marcharse, y ella lista para decirle adiós. Un hombre así sería exactamente como beber demasiado ponche: los primeros sorbitos te parecen tan embriagadores como el vino, luego empiezas a pensar que es demasiado dulce, y tras encontrarlo francamente empalagoso, empiezas a preguntarte cómo es posible que hayas pensado nunca que te gustaba.

Se volvió para comprobar que su nuevo catálogo había sobrevivido al incidente. Buscó entre los mil papeles tirados por el suelo del coche, y se dio cuenta de que lo había olvidado en la oficina. ¡Increíble! Sólo veinticuatro horas antes no se habría separado de él por todo el oro del mundo.

¿Fue porque él insistió en acompañarla al coche? ¿O porque ella en el subconsciente no quería que Michael viera su interés por las estatuillas? Si había algo que no soportaba, era verse tratando de esconder quién era realmente.

«O tratando de convertirse en otra persona», le dijo una vocecita interior.

Michael se iría. De eso estaba segura. Y ella volvería a su fascinación por el mundo encantador, fantástico y seguro que Lou Little había creado.

Pero durante los días siguientes, Michael no se hartó de montar juguetes, ni tampoco le recordó a nadie nada que tuviera que ver con exceso de ponche. Nadie pareció tener demasiado interés en saber por qué pasaba tanto tiempo ahí, ni por qué un hombre fuerte y sano tenía tanto tiempo para dedicar a la Sociedad.

Los voluntarios simplemente le ofrecieron su amor incondicional. Y, tal vez porque vieron la tristeza que lo invadía, nadie quiso entrar en detalles sobre su existencia que posiblemente sólo habrían valido para ahuyentarlo. Kirsten se dio cuenta de hasta qué punto las cosas en la Sociedad habían estado estancadas, y cómo él había traído una brisa de aire fresco.

¡No era de extrañar que hubiera saltado a la primera con lo de la barra de labios! Si es que cada mujer que entraba por la puerta, de nueve a noventa años, coqueteaba con él. La señora Henderson y la señora Jacobs se traían un mano a mano a ver quién le cocinaba más y mejores tartas. Lulu Bishop, para no quedarse atrás, le trajo un pastel de Navidad tan cargado de ron que Kirsten podía olerlo desde su oficina. Las tres le habían invitado a pasar el día de Navidad con sus familias.

A Kirsten todo aquello le molestaba. Ella también estaba sola y sin familia. Y nadie había venido a ofrecerle tartas, o a invitarla por Navidad. Aunque era verdad que no le había dicho a nadie que Becky y su sobrino Grant, que vivían ahora en Arizona, no iban a poder pagarse el viaje a Treemont por Navidad este año. Y Kirsten sólo había ido a verlos una vez a Arizona, y no le había gustado aquello nada. Ella estaba convencida de que los encontraría abatidos y deseando volver casa, y en cambio los encontró satisfechos con su nueva vida, y contentos de haber dejado atrás tanto lastre.

A Kirsten también le molestaba tener que aceptar que se había equivocado hasta el fondo sobre Michael Brewster. Siempre encontraba algo que hacer. Cuando terminó de montar los triciclos, empezó a desembalar cajas, a recoger donaciones, a

clasificar los juguetes de segunda mano que llegaban para ver qué se podía salvar, a programar algún que otro ordenador que entraba.

En un muy poco tiempo, Kirsten no sabía cómo la Sociedad Secreta de Papá Noel había logrado sobrevivido sin él. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que sintiera que ella tampoco podía sobrevivir sin él?

Capítulo 4

Treinta y tres días para Navidad...

—Michael, ¿tú podrías ayudar a envolver los regalos? Hay que sacar cosas y llevarlas al almacén, porque aquí ya no cabe un alfiler.

Michael dejó el caballito balancín que estaba montando, y la miró. Kirsten llevaba el pelo simplemente recogido con un clip, para dejar las cosas claras, como había hecho cada día desde que él empezó a trabajar allí: chica que no trata de ligar.

Pero, a pesar de sus esfuerzos al respecto, el tiro le había salido por la culata, y el pelo era un buen ejemplo, pues recogido mostraba su exquisita, delicada y femenina complexión. Además, una mujer con el pelo recogido desata en un hombre unas ganas irrefrenables de soltárselo y sentir su sedosa cabellera entre sus dedos. Bueno, y tal vez, de borrar aquella mirada de su cara, en plan «Yo no te besé. Y si realmente te besé, ya te puedes esperar sentado a que se repita».

—¿Envolver regalos? No parece muy masculino.

—Ah, bien, si tu masculinidad se siente amenazada tan fácilmente, ya se lo pido a alguien que esté más seguro de ella.

—Vale —respondió Michael sonriendo—, pues busca, busca.

Ella lo fulminó con la mirada.

—No te imaginas la que se organiza aquí si no tenemos los regalos envueltos y etiquetados de antemano. Ni soñar en dejarlo para la última hora final.

—Será o para el final, o para última hora, ¿no?

Tenía el don de ponerla nerviosa. Y además, disfrutaba con ello. Kirsten empezó sonrojarse. Con un pequeño esfuerzo por su parte, estaba seguro que podría conseguir el voltaje máximo.

Mira mis manos —dijo acercándose a ella para que las inspeccionara.

Ella las miró, y se sonrojó más, con su maravilloso rojo tomate, que parecía guardar para él exclusivamente.

Un momento, algo le decía a Michael que ella no estaba pensando precisamente en envolver regalos mientras miraba sus manos. Decido a pincharla, dijo suavemente:

—¿A que tienen pinta de que se deberían usar para otra cosa y no para envolver regalos, Kirsten?

Su rubor se hizo más profundo, y le oyó decir no sé qué sobre pescado.

—No, es un caballito balancín —dijo dándose la vuelta para ver qué demontre había atornillado mal para hacerle creer a ella que estaba montando un pescado.

Misterio. A él le seguía pareciendo un caballito balancín.

—Y montar un caballito balancín —continuó con la voz más inocente que logró sacar—, es lo que se merecen estas manos. Poniéndome a envolver regalos, no se les estaría haciendo justicia a mis habilidades.

Michael había hecho un pequeño trato consigo mismo: llevaría su compromiso con la Sociedad Secreta al día. Después de aquella primera noche montando triciclos, después del beso de Kirsten, se había ido a casa y se había dicho «no puedo volver allí». Ella era complicada, sus sentimientos hacia ella eran complicados... Así que cada día decidiría ir sólo ese día. Y ahí estaban los resultados: no había vuelto a encender el televisor ni a beber cerveza. Era consciente de que se sentía mejor, no podía decirse que bien, pero sí mejor, como si hubiera visto un rayo de sol en medio de un cielo especialmente plomizo.

Había pedido que le lanzaran una cuerda para agarrarse, había lanzado un honesto y desesperado «¿cómo voy a sobrevivir?», y ahora no podía ignorar alegremente esa cosa que podría ser la respuesta.

Había decidido que iría religiosamente a la Sociedad Secreta todos los días, incluso cuando no se sentía con fuerzas ni de levantarse de la cama, y haría exactamente lo que le pidieran. ¿Que le pedían envolver regalos? Pues él, a envolver regalos.

Y hasta ahora todo iba sobre ruedas. Montaba juguetes, llevaba de acá para allá todo lo pesado, conducía el camión, ponía estanterías nuevas. Sentía que le necesitaban, y encima estaba ocupado, aún más que con el señor Theodore, y eso en sí mismo era un bálsamo para su alma.

Además había unos extras que los dioses habían tenido a bien donarle, y que le encantaban, como complicarle la vida a Kirsten, o el desafío diario de tratar de no mirar los labios de Kirsten que, para su asombro y satisfacción, parecía embarcada en un reto similar, no mirar a los suyos. Y ya la guinda, saber que tenía a Kirsten a su merced en cuanto a lo de sonrojarse: sin ni siquiera intentarlo lograba ruborizarla una media de una vez al día, y en un día bueno, más.

Kirsten, por su parte, en su campaña para borrar cualquier recuerdo de aquella primera noche de la mente de Michael, o quizás de la suya propia, no sólo no se pintaba los labios, sino que se vestía como si fuera a pintar el garaje: camisetas de las de tirar, y vaqueros que se le salían de grande. Del brillo de las uñas nunca más se supo.

El mensaje estaba claro: me da igual lo que pienses de mí. Pero ella no podía mentir: sus ojos decían que no le daba igual en absoluto lo que él pensara, aunque le hubiera advertido tan directa y honestamente que interesarse por él era correr un riesgo.

Además, ese gusto de ella de ir vestida con cosas tres tallas mayores que la suya, le daba un aire de traviesa y adorable, además de hacerla parecer extrapequeña, cosa que a un tipo extragrande como él le despertaba automáticamente una necesidad instintiva de protegerla y cuidarla.

Ese día, por ejemplo, llevaba puesto lo que sin duda, calculó, en un concurso al

look más horroroso, ganaría el primer premio. Más concretamente, llevaba lo que él y su hermano habrían llamado en plan mofa los «vaqueros de la abuela», y una camiseta rojo furioso que ponía en grandes letras: «I love Papá Noel».

Estuvo tentado de ponerse a leer aquel eslogan, muy, muy despacio, hasta que ella se pusiera escarlata, y luego, mirándola a los ojos, decirle en tono seductor:

—¿Quieres sentarte en las rodillas de Papá Noel, guapita?

Pero ojo, con Kirsten había que tener cuidado, pues podía sorprenderle en cualquier momento, como cuando lo del inesperado beso de la otra noche. ¿Y si de verdad se sentaba en sus rodillas, entonces qué? Seguro que no le saldría lo de «venga, dile a Papá Noel lo que quieres esta Navidad».

Poder volver a tener pensamientos de ese tipo, alocados y alegres, tan alejados de todo lo que había tenido en la cabeza desde aquel terrible día de primavera hacía meses, era un auténtico alivio para su corazón.

—¿Y tú qué quieres para Navidad? —preguntó.

Ésa sería una buena forma de expresar su gratitud por todo lo que estaba recibiendo allí. Nada personal. Ropa de su talla, por ejemplo. ¿O eso era demasiado personal?

—Que estén todos los paquetes envueltos y listos para entregar en Nochebuena, eso es todo —contestó Kirsten.

«Un cachorro», pensó Michael. Eso le haría bajar la guardia. Le encantaría verla cayéndosele la baba, y derritiéndose a la sola vista de un cachorrito.

Un momento, ¿no había sido él precisamente quien la había obligado a subir la guardia, advirtiéndole que no se encontraba disponible? Entonces, ¿a santo de qué ese interés ahora en que la bajara?

Además, un cachorrito era un regalo tierno propio de un tipo tierno, y Michael llevaba toda la mañana intentando verle a Kirsten algo más que la cara. ¡Seguro que hasta una monja enseñaba más que ella!

—Dice la señora Henderson que te olvides de sus tartas de chocolate si no vas a envolver regalos como los otros.

O sea, que aquello iba de juego sucio.

—Vale, vale, me rindo, ahora voy. Oye, ¿tú me podrías pasar el juego ése que está ahí arriba? Es que lo voy montar ahora, porque he visto que lo han pedido —dijo aparentando estar tremendamente ocupado terminando el caballito balancín.

Sistema poco eficaz ése de poner en la lista cada cosa que pedían, sin orden ni concierto. Si él seguía allí, sugeriría que se cambiara.

¿Si él seguía allí? ¿Es que tenía planes de seguir allí? Él era un hombre sin planes, que vivía al día. Vale, hasta Navidad, se había comprometido. Comprometido.

Con aquellos pensamientos, casi se le pasa por el alto que su plan, impropio de un emisario de Papá Noel, y definitivamente diabólico, estaba funcionando. Ahí estaba Kirsten subida a un taburete haciendo lo imposible por alcanzar el bendito juego. Lo sabía, su instinto se lo había dicho. Estómago superplano, ombligo precioso, piel

sedosa. Por lo que a él respectaba, se podía seguir poniendo aquellas espantosas ropas, él ya sabía lo que había debajo.

Diabólico sí, pero cuidado que en sitios como ése, si te descuidas, terminas creyéndote una hermanita de la caridad. Por todos los santos, ¿desde cuándo regalaba él cachorritos? Ropa interior sexy y vino, eso era lo que él regalaba a las mujeres, aunque más bien se lo regalaba a sí mismo.

Imposible, ni con taburete lograba Kirsten alcanzar allí arriba, se estiró un poquito más... y perdió el equilibrio. Como un rayo, Michael logró agarrarla por la cintura, y ponerla en el suelo. Los dos se quedaron inmóviles, sin soltarse. Él solito se había metido en el lío: había querido jugar con ella, y sólo había logrado despertar su propio deseo: tocar, sentir, conectar.

—Todo el mundo a envolver regalos —dijo una voz por un altavoz viejo y destartalado.

De un salto se separaron, como si los acabaran de pillar haciendo cosas en la parte de atrás de un coche.

A envolver tocaba: dos mesas alargadas, llenas de rollos de papel de regalo, lazos, cinta adhesiva y etiquetas. Alrededor, todas las caras habituales, es decir, sus maravillosas madres adoptivas. Y las tartas. Y la música.

—No, por favor, esa música otra vez no, os lo pido, esos villancicos son superiores a mí.

—¿Qué quieres escuchar? —preguntó Kirsten, todavía sonrojada.

—Pues algo un poquito más moderno, no sé, rock o algo así.

Una semana llevaba pidiendo que cambiaran la música.

¡Ya llevaba una semana yendo allí! ¡Por fin volvía a pasar el tiempo en su vida!

Todas esas mujeres mimándolo como locas. Un oasis en mitad de su desierto.

Michael Brewster no era un hombre dado a grandes especulaciones sobre la existencia. Él sólo entendía lo que veía, tocaba, sentía. Cuando la gente intentaba consolarle hablándole de los ángeles y otros espíritus celestiales, le daban ganas de mandarlos a todos a la porra.

La historia aquí, sin embargo, era muy otra, aunque no supiera en qué ni por qué. Era como si de verdad pudiera sentir la presencia de su madre. Y es que estas mujeres realmente le recordaban a ella: si decía un taco, le decían: «Michael, por favor»; él decía: «Lo siento», y asunto arreglado. Le traían tartas, galletas, cocidos, se ofrecían para coserle los vaqueros rotos, incluso se ofrecían a ir a limpiarle el piso, como había hecho la señora Jacobs.

—¿Qué le hace pensar que necesito que me limpien el piso? —había preguntado él.

—Un pajarito me lo ha dicho —había contestado, sonriendo igual, igual, que su madre cuando vio el estado del primer piso en que él había vivido solo.

Por muy realista que Michael fuera, no podía dejar de preguntarse si estaría su madre detrás de todo aquello, detrás de que hubiera caído en un sitio lleno de mujeres

deseando hacer de su madre.

Y ahora eso. Una de sus canciones favoritas. Notó que le subía un cierto calor. ¿Calor? ¿Él? Tenía que salir de ahí a toda pastilla. Huir de ese volver a sentir, volver a desear, volver a esperar.

—Por fin, algo que se puede escuchar —dijo, sin dar la más mínima muestra de estarse derritiendo por dentro.

Se llevó los brazos a la cabeza, e hizo un ligero contoneo de caderas, el mismo que le había hecho salir acompañado de las discotecas sin mayor esfuerzo.

La señora Henderson le lanzó el rollo de cinta adhesiva. Los ciento cincuenta kilos de Lulu temblaron como gelatina. Kirsten, sin levantar los ojos, ponía un interés casi maniaco en el regalo que estaba envolviendo.

—Eh, Kirsten, ¿nos bailamos esto?

¿Lo decía en serio? ¿En broma? Ni él mismo lo sabía. Sólo sabía que quería tocarla otra vez.

—¿Qué dices? ¿Tú estás loco? —contestó ella.

—¡Yo, yo! —dijo Lulu entusiasmada.

Así que bailó con Lulu, y luego con la señora Henderson, y luego con la señora Jacob, y con una música que, por fin, no eran villancicos.

Un momento. Esa música no la podían haber puesto ellas, que se quedaron en Frank Sinatra. Aquello era obra de Kirsten, que ahí seguía envolviendo desesperadamente, sin levantar los ojos.

—Venga, Kirstie —dijo llamándola por primera vez por ese nombre como lo hacía todo el resto.

—Que no —contestó sin mover un músculo.

Pero Lulu era mucha Lulu, y, apoyada moralmente por las otras, dijo:

—Venga, Kirsten, no te hagas de rogar, baila con él.

Kirsten se levantó, y se puso delante de él desafiante:

—¿Podríamos, por favor, seguir envolviendo los regalos?

Silbido general. Cambio de música. Canción lenta.

—¿Me concedes este baile? —dijo seductoramente acercándose a ella, asombrado de hasta dónde le llevaban sus ganas de tocarla, sentirla otra vez.

—Ya te he dicho que no.

Más silbidos.

—Venga, Kirsten, suéltate un poquito, ¿no?

—Es que no me apetece soltarme un poquito —le dijo al oído—. Me imagino a la perfección cómo acaban las mujeres que se sueltan un poquito contigo.

—¿De verdad? Yo creía que las niñas buenas no pensaban en esas cosas.

—¡Tú eres tonto!

—Pues todas las demás han bailado conmigo.

—Ahí está el problema. Para un tipo que no está disponible, hay que ver cómo te pavoneas. Y hay un nombre para tipos como tú.

—¿Y cuál es?

—Lo sabes perfectamente.

—Ni idea.

—Chulo, requetechulo —dijo muy bajito.

Para una chica como ella, llamarle a un hombre chulo requetechulo era muestra indefectible de que estaba perdiendo los papeles.

—Para las chicas como tú también hay un nombre.

Kirsten le fulminó con la mirada.

—Puras como la nieve —continuó, logrando decirlo sin que sonara a insulto.

—Lo que tú digas.

Hacía mucho tiempo que Michael no se había sentido como se sentía en ese momento: lleno de vitalidad, de energía, casi se podría decir que feliz.

—Oye, que yo no soy más que un tipo destrozado que busca un respiro.

Pensó que lo iba a decir como había dicho el resto, alegre y animado, pero, lamentablemente, sonó a todo lo contrario.

«Por ahí sí que no paso», pensó Kirsten, «ahora no me vengas con el truquito del destrozado para obligarme a bailar contigo».

Pero en ese momento, la mano de él rozó la suya. Y ése era el problema. En un sitio como ése, cuando menos te lo esperas, ocurre un milagro. Y un truquito se convierte, repentinamente, en un acto de magia.

Michael recordaba vagamente de muchos años atrás lo que había que hacer en aquellos casos. Nada de estrecharla contra él apasionadamente. No. Le tomó una mano, y puso la otra en su cintura. Lulu hubiera cabido entre los dos si se hubiera decidido, dada la distancia que él dejó entre ellos.

—Supongo que así bailabas con tu abuela, ¿no? —dijo Kirsten, ignorando sus esfuerzos por adaptarse a ella.

Kirsten y sus sorpresas. Si él se creía que se iba a quedar tensa y tiesa como un poste, estaba pero que muy equivocado. Ella podía moverse como una gacela, llena de una sensualidad que sólo intensificaba su deseo.

—Pero si no tienes ni idea de bailar —le dijo Kirsten acusadoramente a los tres segundos.

—Lo estoy intentando, ¿vale? Hace mil años que no bailo así.

—¿Ah, no? ¿Y tú cómo bailas?

¿Sería una invitación? Porque la estrechaba contra él en ese instante sin pensárselo dos veces, rodeándola con sus brazos, y besándola con pasión.

Mejor no. Por si acaso.

—La última vez que bailé así fue con una chica de mi clase, y teníamos como dieciséis años. Ella bailaba muy bien, pero yo no, y me trató como a un trapo. Millie Milesworth se llamaba.

—Porque seguro que le hiciste la vida imposible.

—Ni siquiera la conoces, y ya te estás poniendo de su parte.

—No me estoy poniendo de su parte. Sólo sé que intentaba no demostrar que tú le gustabas para que no la hirieras.

Ya. Como las que se ponen ropas tres tallas mayores que las de ella. ¡Qué complicadas son las mujeres!

—¿Y tú cómo sabes todo eso?

—Es como si me viera a mí misma. Y mirarte a ti es como si viera a James Moriarty.

—No me lo digas, que lo adivino. Un imbécil integral, el tal James.

—¡Ay! ¡Me has pisado!

—Lo siento. ¿Era imbécil o no?

—Sí.

—Y se portó como tal contigo, ¿no?

—Pues sí.

—¿A que lo busco y le doy una paliza? —dijo, asombrado ante su propio entusiasmo.

—Gracias, pero ya soy mayorcita, y paso de historias de cuando estábamos en el colegio. Y tampoco es que sea muy navideña la intención.

—¿Por qué? ¿Qué crees tú que le haría si me lo encontrara?

—Pues cualquier salvajada que te pareciera muy masculina.

—¡Encima de que lo haría por ti!

No estaba mal eso de bailar así. Le recordaba a sus padres. La verdad es que se le estaba dando bastante bien. Con tanto entusiasmo, intentó dar una vuelta más profesional, totalmente inadecuada en un lugar tan atiborrado como ése, y efectivamente, logró tirar una pila entera de juguetes, y casi a Kirsten también.

Se acabó el baile. Kirsten le miró como le había mirado Millie. Con miedo a que pudiera herirla.

—Lo que realmente me gustaría, ¿sabes lo que es? Que termináramos de envolver todo.

—Como usted mande —dijo dándose por vencido.

Era ridículo intentar seguir convenciéndola.

¿Y si la hubiera conocido antes de que pasara todo aquello? Probablemente, no la hubiera ni mirado. No era su tipo. Eso de ver en las mujeres más allá de su talla de sujetador era nuevo. Él siempre había sido el más superficial de los hombres, nada más allá del «vamos a divertirnos un rato». Kirsten había vuelto ese mundo al revés. Y ese baile se lo había confirmado. Era encantadoramente femenina, con toda la gracia y el garbo necesarios para gustarle a cualquiera.

—¿Que qué quieres para Navidad? —volvió a preguntar.

—Un elfo —respondió sin dudar—. Me habías prometido que me conseguirías un elfo. Eso es lo único que me haría feliz para siempre.

Era verdad, Michael se dio cuenta en ese momento. Aunque era el centro de toda aquella actividad, aunque estaba siempre ocupada y con mil cosas que hacer, aunque

todos la querían y admiraban, aunque se dedicaba a hacer los sueños de los demás realidad, Kirsten Morrison no era una mujer feliz. Es más, en realidad odiaba la Navidad. Incluso más que él. Sólo había que mirarla a los ojos.

Lo que Kirsten Morrison más odiaba de Michael Brewster era cómo la estaba mirando en ese momento, como si adivinara sus más profundos secretos, era cómo lograba, a pesar de su propio dolor, hacer felices a los demás, era que hubiera conseguido una donación que ella llevaba intentando conseguir meses enteros, simplemente porque el señorito no tenía más que lucir su sexy y encantadora sonrisa para que se le abrieran las puertas, era cómo podía sacarle los colores con sólo mirarla fijamente, era que hasta que él había aparecido la estaba matando la monotonía, y ahora acababa de estar bailando entre los peluches, con una felicidad dentro que ni ella misma recordaba que tenía.

Lo que más odiaba de él era que justo cuando estaba convencida de que no era más que un chulo, veía aquel hielo y aquella tristeza en sus ojos, indicándole que él llevaba razón cuando decía que no se encontraba disponible y que qué difícil lo iba a tener quien se decidiera a quererlo.

O qué fácil. Porque lo que realmente más odiaba de él era lo muy cerca que había estado de parecer que podría ser fácil cuando habían bailado juntos, cuando él la había tocado, cuando él la había mirado. O de que podría llegar a serlo. O de que debería serlo.

Mejor que no le comprara ningún regalo. Además, sería un regalo de compasión, sobre todo tras haberla estado mirando como si viera su alma abierta en canal. Porque aunque seguro que Michael a sus chicas les compraría ropa interior y champán, a ella no, claro. Un set de gorro y guantes a juego, de éstos que venden por Navidad. Nada personal. Como si ella fuera Millie.

Pero Kirsten jamás le diría la verdad, que lo que realmente quería era El caballero de la Armadura Resplandeciente, porque estaba segura de que él lo encontraría patético, ridículo.

—Lo que quiere es un Cachorrito de la colección Pequeñines —dijo Lulu, leyéndole el pensamiento.

Los voluntarios siempre le compraban una pieza de regalo por esas fechas.

—¿El qué? —preguntó Michael riéndose.

—Ejem... —carraspeó Kirsten.

Lulu levantó la cabeza, y vio que Kirsten le hacía señas de estrangularla.

—Nada, nada, no he dicho nada —respondió Lulu.

—Venga, Lulu, dime lo que es —insistió Michael con su habitual persuasión.

—Nada, se ve que estaba equivocada. Les devolveré el dinero a los voluntarios.

¿Ahora se iba a perder la oportunidad de añadir una nueva figurita a su colección por él? Pues se la perdía, lo prefería a que él se enterara de su debilidad por la

colección Pequeñines.

—Yo lo sabía, sabía que querías un cachorrito —dijo él satisfecho.

—Soy alérgica a los perros —saltó ella, igualmente satisfecha.

De repente, Kirsten se dio cuenta de que ella también tendría que regalarle algo a él. ¡Qué pesadilla! ¿Dónde estaría la línea entre quedarse corta y pasarse?

Ella siempre les compraba un regalo a los voluntarios. Nada de un chocolate o una planta, para salir del paso. Un chal de seda para Lulu, una pieza especial para la cristalería de la señora Henderson, un pavo enorme para la señora Jacobs y su enorme familia, unos calcetines con «calefacción» para el señor Temple.

¿Qué se le compra a un hombre como Michael Brewster? ¿Una buena colección de CD de rock and roll? Seguro que ya tenía una. Unas clases de baile no sería una mala idea, poniéndose ya en tono jocoso. O quizás un cachorrito para él, para llenar tanto hueco afectivo. Si Michael fuera su hombre, le regalaría un montón de cosas, un MP3 lleno de canciones de amor, unos calzoncillos con corazoncitos, un turrón especial de pistacho... Pero ésa era la cosa, que Michael no era su hombre.

Él ya se lo había dejado claro. Y además ella no quería un hombre, no creía en el amor. Tenía que no olvidar que las cosas siempre empiezan así, vivir pendiente de su sonrisa, de que te mire, bailar juntos, todo amor y ternura, pero luego, todo se rompe en un segundo.

Michael había vuelto al tema de envolver regalos. Había logrado que una caja perfectamente rectangular que contenía un puzle pareciera más bien que contenía un elefante dentro. Pero el amor es lo que tiene. Que ves una cosa así, y te parece la forma más tierna de envolver un regalo que has visto en tu vida.

«Se podrían hacer unas figuritas de Pequeñines y los Regalos de Amor», pensó Kirsten.

—¿Dónde están los triciclos? Los voy a envolver —preguntó Michael decidido, francamente orgulloso de cómo le había quedado la caja.

—Los triciclos no se envuelven, son muy grandes y se gastaría demasiado papel. Les ponemos un lacito, y punto —contestó Kirsten.

—Pero, hombre, pobres niños, ¿cómo vamos a entregar los regalos sin envolver? Si precisamente ahí está la gracia. La ilusión de adivinar lo que habrá dentro. Si muchas veces lo que hace más ilusión es abrir los regalos, romper el papel a tirones, y dejarlo todo tirado por el suelo.

—Qué piquito de oro tienes, Michael —intervino Lulu—, tú convencerías a una virgen para que te hiciera el baile de los siete velos a ti solito.

—Eso espero —contestó Michael.

Kirsten siguió envolviendo lo que fuera que estaba envolviendo como si le fuera la vida en ello.

«Que no me mire. Que no me mire. Y tú no le des la satisfacción de que te vea mirándole para ver si él te está mirando».

Levantó la mirada, y él le guiñó un ojo. Una figurita sería lo último que se podría

hacer con él. ¡Pequeñines y la Danza de los Siete Velos! La imagen se le vino inmediatamente a la cabeza, y no precisamente con Harriet y Smedley. Cerró los ojos para pensar rápido en una langosta, pero cuando los abrió, vio que él la estaba mirando con ojos cómplices, de quien sabe muy lo que estaba pasando por su cabeza. ¡Y de qué manera! Y encima era verdad. ¡Langosta, langosta! Demasiado tarde. Michael había conseguido, una vez más, sacarle los colores. Definitivamente le tenía pillado el punto.

—Ya está bien de tonterías, pásame un maldito triciclo para envolverlo —dijo Kirsten finalmente.

—Así me gusta. ¡Viva ese espíritu navideño! —respondió Michael, disfrutando de lo lindo.

Capítulo 5

Veinticinco días para Navidad...

Michael Brewster nunca pensó que envolver paquetes se convertiría en la cruz de su existencia. Desde lo de envolver los triciclos, cualquier objeto demasiado grande o con forma inmanejable, se lo pasaban a él para que lo envolviera.

Mirando a los voluntarios que estaban en ese momento sentados alrededor de aquella mesa, se puso a pensar que probablemente no habría ningún grupo más heterogéneo que aquél: blancos, negros, viejos, jóvenes, gordos, flacos, hombres, mujeres.

Y Kirsten. Últimamente, por cierto, parecía haberse relajado en cuanto a lo de ir lo menos atractiva posible. Ese día incluso le pareció que llevaba ropa de su talla, y algo de brillo en los labios.

Cada día le parecía más extraño que Kirsten no estuviera con nadie, pero prefirió no pararse a pensar en lo que podría haber detrás. Era despierta e inteligente, tenía un gran sentido del humor cuando quería, y por si fuera poco, un tipo envidiable. También era verdad que tendía a ser demasiado seria, además de estar obsesionada con las figuritas ésas.

Desde el día que a Lulu se le había escapado lo de El Pequeño Cachorrito y el Amor, se había puesto a mirar en Internet, sin ningún éxito.

Tras un aparte secreto con Lulu, que esa vez le dio detalles, volvió a Internet veloz, a ver qué era lo que Kirsten intentaba esconderle con tanto interés. Así fue cómo Michael fue introducido en el espantoso mundo de Pequeñines y el Amor.

Acartonados e insípidos, fueron las dos únicas palabras que se le vinieron a la mente al echar una ojeada a la colección de Harriet y Smedley. Debía de ser el perrito lo que llamaba la atención de Kirsten, porque si no...

Decidido a ir con las antenas puestas, al día siguiente, se fijó en que Kirsten tenía una figurita en su oficina, y, peor, un catálogo de la colección.

¿Qué atractivo le vería una chica como Kirsten a unas figuritas que representaban una visión tan poco real y distorsionada del amor? ¿Por qué seguía Kirsten sola?

Sola. Esa era clave aquí. Echó un vistazo alrededor de la mesa, y eso es exactamente lo que vio, gente que se encontraba sola. Lulu, separada. La señora Hender— son y la señora Jacobs, viudas. El señor Temple, soltero de toda la vida. Solos.

Básicamente, como le sucedía a él, todos estaban buscando una forma de sobrevivir la Navidad. Todos habían buscado a alguien que necesitara más que ellos mismos, con más dolor que ellos. Aquí, en la Sociedad Secreta, se había creado una especie de familia, en la que él había sido recibido con los brazos abiertos.

Le pareció que aquí había encontrado una especie de misión, una especie de

sentido, que iba mucho más allá de montar juguetes, cargar todo lo pesado, llevar y traer paquetes, incluso más allá de la imposible tarea de encontrar un elfo. Más allá, incluso, de aliviar su propio dolor. Y desde luego más allá de contemplar los labios de Kirsten, o de ingeniárselas para ver cómo podía verle el ombligo otra vez, o sacarle los colores.

Y hablando de sacarle los colores, ¿por qué no intentarlo en ese momento?

Se la quedó mirando fijamente con su sofisticada técnica. Kirsten levantó los ojos, y se limitó a decir: «Yujuuu», sin la más mínima muestra de rubor. ¿Se estaban volviendo las tornas? Mejor se andaba él con ojo.

—Si de verdad pudieras tener lo que quisieras para Navidad —dijo intentando por todos los medios mostrarle lo muy en serio que hablaba—, ¿qué pedirías?

—Que todos los niños del barrio tuvieran juguetes por Navidad. Y un elfo —dijo Kirsten.

No había manera.

—No me refería a ese tipo de cosas, sino a algo material.

—No, si ya te había entendido —respondió con una sonrisa llena de ironía.

—¿Y usted, mi querida señora Hennie-Pennie? —preguntó, a la vista de que Kirsten se salía de nuevo por la tangente.

Definitivamente, no era barra de labios lo que Kirsten se había puesto esa mañana, pero crema de cacao, tampoco. Debía de ser brillo.

—Chocolates alemanes —respondió la señora Henderson después de pensárselo largamente—. Mi Addie me mandó unos cuando hizo la mili allí, antes de casarnos. Se llamaban Merci. Todavía hoy sueño con ese sabor, y me acuerdo de él.

Todos se quedaron callados, hasta que Lulu rompió el silencio.

—Yo quiero uno de esos recipientes que te masajean los pies con agua caliente. Eso tiene que ser el paraíso. Y dan muchísimos menos problemas que un hombre —dijo partiéndose de risa.

Lo acababa de ver claro, tan claro como lo debieron de ver los Reyes Magos cuando siguieron aquella estrella. Su misión era ser el Papá Noel secreto de los miembros de la Sociedad Secreta de Papá Noel. Él podía conseguirles a todos y cada uno de ellos, tan dispuestos a dar sin recibir nada, exactamente lo que quisieran.

Para la señora Henderson varias cajas inmensas de chocolates alemanes. A Lulu la mandaría al mejor balneario de Michigan. No, mejor a ése de lujo de Arizona cuyo folleto había visto por casualidad entre las recetas de su madre. ¡Lulu yendo a un balneario al que su madre había soñado secretamente poder ir! La idea le llenaba de alegría. La señora Jacobs quería que su hijo, que vivía en el extranjero, viniera a visitarla, y poder conocer por fin a su nieto.

Michael iba tomando nota mental de cada cosa, sintiendo mientras lo hacía cómo le iba entrando un calor casi olvidado, como si alguien estuviera subiendo un termostato en su interior. Sólo pocas semanas atrás, era incapaz de sentir frío o calor. Ahora iba a tener que arrancarse la camisa a tirones, porque empezaba a estar asado.

Seguro que a Kirsten se le saldrían los ojos de la cara si se le ocurría hacer algo así, por lo menos —de admiración, quería pensar.

—¿Y tú, Kirsten? —volvió a intentarlo de nuevo.

—Ya te lo dije —respondió incómoda—. Un elfo.

—No, en serio.

—Vale. En serio. Un hipopótamo verde con un tutú rosa.

Todos rieron, menos él.

—Sé que te gustan esas figuritas, las de la colección Pequeñines y el Amor —dijo con auténtico corte sólo de decir un nombre como ése en alto.

—¿Y tú cómo sabes eso? — le cortó drásticamente.

—Bueno, lo dijo Lulu el otro día, antes de que tú la amenazaras con estrangularla, una actitud nada navideña, que dirías tú. Y he visto que tienes una en tu despacho. Y un catálogo.

Kirsten echaba fuego por los ojos, pero permaneció callada.

Si por lo menos dijera qué figurita quería, Michael haría de tripas corazón y se la compraría. Eso era parte de su misión: se trataba de hacer felices a los otros, no de hacer lo que a uno le hace feliz. Pero Kirsten estaba empeñada en ponerle las cosas difíciles.

—No quiero que me regales nada —dijo de forma seca.

Michael podía haberse sentido ofendido, pero cuando la miró, se preguntó si habría algo en el mundo que ella deseara. No parecía.

Quizá, con suerte, lo de Pequeñines y el Amor era sólo una cortina de humo, algo que pedir para no mostrar que no podía pensar en nada. Le impactó pensar qué extraña y triste ironía que ella, tan dispuesta a dar regalos de Navidad a todos, por alguna razón no creía para nada en la Navidad. Podía dar, pero no recibir.

Pero Michael Brewster se comprometió, allí y entonces, a convertir en su misión averiguar cuál era el deseo del corazón de Kirsten Morrison, y a asegurarse que, fuera lo que fuera, lo tendría para Navidad.

—Venga, Kirsten, dímelo. Tienes que querer algo más que un Pequeñín y el Amor Latente, o un Pequeñín Desaliñado y el Amor, o un Pequeñín y el Amor Tarumba.

Se estaba tronchando de lo ocurrente que se había puesto, cuando advirtió que ella no se reía: realmente adoraba aquellas grotescas figuritas, y ridiculizándolas así, Kirsten nunca le diría lo que realmente quería para Navidad. ¿Y si le compraba un par de las malditas figuritas y punto?

Sólo de pensarlo se le ponía el vello de punta.

A partir de ese día, mientras más se empeñaba él en preguntarle, más reacia se ponía ella a contestarle.

—¿Qué, Kirsten, te has pensado ya lo que quieres?

—No he hecho otra cosa en toda la noche.

—¿No me digas? ¿Y?

—Que haya paz en el mundo —contestó, en un tono un tanto ambiguo.

—¿Qué pasa, que te vas a presentar a Miss E.E.U.U.? Siempre suelen contestar eso.

—Sí, sobre todo eso, yo de Miss E.E.U.U. —dijo sonriendo.

—Ellos se lo pierden —murmuró él.

—Desde luego —replicó ella.

—No, en serio —continuó él.

Así no iba a llegar muy lejos. Intentó cambiar de táctica.

—¿Y tú a qué te dedicas, cuando no estás aquí? ¿En qué pasas el tiempo?

Táctica poco desarrollada. Ella sonrió, y él se preparó para aguantar el chaparrón.

—Leo libros. L-i-b-r-o-s.

—Oye, porque sea un simple carpintero, no significa que yo soy simple.

Kirsten, poco acostumbrada a bromear con nadie, avergonzada de sí misma, contestó:

—Lo siento, no quería decir eso.

Bueno. Una bajadita de la guardia. Había que aprovecharla ya mismo. Esa vez lo conseguía.

—Te perdono si me dices lo que quieres.

—¿Y tú? Dime tú primero. ¿Qué quieres tú para Navidad?

La pregunta le pilló desprevenido. ¿Qué quería él para Navidad? Nada. Era rico. Si quería algo, se lo podía comprar. Y nada de lo que se podía comprar, le interesaba. Lo único que quería era que le devolvieran su familia.

Se le vinieron a la mente miles de recuerdos. El árbol ridículamente grande que su madre insistía en poner todos los años, que casi ni entraba por la puerta. El regalo de su hermano, siempre en plan de broma. El entusiasmo de su padre por sorprender a su madre. El momento cumbre del día de Navidad, aunque sólo se daba cuenta entonces, no era abrir sus propios regalos, sino cuando su padre, después de que todos hubieran terminado de abrir los suyos, entregaba, con gran ceremonia, su regalo a su mujer.

—Ábrelo, Eileen, ábrelo —decía siempre, lleno de ansiedad por ver si había acertado.

Por supuesto, Michael también se daba cuenta ahora, ella siempre se encargaba de mostrar que así era. Y aquellos pendientes esmeraldas tan grandes que le había regalado aquel año no podían haber sido de su gusto. Ni el collar de diamantes de cuando la pesca de cangrejo se les dio tan bien. Siempre algo horrorosamente ostentoso. Y su madre siempre con aquel «Oooh» en la boca, con lágrimas en los ojos, y mirando al padre con aquella ternura.

—Michael, ¿que qué quieres?

—Nada. ¿Cuál era la pregunta? —preguntó haciendo un esfuerzo por recobrar la calma.

—¿Qué quieres para Navidad?

Kirsten lo miraba preocupada, con su mano en la de él. ¿Cómo podía un roce tan ligero encender tanto deseo en él?

—Una chica guapa —contestó queriendo molestarla, y, con un poco de suerte, ruborizarla.

Pero no. Kirsten, simplemente, lo miró fijamente.

—Papá Noel va a tener problemas para meterla en tu calcetín —dijo, retirando la mano.

—Me la puede dejar en la puerta. Te toca.

—Si la luna está hecha de queso azul, quiero un trozo.

—Desde luego, para una pregunta tan sencilla, tienes serios problemas para contestarla. Una. Sencilla. Respuesta.

—Soy una chica complicada —dijo suavemente.

Bueno, estaba claro, jugar a Papá Noel de Kirsten iba a requerir otras tácticas.

A la primera ocasión que Kirsten tuvo que salir a hacer un recado, se coló en su oficina. Tal como se temía, lo que Kirsten escondía a toda velocidad en su cajón cada vez que él se acercaba por allí, era, efectivamente, un catálogo de Pequeñines y el Amor.

La cosa era mucho peor de lo que se había imaginado. Una página estaba particularmente sobeteada. La del Caballero de la Armadura Resplandeciente, para gusto de Michael, la peor figurita de la colección. La pieza era parte de una edición limitada de dos mil ejemplares, y se esperaba que la edición se agotara a los pocos días de ponerse a la venta. Miró la fecha del catálogo: probablemente ya estaba agotado. Nueva pesadilla: conseguir la bendita figurita, como si tuviera poco con lo de conseguir un elfo.

¿Por qué tenía que ser ella tan complicada? Y además, eso de las figuritas, ¿no era algo propio de ancianitas? No era de extrañar que no quisiera decirle lo que quería para Navidad. Le daría corte, cosa comprensible en este caso.

Bueno, por lo menos ya sabía lo que quería, y no había nada imposible. Así que tendría que intentarlo. Se sentía optimista, incluso feliz.

Estaba a punto de cerrar el cajón del escritorio cuando vio que había algo más: una carpeta con el nombre Sueños Imposibles. ¿Tenía Kirsten sueños imposibles? Con cierto recelo, ojeó el interior, y averiguó que hay cosas que realmente son imposibles después de todo.

—¿Qué demonios estás haciendo ahí? —preguntó Kirsten, encolerizada.

Era bastante evidente: Michael estaba leyendo sus papeles.

Él la miró con cara de ¿pero por qué te pones así?, por toda respuesta. No, si al final le iba a tener que pedir ella disculpas.

—Kirstie, ¿de verdad tienes el corazón roto?

A Kirsten se le paró el corazón. ¿Qué había estado leyendo para descubrir sus más profundos secretos?

Sí, tenía el corazón roto, y lo que ella quería no se podía conseguir. Sí, lo del Caballero de la Armadura Resplandeciente estaba bien como distracción, para no pensar en lo que realmente quería, en su secreto más profundo: que las cosas

volvieran a ser como antes de que su sobrino quedara discapacitado, que Kent y Becky, y su madre y su padre, volvieran a estar juntos. Una reconciliación navideña, como en las películas, eso era lo que realmente quería.

No. Lo que realmente quería en lo más profundo de su ser era volver a creer. ¿Lo habría escrito en alguna parte?

—No tienes ningún derecho a estar en mi oficina, hurgando entre mis cosas —dijo secamente.

—Lo dices como si se tratara del cajón de tu ropa interior —dijo clavando sus ojos en ella, decidido a descubrir la verdad acerca de ella, toda la verdad—. Eres tú. Eres tú quien sufre mayor dolor.

A Kirsten se le paró el corazón. ¡Entonces sí lo sabía!

—Muy fuerte lo que hay aquí dentro. No me extraña que tengas el corazón roto con todo esto.

La había descubierto. Había descubierto que, a pesar de estar rodeada por gente que la quería, y de dedicarse a llenar a los otros de alegría, las Navidades eran una auténtica tortura para ella. Su sobrino Grant había sido atropellado por un coche el día de Navidad.

En ese momento, Michael levantó la carpeta, y entonces ella se dio cuenta de que Michael no había leído nada sobre ella, no sabía nada sobre ella. Lo que tenía en la mano era la carpeta de Sueños Imposibles.

—Querido Papá Noel —leyó Michael en alto tomando una de las cartas al azar—, a mi hermano le dieron un tiro en la cabeza, y necesita un cerebro nuevo. Muchas gracias, Geoff.

—Ahora ya sabes por qué no puedo soportar la Navidad —contestó ella.

Sonó a mentira, pero todavía no estaba preparada para decirle a Michael toda la verdad.

—Querido Papá Noel —tomó otra carta—. Mi mamá murió el año pasado. ¿Está en el cielo?

Siguió leyendo una tras otra.

—Por lo menos Disneylandia, y lo de las estrellas del deporte, son algo más posibles. ¿Qué vamos a hacer con todo esto, Kirsten? No podemos permitir que esos niños piensen que sus sueños son imposibles.

¿Vamos? ¿No podemos?

—¡Pero si uno de ellos está pidiendo ir al cielo a ver a su mamá!

—Sí, bueno, ése es bastante imposible —tuvo que aceptar Michael.

—Y no podemos enviar a nadie a Disneylandia.

—¿Por qué no? —preguntó Michael tercamente.

—Michael, si mandamos a uno a Disneylandia, el año que viene nos llegan mil pidiendo lo mismo. Hacer realidad el sueño de uno, es decepcionar a novecientos noventa y nueve.

Kirsten no soportaba que le hiciera pensar que incluso su propio sueño imposible

quizás no era tan imposible, que quizá el amor fuera algo real y verdadero, no quería ni oír hablar de que los sueños imposibles pudieran llegar a realizarse. La esperanza era la cosa más peligrosa del mundo.

Había aceptado a Michael, lo había invitado a formar parte de su pequeña familia, su lugar seguro. Ahora se arrepentía, porque cada vez era menos seguro. Él se lo estaba poniendo patas arriba.

La estaba obligando a soñar con cosas en las que no quería creer: unos brazos que la rodearan por la noche, tener a alguien con quien hablar, en quien creer, con quien compartir la carga. La estaba obligando a soñar con cosas que pensaba que había dejado atrás definitiva y sabiamente: el deseo de sentirse a gusto, protegida, querida, cuidada, segura, el deseo de un hombre que derribara el cerco que ella misma se había puesto, y la dejara salir a disfrutar de la vida, a probar la pasión en sus labios, a sentir su piel contra su cuerpo, sus ojos llenos de deseo mirándola. La estaba obligando a sentir el deseo de confiar otra vez, en el mundo, en los hombres, en ella misma.

Trató de recordar lo enfadada que se había puesto al entrar y verlo sentado en su mesa espiando en sus cosas. Pero ¿cómo enfadarse con él si recordaba la expresión de su cara mientras leía aquellas cartas? Ahora, encima, Kirsten se sentía más unida a él que nunca.

¿Cómo era posible que siempre se saliera con la suya?

Tuvo que aceptar que Michael Brewster no tenía intenciones de aceptar que nada fuera imposible.

Capítulo 6

Dieciocho días para Navidad...

—Un momento, Kirstie, antes de que cerremos, quiero enseñarte una cosa —dijo Michael.

Lo dijo como si se tratara de algo sin importancia, pero por dentro entendió cómo se había sentido su padre todos aquellos días de Navidad esperando el momento de la gran sorpresa final.

No porque ahora se tratara de su gran sorpresa final, pero sí era un buen adelanto.

—¿Cerrar? No quiero cerrar. Quiero quedarme aquí, y mirar esta maravilla. Es lo más grande que hemos tenido nunca aquí —dijo dando otra vuelta alrededor del «trineo».

¿Qué hombre no se creería el más grande ante tal confesión? Pero había que admitir que no le había quedado nada mal.

Cuando le habían enseñado lo que ellos llamaban el «trineo», una cubierta desvencijada y malamente apañada, se había quedado espantado. ¿Cómo es que no habían tenido un accidente con aquello en aquel estado?

Él lo había desmontado entero, y vuelto a construir desde cero. Ahora era una obra de arte, una auténtica carroza que iría repartiendo juguetes por las calles en Nochebuena, tirada por un camión, con un asiento forrado de terciopelo para Papá Noel, inmensas cajas de colores para llevar los regalos, y pasarela enmoquetada para que el elfo, si llegaban a encontrar uno, entregara los regalos, que ese año ascendían a la cifra récord de mil doscientos, sin incluir los Sueños Imposibles.

Pero para él, lo que estaba a punto de enseñarle a Kirstie, era sin duda su mayor logro hasta ese momento en la Sociedad Secreta: una caja enorme, sin envolver, que colocó delante de ella.

—¿Qué es?

—Sueño Imposible número doce, Amanda Watson, seis años —respondió él.

—¿Disneylandia? —preguntó Kirsten con una mirada escéptica que, tras abrir la caja, se convirtió en lo que él tanto había esperado, y para lo que había vivido: ver el sol en unos ojos hechos para reír, aunque no lo hicieran demasiado a menudo.

—Disneylandia. Disneylandia en una caja —proclamó satisfecho.

—¿Dónde has encontrado esta preciosidad de papel? —preguntó deslumbrada.

Tres días enteros le había llevado encontrarlo, pero ver aquella mirada en sus ojos hacía que hubiera merecido la pena. Toda la caja cuidadosamente forrada con un exquisito papel en el que podía verse el castillo del Rey Ludwig en Neuschwanstein, el mismo que había inspirado el castillo de la Bella Durmiente en Disneylandia. Luego, a juego, sábanas, almohada y manta con los personajes favoritos de Disney, más unos enormes peluches de los personajes más populares de Disney. Y en el

fondo, lo mejor de todo: un vestido de princesita de encaje y tafetán, con una diadema de joyas, y unas pequeñas zapatillas de plástico transparente.

Michael vio cómo los ojos de Kirsten se llenaban de lágrimas.

—¡Michael, eres una caja de sorpresas! —dijo con cara de auténtica admiración—. ¿Tú sabes lo que un regalo así significa para una niña pequeña? El paraíso.

—Creo que Santa me está soplando al oído —dijo, tan sorprendido como ella por lo inspirado que se ponía cuando se trataba de los Sueños Imposibles.

—Y ¿cómo escogiste ese vestido tan precioso?

—Peor fue escoger la coronita ésa, con todas las mujeres de la tienda mirándome y riéndose.

—Diadema —le corrigió ella con una sonrisa—. Pero esto es demasiado para una persona. Va a ver que dividirlo...

—Ni pensarlo —dijo él con firmeza.

—Porque aquí hay suficiente para... —continuó ella.

—El hecho de que Amanda reciba todo esto, no significa que otros niños tendrán menos.

—Está bien, Michael, tú ganas. Llevas razón.

Michael sabía que aquélla era una victoria que Kirsten estaba más que feliz de concederle.

—Me hubiera encantado verte comprando esto —dijo, levantando el vestido en el aire.

—Sí, a ti, y a otras veinte mujeres. Creí que me moría. Pero bueno, el siguiente Sueño Imposible fue más fácil.

Para el Sueño Imposible número tres, conocer personalmente a un gran jugador de baloncesto, Michael Brewster había encontrado en Internet una foto firmada, y había comprado una camiseta del equipo con el número 23. Resuelto.

Michael había pensado que realizar los Sueños Imposibles le rompería el corazón a cualquiera, por eso había intentado quitarle a Kirsten ese peso de encima. Pero le estaba encantando. Realizar todos esos deseos le hacía sentirse vivo como no se había sentido desde que lo sacaron de aquellas aguas.

Era cierto que algunos sueños eran realmente imposibles. No le podía conseguir un cerebro nuevo al hermano de Geoff, ni le podía traer la madre del cielo al otro niño. Pero sí podía sacarle el mayor partido al espíritu navideño. Al hermano de Geoff, por ejemplo, le iban a hacer una terapia extra. Y al niño huérfano le llevarían cookies a casa todas las semanas, gracias a un apañito que Michael había logrado con el panadero del barrio.

La guinda, la mirada de Kirsten cada vez que tachaba algo de la lista. Eso sólo le hacía sentirse tres metros más alto, a prueba de balas, y más hombre de lo que se había sentido nunca.

—Michael, deberíamos irnos, son más de las doce.

Era verdad, pero a él los días se le hacían cada vez más cortos, y cada vez le

apetecía menos irse a casa, o separarse de ella.

—Justo cuando empieza la magia. Seguro que, si te pusieras esa zapatilla de cristal, te cabría.

Ella puso cara de conejo acorralado. Odiaba que le encantara la manera en que él le hacía sentir.

—¡Qué va! Yo estoy destinada a ser la hermanastra fea.

¡Lo que Michael daría por quitarle eso de la cabeza!

Y él sabía cómo hacerlo. Aunque eso complicaría todavía más las cosas. Bueno, ya que había que portarse como un hombre, le abrió la puerta, y cambió de tema.

—Tengo una idea genial para el Sueño Imposible número seis.

Antes de que pudiera contársela, Kirsten había hecho una bola de nieve, y se la había tirado. Cada vez le salía más el lado juguetón, sorprendente, encantador.

¡Había comenzado la lucha de bolas de nieve! Empezaron a correr calle arriba, calle abajo, bola va, bola viene. ¡Vaya puntería la de Kirsten! ¿Es que había jugado al béisbol secretamente? Michael apuntó, pero antes de que pudiera lanzar, ¡toma!, bola en toda la cara. Y, encima, cuando él lanzó la suya, la señorita Kirsten Morrison la esquivó como toda una profesional.

¿Era consciente ella de que su risa transformaba aquella sombría calle rebosante de nieve en algo resplandeciente y mágico? Un beso ahora tendría el mismo efecto. En ella. Y en él. Transformarles. ¿Estaba él preparado?

Justo en ese momento, vio que ella se estaba alejando demasiado de él.

—¡Eh! —gritó—. ¡Vuelve! ¡Tregua!

Decepcionada porque él no quisiera seguir jugando, Kirsten empezó a volver. ¿De dónde sacaba tanta energía? Pero si se pasaba dieciséis horas diarias metida en la Sociedad Secreta, como él.

Cuando llegó a su lado, Michael tomó sus manos entre las suyas, y empezó a soplar sobre ellas para calentárselas. El Michael de antes no había sido nunca tan dulce.

—¿Qué quieres para Navidad? —preguntó entre soplido y soplido.

De repente, se dio cuenta. Fue como cuando te da una bola de nieve que no sabes de dónde ha venido. Simplemente, te da. El, simplemente, cayó en la cuenta de que se estaba enamorando de ella. No se sintió asustado, ni con ganas de salir corriendo. Se limitó a admitirlo. Una calma inmensa lo invadió mientras seguía soplando las manos de Kirsten, y mirando sus ojos grises.

—Esto que estás haciendo ahora mismo no está nada mal como regalo —contestó ella.

Y a continuación, con una voz sorprendentemente espantosa, cantó:

—¡Y me deseo una Feliz Navidad!

—Hablo en serio.

—Yo también.

—Vamos, Kirsten. Dímelo.

Lo que él quería era que le confiara un trocito de sí misma, como muestra de que ya estaba preparada, aunque sólo fuera decirle que quería la figurita del Caballero de la Armadura Resplandeciente, que, por cierto, estaba siendo tan difícil de conseguir como un elfo. Repentinamente, Kirsten, con un tono de voz entre soñador y melancólico, decidió rendirse a su pregunta.

—Un día. Eso es todo lo que les damos. Un día. ¿No sería maravilloso si pudiéramos darles algo más?

—¿Como qué?

—Hay un viejo edificio a la vuelta de la esquina, una antigua tienda de caramelos, que hace tiempo que sueño con comprar y convertir en un centro de lectura, maravilloso y calentito, lleno de sofás y libros, con una mesita con manzanas, naranjas, plátanos... un sueño simple, estúpido, imposible.

Michael sintió que en realidad no le había dado nada. ¿Por qué no le hablaba de sí misma? ¿Por qué no admitía que le gustaban Los Pequeñines y el Amor? Ciertamente que él le había tomado el pelo con lo ridículo de los nombres. ¿Era eso suficiente para no confiar en él? Estaba intentando madurar, olvidar sus gustos personales si con ello la hacía feliz, y quería que ella lo supiera.

—Muy noble por tu parte —dijo Michael en tono seco—, y puedes estar segura de que lo incluiré en la carpeta de Sueños Imposibles, pero mi pregunta era qué quieres para ti por Navidad. Ya sabes, de regalo, como las otras chicas.

Su experiencia en cuanto a lo que las chicas querían era relativamente reciente, y la había sacado de preguntarle a cada voluntaria lo que querían para añadirlo a su lista de Papá Noel secreto.

—Sé lo que estás haciendo —dijo ella—, no creas que me estás engañando.

—¿El qué? —dijo él, con tono inocente.

—Estás haciendo una lista con lo que quiere cada uno. Si Papá Noel hubiera existido, seguro que tendría pinta de Michael Brewster, ¿no?

—Lo que quieras, pero no me has contestado.

—¡Estoy pensando!

—Pues, nada, tómate tu tiempo. ¡Aún quedan veinte días!

—Dieciocho —le corrigió ella rápidamente—, ¡No! Son ya pasadas las doce. Diecisiete.

A ese paso, Michael iba a tener que decidir él solito, y pronto, si le compraba el bendito Caballero de la Armadura Resplandeciente a un crápula que había encontrado en Georgia, que le había dicho que o tres mil dólares, o se podía ir olvidando.

—No quiero que me regales nada, Michael. Tenerme con nosotros, lo que nos das a todos, ya es bastante regalo. No tienes que comprarle nada a nadie.

O sea, tenerle a él, su presencia ya de por sí, sin que hiciera nada, era ya suficiente regalo. ¡Qué barbaridad! Los tres mil dólares de la figurita empezaban a parecer una ganga.

—Me lo he pasado muy bien esta noche —dijo—. Realmente bien. En realidad,

yo no le estoy dando nada a nadie, estoy sólo recibiendo.

—¿En serio? Pero si estuvimos otra vez con lo de los adornos, y con esos villancicos de fondo todo el rato, y el ponche, que yo no lo aguanto al tercer trago.

—Pues yo me lo he pasado fenomenal. Y Lulu es genial. La tendríamos que haber grabado bailando los villancicos, con el gorro de Papá Noel, y envuelta en el terciopelo rojo de la carroza. Con aquella marcha y cómo movía las caderas, parecía Papá Noel haciendo un striptease, no me extraña que estuviéramos todos partiéndonos de risa.

Le estaban devolviendo la vida. La risa. El calor.

Él estaba preparado. Kirsten, sin embargo, no parecía tener las cosas demasiado claras todavía.

—Tú pareces un tipo que ha hecho muchas locuras, ya sabes, cosas atrevidas y así...

—¿Como por ejemplo?

«Ojo, Kirsten, que te pueden sacar los colores», pensó para sí mismo.

—Como ser juez en un concurso de camisetas mojadas. Como esquiar en la zona prohibida. Seguro que has saltado desde un avión.

—Sólo una vez —respondió.

—¿Y *puenting*?

—¿Cuenta si estaba borracho?

—Sólo si estabas desnudo.

Decía esas cosas intentando aparentar que se sentía a gusto diciéndolas, pero la delataban las mejillas encendidas. Aunque últimamente lo controlaba mucho más. O eso, o él estaba perdiéndole el punto. No acababa de entender por qué Kirsten quería que pensara que era una chica con más experiencia de la que realmente tenía, pero le parecía divertido.

—Entonces sí cuenta —contestó.

Ah, no le había perdido el punto totalmente. Kirsten se puso como un tomate.

—¿Ves? —dijo—. Y ¿esperas que me crea que te lo pasaste bien esta noche?

—¿Qué te hace pensar que hacer *puenting* desnudo es más divertido? —le preguntó.

Y lo dijo en serio. ¿Puede haber algo más incómodo que hacer *puenting* desnudo?

—Bueno, a lo mejor divertido no es la palabra adecuada. Desinhibido. Despreocupado. Sin que te importe lo que opinen los demás.

Ése sí que era un nuevo aspecto de Kirsten: la chica más responsable del mundo tenía el secreto deseo de ser atrevida y hacer locuras.

—Pues avísame si quieres meterte en cosas de ese tipo. Conozco un sitio donde juegan a «pillar al cerdo engrasado». Sólo que no lo juegan con un cerdo.

—¿Ves? —repitió—. Construir una carroza con una panda de jubilados y conmigo tiene que ser de lo más aburrido después de algo así. Un rollo.

—No te olvides de Lulu —le insistió él—, Lulu nunca le parecería a nadie un

rollo. Y te mataría si se enterara de lo que la llamas. Está superemocionada con la fiesta de Navidad de los voluntarios. Ya me ha recordado tres veces que es este fin de semana, y que tengo que llevar esmoquin.

—Para muchos voluntarios es la única fiesta a la que van en todo el año. Les encanta lo de que sea una cosa formal.

—Pues nada más lejos de mi idea de pasarlo bien —dijo él, pensando en el esmoquin que ya le había pedido a un amigo.

—Entonces, ¿qué es para ti pasártelo bien?

Él la miró de reojo.

—Mejor dejemos eso.

—No, no. Dime, ¿cuál ha sido el momento de tu vida en el que mejor te lo has pasado?

Una pregunta difícil.

¿Cuando él y su hermano decoraron un pino de tres metros que tenía su preciosa profesora de cuarto con toda su ropa interior? No, en realidad no había sido tan divertido. Y además, su madre se había puesto a llorar cuando la policía los llevó a casa.

¿Cuando estuvieron en el Hotel Puerto Vallarta, todo incluido, con surf, catamarán, chicas en bikini por todas partes y barra libre? Entonces había parecido divertido, pero desde su perspectiva actual, sonaba más a descerebrado. Además, Brian se había roto la pierna en México, y su madre había llorado una vez más, esta vez por la factura del médico.

Michael decidió no revelar una verdad de la que era cada vez más consciente. Lo mejor que había hecho en su vida había sido entrar por las puertas del Sociedad Secreta, aquel lugar mágico y secreto donde había visto amor, y generosidad, y espíritu navideño para dar y tomar.

—Simplemente no entiendo por qué te resultamos tan especiales —dijo ella—. No somos precisamente apasionantes, casi ni siquiera interesantes.

Él la miró, y se dio cuenta de que Kirsten no se enteraba de nada. Su vida entera le parecía repentinamente insulsa hasta el instante en que entró en el mundo que Kirsten había construido.

Todo lo que su hermano y él habían hecho de pequeños le parecían ahora tonterías infantiles. No cambiaría ni un ápice de todo lo vivido, por supuesto, pero ahora estaba preparado para seguir adelante, para crecer.

No estaba seguro de si lo que vivía en ese momento habría sucedido si Brian siguiera vivo. Ellos se jaleaban mutuamente, se alimentaban recíprocamente. Si a uno le salía novia, el otro se las arreglaba para que aquello no saliera adelante, para no perderlo.

¿Qué pensaría Brian de Kirsten?

Una mujercita de su casa. Era casi como si pudiera oír la voz de su hermano, su risa cuando su madre les daba la vara para que asentaran la cabeza de una vez, «tenéis

que buscaros una mujer de su casa, y no esas chicas con las que salís», y entonces Brian la agarraba, y se ponía a bailar con ella, y ella se reía. Cuando recordaba ese tipo de cosas, sentía como si fuera a reventar de dolor.

—Yo ya he tenido suficientes emociones en la vida —dijo lentamente, y entonces supo que se lo iba a contar, que estaba preparado para hablar de ello, para confiarle su ser a ella.

—¿Te acuerdas del accidente que te conté?

Ella asintió.

—Mi familia tenía un barco de cangrejos en Alaska. Allí se crió mi padre, y siempre volvíamos allí para las dos temporadas de cangrejos, la del cangrejo real, y la del cangrejo de nieve. ¿Sabes algo de pescar cangrejos?

Ella negó con la cabeza.

—Se pasa frío, es duro, es peligroso. Las aguas del Mar de Bering son probablemente las más peligrosas del mundo, pero también las más increíbles y emocionantes. Lograr llegar de vuelta al muelle con el barco a rebosar de cangrejos es como ganar el gordo de la lotería. El mismo subidón, la misma adrenalina. En abril de este año, en la temporada del cangrejo de nieve, ya habíamos regresado al muelle con el barco lleno una vez. La temporada estaba a punto de acabarse, y se acercaba una tormenta. Yo no quería volver a salir. Ya habíamos batido nuestro propio récord: más de trescientos mil dólares en cangrejos. Mi padre no era una persona ambiciosa, pero la pesca del cangrejo es como el juego, te excita, te altera. Ni él ni mi hermano quisieron hacernos caso a mi madre y a mí. Ella siempre se venía con nosotros, para cuidar de los chicos, decía. Ciento ochenta kilómetros mar adentro en el Mar de Bering, la Reina de Treemont, bautizada así por mi madre, se hundió. Todas las almas perdidas, todas perdidas.

La noche parecía haberse silenciado. La nieve caía con más fuerza.

—¿Tú no ibas con ellos? —susurró ella, por fin.

—Sí, claro que iba. Pero yo sobreviví. Gracias a un chaleco salvavidas. Un barco de rescate me sacó de aquel mar helado al cabo de seis horas. Pero perdí mi alma esa noche tanto como la perdieron ellos. Ellos eran mi alma, Kirsten.

—Lo entiendo —dijo ella en voz baja.

Mucha gente le decía entender lo que él estaba pasando, pero él sabía que no era así. Sin embargo, cuando miró a Kirsten a los ojos y vio sus lágrimas supo que ella sí lo entendía, y eso le impulsó a continuar, a seguir sacando todo aquello tan anclado en su interior.

—Mientras estaba en el agua esa noche ni vi a ninguno, ni tuve oportunidad de salvarlos, y si hubiera sabido que se habían ido, me habría dejado llevar en lugar de intentar aguantar. No sabes cuántos días me arrepiento de seguir vivo. Y siento auténtica furia contra ellos.

Era la primera vez que lo decía. Y en lugar de sentirse culpable, sintió una liberación de poderle confiarle a Kirsten que sentía furia contra su familia muerta.

—Si pudieras decirles algo, ¿qué les dirías? —susurró ella.

¿Decirles por última vez que los quería? No. Si de verdad estaba dispuesto a entregarse por completo a Kirsten, tendría que compartir con ella esa verdad.

—¿Que qué les diría? Les chillaría. ¿Cómo pudisteis iros sin mí? ¿Cómo podéis estar todos juntos, y dejarme a mí solo?

Había terminado de hablar. Le pesaba todo lo que acababa de decir, pero a la vez se sentía aliviado.

Había estado convencido de que cuando por fin se decidiera a hablar de todo aquello, la muralla que se había construido dentro estallaría y destrozaría todo a su paso, y, sin embargo, lo único que sentía en ese momento era amor. Años enteros de amor de una familia fuerte y unida. Recordó a su madre cuidándolo cuando estaba enfermo, a su padre dándole una azotaina por romperle la ventana al señor Theodore por tercera vez, a su hermano, dos años mayor que él, llevándolo al colegio cuando eran pequeños.

Ella se acercó y lo besó, y él le devolvió el beso, suavemente al principio, pero luego cargado de todo lo que llevaba dentro. Pena, enfado, alegría, recuerdos. Finalmente, ella se separó. Ninguno de los dos sabía si ella estaba preparada para algo tan crudo y tan real como Michael Brewster.

Kirsten apenas podía verlo a través de las lágrimas.

¿Cómo podía una persona cuya vida y cuyos sueños habían sido tan destrozados trabajar para que una niña viera su sueño de ver Disneylandia convertido en realidad?

Porque así era Michael, el que hacía reír a todo el mundo y odiaba la música navideña, el que bailaba con Lulu y montaba y envolvía cualquier regalo que entrara por la puerta, el que convertía una vieja cubierta en una auténtica carroza para Papá Noel, el que la retaba todos los días a soltarse un poco, a guiarse más por su corazón.

Él le había dicho que no estaba disponible, y ella había hecho un esfuerzo por creerlo. Pero la confianza que él había demostrado en ella esa noche lo cambiaba todo, le hacía sentir algo nuevo, que no permitía marcha atrás.

Se encontraba sobre un precipicio tanto como él, y si la tormenta interior de Michael estaba empezando a calmarse, la suya acababa de comenzar.

—Perdona —le dijo al oído—. Tengo que irme. Quiero estar solo.

Kirsten quería estar sola tanto como él. Necesitaba tiempo para pensar cómo se sentía. No quería dejarse llevar por la emoción. Quería decidir qué rumbo iba a tomar su vida, qué riesgos estaba dispuesta a tomar.

Aun así, no pudo reprimirse al ver la cara de Michael.

—¿Seguro que no quieres ir a tomar un café?

—Esta noche, no —contestó él—. Otro día.

Visto por el espejo retrovisor, Michael era una figura solitaria perdida en la nieve. Pero ella sentía que ella estaba mil veces más perdida que él.

¿Qué significaba que le hubiera confiado sus secretos? ¿Sentiría él por ella más de lo que jamás ella hubiera imaginado? ¿Se merecía ella su confianza? Y sobre todo,

¿estaba ella preparada para todo eso?

Capítulo 7

MICHAEL había compartido sus recuerdos más profundos y dolorosos con Kirsten, y había sentido un alivio muy grande al hacerlo, como si, finalmente, después de meses perdido en una tormenta, hubiera vislumbrado la seguridad del puerto.

Decidió que estar solo consumiéndose en su dolor no le había aportado absolutamente nada. Esa noche abriría los álbumes de fotografías que había estado evitando, y recordaría el amor que le había brindado su familia toda la vida. Elegiría vivir en ese amor por encima del dolor de esos últimos momentos.

El mensaje de los labios de Kirsten había sido crucial. Vive. Lo supiera o no, y era probable que ella no lo supiera, le estaba invitando a volver a vivir. Plenamente. Y quizá a amar, aunque no sabía cómo se amaba a una chica como Kirsten.

Decidió que lo descubriría lentamente, sin prisas.

También sabía que la cita para tomar un café se llegaría a producir, aunque en el mundo de Kirsten, «café» quería decir «café».

Le gustaban sus contradicciones. En sus ojos había visto la promesa de la seguridad del puerto, y, sin embargo, algo en ella también anunciaba que había que estar también preparado para lo desconocido, para una aventura, lo que suponía una sensación nueva para él, que le atraía, pero también le aterraba. Y esa combinación de curiosidad y terror la convertía en irresistible para un corazón en fase de recuperación...

Catorce días hasta Navidad...

—Oye —dijo Michael unos días más tarde, cuando estaban cerrando—, ¿nos tomamos ese café que me prometiste?

Desde que se había abierto a ella, estaba más relajado, más espontáneo. A Kirsten, sin embargo, eso de tener que hacer planes en el momento no se le daba demasiado bien.

—¿En mi casa? —preguntó, mientras repasaba mentalmente en qué estado la había dejado, y si estaba lo suficientemente ordenada.

Él esperaba lo contrario. ¡Desordenada le aportaría mucha más información sobre ella!

—Genial —contestó él—. Te sigo en mi coche.

Su edificio era tal como él esperaba: un segundo piso en una casa de piedra marrón bien conservada y sin ascensor.

La entrada del piso daba a una sala de estar decorada al más puro estilo Kirsten, y muy ordenada, después de todo: mesa de centro con mantelito de encaje, sofá blanco

con espantosa manta afgana hecha a mano, libro abierto boca abajo en la mesita auxiliar. Le echó un vistazo a la portada. Una vampiresa de vestido rojo ceñido y generoso escote, en actitud más que sugerente.

Cielos, ¿tenía Kirsten un lado oculto mucho más atrevido de lo que él se había podido imaginar? Sintió que se le aceleraba el pulso. ¡Le iba a ser difícil ir lentamente si la cosa empezaba así!

Kirsten vio que lo estaba mirando, y se acercó a quitar el libro como si se tratara de una prenda interior atrevida, y se lo quedó en la mano.

—¿Es de tu club de lectores? —preguntó él, inocentemente.

Kirsten se ruborizó como para recordarle quién era ella realmente.

—No. Me lo prestó Lulu. Insistió en que lo leyera. A ella le encanta, pero no es mi estilo.

—Pues parece que vas ya por la mitad... —comentó.

—¡Por si me pregunta Lulu!

—Claro. Quizá debería echarle yo un vistazo también... para tener más temas de conversación con Lulu.

—Siéntate. Voy a hacer el café —le indicó con mirada incendiaria, y sin soltar el libro.

Michael echó un mirada a su alrededor. Parecía que nunca había traído a un hombre a casa, o sea, que había sido un gesto de confianza invitarle aquí, cosa que probablemente él no se merecía.

Nunca había estado en el piso de ninguna chica a esas horas de la noche sólo para tomar café. Kirsten le iba a obligar a ser mejor hombre.

Su sofá parecía diminuto y frágil, lo que confirmaba que nadie que pesara más de sesenta kilos se había sentado en él. Siguió inspeccionando la pequeña sala de estar, intentando descubrir quién era ella, pero, libro aparte, todo le pareció anodino.

Parecía que faltaba algo, y enseguida se dio cuenta de lo que era: no había fotos. En su casa, había fotos por todas partes, su madre no había dejado hueco en la pared: del colegio, de él y de su hermano, de la familia, de los premios, de los viajes.

Kirsten tenía algunos pósteres: un roble con puesta de sol, una escena de playa con un barco vacío, pero ninguna foto de su familia.

Junto a la sala de estar había un comedor que parecía no usarse nunca. Entró en él, y vio una inmensa vitrina de cristal con todas las figuritas de Pequeñines y el Amor. Horroroso. Apagó la luz apresuradamente, y volvió a la sala de estar.

Se dio cuenta de qué más faltaba. No había árbol de Navidad. Ni luces. Ni guirnaldas. Ni velas. Ni papel de regalo. Ni cintas.

—¿Quieres café normal o descafeinado? —preguntó ella desde la cocina.

Michael se dirigió hacia allí, una cocina diminuta pero acogedora, con el periódico del día abierto sobre la mesa que había junto a una ventana con unas cortinas de cuadros amarillos. Se apoyó en el marco de la puerta, y se puso a observar a Kirsten.

Ella se puso nerviosa cuando se dio cuenta de que él la estaba mirando, lo que le hizo pensar, una vez más, que no había recibido a muchas personas del sexo opuesto en su pequeño apartamento. Eso le hizo muchísima ilusión, y le sirvió de recordatorio.

«Compórtate, Brewster. Te ha ofrecido un café, no una copa de vino».

—Descafeinado.

No, no recibía a mucha gente. Y mucho menos de la que se quedaba hasta la mañana siguiente, aunque eso ya lo sabía incluso antes de ver la cafetera individual. Kirsten seguía incómoda, primero por haber sido descubierta con aquel libro, después, por sentirse observada. Para colmo, derramó la leche que estaba vertiendo en una delicada jarrita de cristal.

—No hay mucho espíritu navideño en esta casa, señora Mamá Noela.

—Se suponía que iba a venir un duende a decorarme la casa, pero no ha venido.

Viendo que estaba a punto de tirar la taza también, Michael se compadeció de ella, le quitó la bayeta de la mano, y limpió la leche.

El rubor se acentuó cuando le tocó la mano sin querer. Comparado con otros momentos cargados de erotismo que había vivido con otras mujeres, ése parecía más bien un chiste. Pero no era así en absoluto. Sólo con rozarle la mano, un calor repentino le subía por unas venas por las que había corrido demasiado frío, y sentía latir su corazón como si fuera a salirse del pecho.

«Lentamente», se recordó a sí mismo, y se asombró de cuánta fuerza de voluntad iba a necesitar para alejarse de ella.

Enjuagó la bayeta, la puso en el fregadero, se quitó la chaqueta, la colgó sobre una silla, y se sentó en la diminuta mesa de cocina.

—Pensaba llevarlo al cuarto de estar —dijo Kirsten, señalando la bandeja que estaba preparando.

—Yo es que soy de los que les gusta sentarse en la cocina —dijo Michael.

—¿Y eso qué significa?

—Nada sexual, desgraciadamente —contestó.

Tal como esperaba, ella se puso cual pimienta morrón. Michael no se sentía preparado para afrontar esa nueva imagen repentina, tan casera, de ella. Ni la de él, tampoco.

«¡Pero si está como un tomate, hombre! ¡Déjala tranquila, que se ve que no puede! Todavía».

—¿Tienes una baraja? —preguntó, con la voz más neutra posible.

—¿Una baraja? —repitió Kirsten, claramente confundida.

Por lo visto, ella tenía en mente sentarse en el salón y ver qué temas de conversación sacaban.

—Una baraja. ¿Sabes jugar al Noventa y Nueve? Pues te enseño.

—¿No será algo sexual? —preguntó, mirándole con recelo.

Le encantaba que siempre tratara de contestar con alusiones picantes, como si

fuera lo normal para ella ponerse a hablar de sexo en la cocina a la una de la madrugada, cuando estaba más que claro que de eso nada de nada, pero nada.

Y sin embargo, sus palabras tuvieron el mismo efecto que cuando le había rozado la mano antes. La tensión en el cuarto iba cargándose a gran velocidad.

Era alucinante. ¡No era ya que ni siquiera estuvieran desnudos! ¡Es que ni un sólo botón desabrochado! ¡Ni siquiera era probable que sucediera! Todavía.

Y su corazón como si acabara de correr la maratón. Pensó que era mejor no jugar con fuego, pero ¿quién podía resistir jugar con fuego?

—No, desgraciadamente —contestó—, Pero si prefieres una partidita de póker a las prendas, me apunto.

Kirsten le miró fijamente. ¿Estaría considerando la posibilidad de huir, o la de ir a ponerse algo más cómodo?

«Espacio», se recordó con severidad.

—Lo he dicho de broma —dijo riéndose forzosamente, con la esperanza de que ella no estuviera leyendo todo lo que estaba pasando por su cabeza.

Ah, Kirsten siempre con lo mismo. Él lo había dicho para tranquilizarla, y ella reaccionaba indignada, como si ella no diera la talla para jugar al póker con prendas.

Michael miró el botón de arriba de su blusa. Con una mano desabrochaba él ese botón en un segundo. Se dio una bofetada mental.

«Ni se te ocurra, amigo».

Ella era una buena chica. El tipo de chicas con el que su madre siempre había soñado para él. «Estate a la altura».

—En Navidad, nos sentábamos toda la familia alrededor de la mesa de la cocina y jugábamos a las cartas.

Y nada de juegos indecentes, tampoco, recordó.

—A veces unas cincuenta personas, otras sólo mi hermano, mi madre, mi padre y yo.

Le acababa de dar una excelente oportunidad para que ella le contara también las costumbres navideñas de su familia.

Pero Kirsten, bandeja en mano, con mil ojos para no derramar nada esa vez, estaba concentrada en poner las cosas sobre la mesa del cuarto de estar. Luego, se acercó al aparador y sacó una baraja de un cajón, satisfecha de sí misma por tener en casa una cosa de ese tipo.

Era una baraja de ésas que te dan de regalo, todavía envuelta en celofán. Michael la abrió, y empezó a barajar, mientras ella servía el café. No le pasó desapercibido que la señorita Tan-Pura-Como-la-Nieve, tan inocente ella, no dejaba de mirarle las manos.

Era evidente que ella había sentido lo mismo cuando sus manos se rozaron.

Repartió las cartas, y le explicó lo que valía cada una y cómo se jugaba. Kirsten lo captó todo al instante, y empezó a relajarse.

Cuando iban por la tercera ronda ella empezó a reírse, y él a centrarse en el juego.

—Ni sueñes con hacer trampas —le advirtió.

—Yo nunca haría trampas —contestó ella.

Probablemente sería cierto.

—Mi padre hacía trampas —dijo él, sonriendo al recordarlo—. Era capaz de hacer lo que fuera por ganar. Para todo lo demás era un hombre maduro, pero no soportaba que le ganaran a las cartas. Mi hermano, en cambio, siempre tenía que apostar algo, dinero si nuestra madre andaba por allí, o cualquier otra cosa si no estaba...

—¿Como qué?

—Lo que fuera, chocolates, su colección de gorras. En más de una ocasión, nos apostamos preservativos.

¿Lo había hecho aposta para que se ruborizara? ¡Por supuesto! Pero ahora tenía que pagar el precio: otra vez se le venían ideas sobre aquel dichoso primer botón de su blusa. ¡Acuérdate de tu madre!

—Y a mi madre —dijo fingiendo que ni se daba cuenta de que Kirsten se estaba atragantando con el café—, se le daban fatal las cartas.

Era la primera vez que los recordaba de esa manera, sintiendo el amor con el que le habían rodeado toda la vida.

Sabía que estaba eligiendo conscientemente recordar el amor, y no el dolor, para ser digno de amar otra vez.

—¿Quieres ver fotos de mi familia? —preguntó.

—Sí, por supuesto —respondió Kirsten.

Sacó la cartera, y se dio cuenta de que no había visto aquellas fotos desde hacía mucho tiempo. Le pasó una de Brian.

—Se parece a ti —dijo Kirsten, tocando la foto como si pudiera acariciar la cara de su hermano.

—Si se parece a mí, ¿por qué se llevaba él siempre las chicas?

—No te creo.

Sonrió y le pasó la foto de su madre.

—Michael, me la puedo imaginar perfectamente. Es casi como si la hubiera conocido —dijo mirando la foto fijamente—. Mucha tarta de chocolate, mucho remedio casero para los resfriados... y mucha regañina, también, ¿a que sí?

—Todavía tengo la oreja derecha más larga que la izquierda, de los tirones que me pegaba. Mira.

Kirsten inspeccionó su oreja.

—Pues sí, la verdad es que se nota.

Desgraciadamente, fue como cuando le tocó la mano. El aire se cargó de repente, como si le estuviera mordisqueando la oreja, en vez de sólo estar mirándosela. Volvió a mirar la cartera, con dificultad para recordar lo que estaba haciendo.

—Y éste es mi padre.

—Qué guapo. Ya veo que es cosa de familia —dijo ella.

Él lo había sabido toda la vida, que era guapo y que gustaba a las mujeres. Pero oírsele decir a ella, le ponía particularmente... contento. ¡No quería ni pensar lo que podría pasar si no cambiaban de conversación rápidamente!

—Qué pena no poderlos conocer —dijo ella, de repente.

—Sí —contestó él aliviado por el cambio de registro—, una auténtica pena.

Guardó las fotos, y volvió a las cartas.

Le enseñó a barajar a Kirsten, pero ella dobló tanto las cartas, que era como jugar con una baraja marcada. Un momento ideal para subir las apuestas.

—¿Quieres que apostemos algo? —le preguntó.

—¿Como qué? —preguntó ella.

«Besos».

—Mejor que lo pienses tú, porque a mí se me ocurre cada cosa...

Con los ojos con un punto de picardía, y como si se le hubiera ocurrido algo que no quería que él supiese, Kirsten dijo con gran entusiasmo:

—¡Té!

Él se sintió aliviado. Té.

Ella era de ese tipo de mujer, totalmente nuevo para él.

—Nos jugamos bolsitas de té —contuvo la respiración, aterrorizada por si decía preservativo—, por cincuenta céntimos.

—Sólo tengo dos dólares, así que no seas dura conmigo —respondió él.

Una hora más tarde era dueño de una montaña de bolsitas de té, envueltas individualmente, y con nombres como Locura de Mango, Belleza de Arándano o Pasión de Melocotón.

Y se resignó al hecho de que lo había logrado. Había sido un caballero. La única pasión que iba a experimentar esa noche era la proveniente de una bolsita de té de melocotón. Agarró su chaqueta, y se llenó los bolsillos de bolsitas de té.

—Me tengo que ir, Kirsten. Mañana tengo el día a tope, me toca el iglú de Ismael, Sueño Imposible dieciséis.

Kirsten le acompañó a la entrada, ya sin rastro de la relajación que había mostrado durante el juego de naipes. En la puerta, empezó a mirar a todas partes para evitar mirarle a él.

Pero Michael decidió ponérselo fácil. Le tomó la barbilla, y la besó levemente en la boca. Era como tocarle la mano, salvo que cien veces peor. Le hizo querer probarla, tocarla, conocerla entera como un hombre puede conocer a una mujer.

—Buenas noches —dijo, y salió corriendo.

Hasta que no se metió en el coche, no se dio cuenta de que él le había dado todo, y de que ella no le había dado nada a cambio. No sabía nada de su familia, ni de sus costumbres, y encima, seguía sin saber lo que quería para Navidades.

Se giró y miró hacia la ventana. Allí estaba Kirsten observándole, y aunque le dio corte que la hubiera visto, le saludó. Él también le hizo un gesto con la mano.

¿Por qué no podía ella decirle la verdad?

Kirsten le observó hasta que se alejó.

¿Era eso lo que ella había deseado compartir con él alguna vez? No, no exactamente.

¿No había ella esperado que él pudiera con las ideas de su cabeza tan racional? ¿Que vendría, la tomaría en sus brazos y la besaría hasta que no pudiera respirar, ni pensar? ¿Que acallaría su mente asustada y le daría la total seguridad que ella necesitaba y deseaba?

Y en lugar de eso, ¿qué había hecho él? Jugar a las cartas con ella, y contarle cosas sobre su familia. Como si fuera su primera cita. O peor, como si la estuviera relegando a la temida categoría de amiga.

Y lo último que ella quería, por muy precavida en temas de amor y sentimientos que fuera, era que Michael Brewster la tratara como si fuera su mejor amiga. ¡Aunque no supiera lo que quería de esa relación, sabía perfectamente que eso era lo que no quería!

Recordó cómo se había sentido, cómo se había disparado su corazón, con el mero roce de su mano.

Desde aquella noche en que él le había hablado de su familia, y le había contado el terrible accidente, lo sentía más cercano, más abierto. Y eso lo hacía aún más atractivo que antes a sus ojos.

¿Y cómo la había tratado él esa noche? Como cualquier cosa, menos como a una mujer madura.

Había que arreglar eso, y pronto.

Aunque ella no creyera en el amor, ¿por qué no iba a poder ella, como Cenicienta, disfrutar al menos de una noche de ensueño, antes de tener que volver de nuevo a su propia realidad, la de una persona que no se fiaba del amor?

Decidido. Haría lo que cualquier chica de hoy en día que se precie hace: irse de compras. Se iba a enterar Michael Brewster cuando la viera en la fiesta de los voluntarios si era ella una mujer madura o no.

Kirsten encontró el vestido ideal para que una Cenicienta pueda cumplir su sueño. No era realmente un vestido, era un sueño. Rojo, de raso, largo. Y un corte sencillo: ajustado, corpiño acentuado, espalda descubierta, falda que sobresalía a la altura de la cadera hasta tocar el suelo formando un remolino de un rojo sensual.

Kirsten no lo dudó. Desde que lo vio, supo que se lo tenía que comprar. Podía convertirse en princesa por una noche, como Cenicienta, con la varita mágica... de la tarjeta de crédito.

Ese era el tipo de vestido que atraía a los hombres e impedía que la relegaran a la temida categoría de amiga. Un vestido como ése invitaba a una mujer a jugar con sus secretos más profundos, a mostrar todo su poder de atracción. Un vestido como ése desarmaría a cualquier hombre.

Cuando se lo probó, el vestido superó todas sus expectativas. Entre zapatos y

bisutería a juego se gastó trescientos dólares, más que todo su presupuesto para las Navidades.

Le daba igual. Con ese vestido enterraba a Kirsten-la-práctica, Kirsten-la-pura, Kirsten-la-santa. Con ese vestido nacía una Kirsten diferente: atrevida, sensual, madura, irresistible.

Capítulo 8

Diez días para Navidad...

Michael no se había puesto el esmoquin desde la boda de su amigo Brad. Y ahora se sentía sencillamente ridículo, vestido de pingüino, en una floristería recogiendo un broche de flores.

«A esto es a lo que conduce el amor», pensó.

Esa noche tenía lugar la Fiesta de Navidad de los voluntarios, para la que el lujoso Treemont Hotel cedía todos los años uno de sus salones.

En la sede de la Sociedad Secreta, desde luego, no hubieran podido celebrar la fiesta. No quedaba sitio ni para un alfiler. Todo estaba ocupado con los regalos. A Michael le estaba empezando a angustiar el pensar cómo iban a llevar todo aquello en el trineo, bueno en la carroza.

Y eso no era lo único que le estaba empezando a angustiar. Kirsten le resultaba, y cada día más, un enigma.

Él le había contado su vida de pe a pa, y ella no soltaba prenda ni aunque la mataran. Cada día sabía menos de ella. ¿Sería que ella no sentía por él lo que él sentía por ella?

No podía pensar en otra cosa mientras se dirigía a recogerla a su apartamento. Pero, cuando la vio, sus dudas se disiparon al instante.

Una mujer no se viste así para un hombre que no le interesa. Cuando le abrió la puerta, se la quedó mirando sin poder articular palabra.

Ésa no era la Kirsten que él veía todos los días en la Sociedad Secreta, la que pasaba de ir mostrando su atractivo, o la que lo escondía, gracias a Dios, bajo un jersey de la talla de su abuelo.

No. Ésa era una Kirsten deslumbrante, con el pelo recogido, y una cara, unos ojos y una boca irresistibles.

Aquel vestido resaltaba su figura, increíblemente atractiva y femenina y, por cierto, bastante más increíble de lo que él había imaginado. Y él se había dedicado en cuerpo y alma a imaginar durante todo ese tiempo. Y luego estaba aquel escote de ensueño, realzando su cuello seductor y adorable. Se sentía como un colegial, mirándola con la baba caída.

—Estás sensacional. Fabulosa. Sencillamente increíble —dijo finalmente.

—Eh, ya vale —contestó ella, empezando a ruborizarse.

Fue entonces cuando Michael pudo reconocer, bajo tan sofisticado exterior, a su Kirsten de toda la vida.

—Pues no te vistas así. ¡Qué bien hizo Lulu prestándote aquel libro!

No sin cierta dificultad, logró sacar el broche de flores de la caja. Flores blancas, tal como le habían aconsejado en la floristería si no sabía el color del vestido. Se

quedó delante de ella con las flores en la mano.

—Bueno, pues... déjame ponértelo... a ver, ¿cómo se hace esto? —dijo, acercando la mano a su escote sin saber por dónde empezar.

Ella se echó a reír.

Ahora sí. Finalmente, había logrado sacarle casi el mismo rojo del vestido en las mejillas.

Sólo con rozar la tela de su vestido, tan suave, tan sedosa y seductora, empezó a sentir que le subía una especie de fuego por dentro. Y notar el pecho de ella debajo, por más que estaba desesperadamente intentando evitarlo, le hizo pensar que, si no le daban un cubo de agua helada en ese momento, no era responsable de lo que pasara.

¡Hecho! El broche había quedado un poco torcido, pero lo que era él, no pensaba tocarlo más.

Y en cuanto a ir a la fiesta, tampoco era una de sus prioridades en ese momento. Si por él fuera, se quedarían en el apartamento, con una música suave, una luz tenue y una copa de vino, y que pasara lo que tuviera que pasar.

—Gracias —dijo Kirsten—. Nunca he llevado un broche de flores.

—¿No? ¿Y en la fiesta de Fin de Estudios?

—No fui.

Y, repentinamente, Michael ya no quería que se quedaran en el apartamento. Bueno, sí quería, pero quería algo más. Quería que Kirsten tuviera todas las cosas que no había podido tener hasta ese momento. Era como si su misión esa noche fuera resarcirla de todo el daño que cualquier estúpido y superficial tarambana le hubiera podido hacer a cualquier chica como ella.

Le ofreció el brazo, la llevó hasta el coche, le abrió la puerta, y la ayudó a meter aquella falda tan larga en un coche tan pequeño.

La fiesta salió fenomenal. La cena estuvo estupenda, y después, empezaron los juegos: Lulu salió elegida para Papá Noel esa Navidad.

Y luego el baile. Todos querían bailar con Kirsten, pero Michael se puso firme, y logró reservarla para él.

—¡Cómo ha mejorado tu forma de bailar! —dijo ella según él la tomó en sus brazos y la estrechó contra él.

No tanto. Así, sintiéndola pegada junto a él, sintiendo su corazón latir bajo aquel finísimo tejido, a él siempre se le había dado bien bailar.

Todo el mundo sabe que, si una pareja está bajo un muérdago, tienen que besarse. Y justamente en ese momento estaban bailando bajo el muérdago. ¿Sería una indirecta? ¿Lo habría llevado ella allí disimuladamente?

Y él llevaba conteniéndose todo lo que un hombre se podía contener. Acercó su boca a la de ella, y comenzó a explorar sus labios. No sabía si se había parado la música, o se habían parado ellos. Sólo sabía que ella le había echado los brazos alrededor del cuello, y le estaba devolviendo el beso. Un beso a la altura exacta de una mujer que sabe lo que un vestido rojo fuego le hace a un hombre.

—Estás empezando a asustar a este pobre carpintero y pescador.

—¿Por qué?

—Porque pareces exactamente una princesa esperando a un Caballero de Armadura Resplandeciente. Una princesa esperando al Príncipe.

—¿Y eso qué tiene de malo?

—Que yo soy un tipo normal y corriente —dijo suavemente—, no el príncipe de nadie.

No es que quisiera asustarla, pero quería serle sin cero, hablarle con el corazón.

—Por ejemplo, odio este esmoquin, y la corbata me está matando.

Ella le quitó la corbata, y la tiró al suelo.

Él la miró sonriente y continuó:

—Además, entro en casa con las botas llenas de barro poniéndolo todo perdido, digo palabrotas por un tubo, soy de lo más insensible. Tengo dos pares de vaqueros, eso es todo, unos de diario, y otros para las grandes ocasiones, y una chaqueta de cuero de la que no me pienso separar en toda mi vida. No soy un experto en discotecas, y mi historial incluye haber dejado a una chica en el momento más inoportuno. Aunque también es verdad —continuó, viendo que ella permanecía callada, que cuando digo una cosa en serio, la digo con el corazón en la mano. Y yo me cocino y me lavo la ropa solito, y no espero que nadie lo vaya a hacer nunca por mí.

—¿Por qué me cuentas todo eso? —preguntó Kirsten prudentemente.

Él la miró a los ojos, y a los labios, y pensó: «Éste es el momento». De declararse. De descubrir si ella sentía lo mismo por él.

—Éste es el momento —dijo una voz por los altavoces.

Menudo susto. Creyó que alguien le estaba leyendo el pensamiento. Pero no. Se trataba del señor Theodore que, resplandeciente con su esmoquin de cuando Fiebre del Sábado Noche, requería la presencia de Kirsten en el escenario.

Kirsten miró a Michael con cara de fastidio, le hizo un guiño, le dio un beso en la mano, y salió a reunirse con el señor Theodore.

Cuando le entregaron el Pequeño Cachorrito y el Amor, hizo justo lo que se esperaba de ella: poner cara de sorpresa, y soltar unas lagrimitas.

El señor Temple comenzó su discurso:

—Quisiera agradecerte personalmente, Kirsten, todo lo que haces, y lo que eso significa para todos nosotros. Es admirable cómo has logrado convertir tu tragedia personal en un servicio admirable para esta ciudad. Gracias de verdad, y sé que hablo por todos los presentes, por haber convertido un episodio que sólo hubiera despertado odio en muchos de nosotros, en una fuente de amor.

En medio de los calurosos aplausos, Michael sintió una especie de frío gélido en su interior. ¿Qué tragedia? Sabía que Kirsten no le había contado mucho, pero él se había convencido que simplemente ella no era de mucho hablar. ¿Por qué le había dejado contarle todo sobre él, sin ni siquiera una vez haber intentado compartir algo

con él? Lo que él sintió en ese momento, iba más allá de la frustración, se asemejaba más a la traición.

Acababa de haber estado a punto de contarle su mayor secreto, a punto de confiarle la totalidad de sus sentimientos. Que la quería. Menos mal que no lo había hecho. Se dio cuenta de que ni siquiera estaba seguro de que ella hubiera confiado en él en algún momento.

De camino a casa, en el coche, Kirsten no dejaba de mirarlo. Sin corbata y con el botón de arriba de la camisa desabrochado, estaba todavía más seductor. Pero desde hacía ya rato, se había quedado totalmente callado.

¿Habría sido el beso lo que le había dejado descolocado?

Desde luego a ella, sí. Se sentía en otro mundo, muerta de ganas de tener más. Y el vestido, ¡un éxito total! Ningún hombre la había mirado nunca antes de la forma en que Michael lo había hecho aquella noche, ni la había hecho sentir lo que Michael le había hecho sentir esa noche.

Pero Michael no parecía sentir lo mismo que ella en absoluto. Más bien parecía lo contrario, confuso y distante.

—¿Te pasa algo? —le preguntó.

—No, nada.

O sea, sí.

Aparcó frente a la puerta de su casa, le abrió la puerta del coche, sacó la caja con la nueva figurita de su colección del maletero, la siguió mientras abría la puerta y entraba en casa, fue derecho hacia el salón, y dejó el regalo sobre la mesita de café.

En otras circunstancias, Kirsten hubiera corrido a abrir la caja de inmediato, pero no después de ver cómo Michael cruzaba los brazos sobre el pecho, como intentando defender su corazón, y se quedaba de pie frente a ella, con la cara más seria que nunca le había visto.

—¿Qué pasa?

—¿Qué tragedia? —preguntó con un susurro de voz.

No deberían haberlo nombrado.

No, quizás no. O quizás lo deberías haber nombrado tú. Me has sacado la historia entera de mi vida, y no me has confiado ni una sola cosa sobre ti. Creía que éramos amigos.

¿Sacado? ¿Creía que éramos amigos?

Kirsten recordó las últimas semanas, y lo que había sucedido entre ellos iba mucho más allá de cualquier acepción de la palabra «amigos». Se sintió decepcionada. Se habían reído juntos. Habían tramado juntos cómo hacer realidad los sueños de tantos niños. Habían bailado, se habían besado. Él le había contado todos sus secretos. ¿Amigos?

Y sin embargo sabía que él llevaba razón. Ella no se había abierto a él, no había podido llegar a confiar completamente en él, aunque supiera que amarle significaba dar ese paso.

—Te he contado mi maldita vida, te he abierto mi corazón. Y no sé ni una palabra sobre ti —gritó.

—Ya te he dicho mil veces que mi vida era un rollo, que yo soy un rollo —intentó defenderse, consciente de que no había defensa alguna para ella.

Él había sido temerario, ella temerosa, en cuanto a su relación. Y en lugar de aceptar lo que había hecho, de pedirle perdón, se ponía gallita, insolente, acorralada.

—Ni siquiera fuiste capaz de decirme que querías la porquería de figurita ésa, el Caballero de la Armadura Resplandeciente...

De perdidos al río. Ya podía decirle eso también.

—Por eso, porque te iba a parecer una porquería, o ¿es que te crees que no me doy cuenta? Y en cualquier caso, ¿qué sentido tiene pedir una cosa que sabes que no se puede conseguir? El Caballero cuesta más de lo que nadie que yo conozco pueda pagar, y además seguro que en dos días estaba agotado. ¿Y tú cómo sabes que yo quería eso? ¿Cómo?

—Porque la hoja del catálogo, ése que guardas tan escondido en tu escritorio, ¿recuerdas?, prácticamente tenía un agujero del sobeteo que le has metido.

—¿Me has estado espiando?

—Puede ser que sea lo único que queda cuando tratas con gente que no confía en ti, ni para lo más mínimo, que esconde todo. Como el maldito catálogo.

La fulminó con la mirada. Después se quitó los zapatos de dos patadas. Kirsten creyó que se iba a sentar en el sofá, que repentinamente se le antojó ridículamente pequeño y femenino, y se pondrían a hablar con más calma.

Pero no. Michael cruzó el salón, fue derecho a la estantería y tomó del estante Pequeñines y el Primer Beso.

—Deja eso inmediatamente.

—¿Qué pasa, Kirstie? ¿Tienes miedo de que lo rompa? —preguntó.

Ella tuvo la extraña sensación de que se refería a su corazón, no al Pequeñín.

—Sí —contestó en un susurro.

Michael le dio la vuelta a la figurita, y miró la parte de abajo.

—Pintado a mano en India —leyó—. Probablemente, por algún niño vestido en harapos y encadenado a una mesa.

—¡Ya está bien! ¡Y ten cuidado! ¡Lo vas a romper!

—¿Sabes una cosa? Eso es exactamente lo que hace la realidad. Romper la fantasía. ¿Y sabes qué? A veces la realidad es mejor que la fantasía.

—¡No, no lo es! —gritó Kirsten—. Hace cuatro años, el día de Navidad, a mi sobrino lo atropelló un coche, y ahora está paralítico en una silla de ruedas. Lo atropelló un niño de once años que acababa de robar un coche en un ataque de rabia, porque Papá Noel no le había traído nada, y porque, encima, su hermanita se había puesto a llorar. ¡No tenían ni leche en la casa! Así que, si querías saber sobre mí, ya sabes por qué empecé todo esto, por qué fundé la Sociedad Secreta. Para que ningún niño en Treemont vuelva nunca a hacer lo que hizo aquel niño. ¿Lo entiendes? Eso es

lo que quiero. Que no haya más niños que se queden sin regalos en Navidad. Ésa es la realidad que quiero.

Él sabía que la historia no acababa ahí, lo sabía sólo con mirarla a los ojos.

—¿Y qué más?

Volvió a dejar la figurita donde estaba, y se dirigió hacia ella. Por un momento Kirsten pensó que la iba a agarrar por los hombros para incitarla a seguir hablando, pero se limitó a cruzar de nuevo los brazos sobre un torso que a Kirsten le pareció particularmente masculino.

—Esa no es la realidad que tú quieres. Cuéntame el resto.

Ella lo sabía desde el principio. Con él no había término medio, o todo, o nada.

—Muy bien. Lo que realmente quiero es que mi vida vuelva a ser como antes, lo cual es totalmente imposible, ¿entiendes?, imposible.

—¿Qué es lo que ha cambiado?

Kirsten no quería seguir contándole nada más, no quería seguir hablando de todo eso. Pero sabía que él no aceptaría un no por respuesta. A un hombre como él, había que dárselo todo. Miedos, resentimientos y odios, incluidos. Probablemente, nadie había visto el interior de su corazón más de lo que él parecía estarlo viendo en ese momento.

—Mi hermana y mi sobrino se mudaron a Arizona porque allí no hay nieve seis meses al año, y todo es más fácil para ir con silla de ruedas. ¡Y este año ni siquiera van a venir por Navidad!

Se sintió avergonzada de sí misma. ¿Cómo podía estar lamentándose de su suerte delante de un hombre que había pasado lo que Michael había vivido?

—Pero ya está, así son las cosas... la vida sigue...

—¡No! ¿Qué más cambió?

No quería llorar. No quería recordar aquella otra vida, donde todo era tan feliz y con tanto amor como en el mundo de Harriet y Smedley.

—Nada más terminar yo el instituto, mis padres se divorciaron. Luego, en la universidad, empecé a salir con un chico por el que estaban locas todas las chicas. Y perdí la cabeza por él. No comía, no dormía... sólo podía pensar en él...

—El amigo James —intervino él.

A Kirsten le dolió que recordara su nombre, porque eso significaba que la había escuchado, que se había dado cuenta de lo que él había significado para ella, y que sabía que ella no la había superado en absoluto, por mucho que le hubiera dicho lo contrario.

No estuvimos juntos más que seis semanas. Estaba tan colgada de él, que hubiera hecho lo que fuera. Pero lo único que me quería era para que le dejara copiar en matemáticas, porque si no, lo echaban del equipo de fútbol.

—Pues menos mal que sólo te quería para eso.

—Y entonces, mi hermana Becky empezó a salir con un tipo maravilloso, Kent Baker. Y eso me ayudó a volver a creer que las cosas podían salir bien. Tuvieron una

boda de sueño, una luna de miel idílica, estaban felices de que iban a tener un niño, se compraron una casa... Sí, definitivamente me habían convencido: volví a creer que las cosas pueden salir bien. Después del accidente de mi sobrino, se separaron. Él se lió con su secretaria. Justo cuando Becky más lo necesitaba, el muy capullo se lió con su secretaria. ¿Lo entiendes ahora?

Él estaba decidido a llegar hasta el final, hasta el fondo de su alma.

—No. Sigo sin saber qué fue lo que cambió en ti.

Kirsten lo miró con los ojos muy abiertos.

—Que ya no creo en el amor. Antes sí, pero ahora ya no. Eso es lo que cambió. En mí.

Kirsten entendió entonces por qué no había sido capaz de contarle nada. Porque para llegar a estar con un hombre como estaba ahora, primero tenía que superar sus miedos, tenía que remodelar sus creencias, en una palabra, tenía que cambiar. O sea, abandonar el modo de vida que la mantenía segura y a salvo de todo riesgo.

Finalmente, Michael pareció satisfecho.

—Hace un mes —dijo casi en un susurro—, el señor Theodore me asignó lo que entonces me pareció la imposible tarea de encontrar a una persona que sufriera más que yo, y ayudarla. Nadie podía sufrir más que yo. Ahora veo que eso no es verdad. Kirsten, yo quiero recuperar lo que tenía antes, una familia, un hogar, y todo lo que eso significa. No es una tontería como esos estúpidos Harriet y Sémely, o como se llamen. Y eso significa comer tostadas quemadas, pelearse por ver el canal que tú quieres, significa decidir juntos el nombre del bebé, o el color de las paredes del dormitorio, y luego tener que pintarlo otra vez porque odias ese color. Significa trabajar juntos, pelearse, y volverse a juntar. Significa bailar juntos cuando nadie está mirando, y construir un columpio, y curar moratones. Significa irse de vacaciones en una furgoneta diminuta con un perro que apesta, y una tienda de campaña en la que te entra la lluvia. Significa, que pase lo que pase, no vas a volver a estar solo. Yo los perdí a todos, a mi familia entera. Pero no perdí el creer en el amor. Eso es precisamente lo que me dejaron, ahora me doy cuenta. Y creo firmemente que el maldito amor es lo mejor, lo único, que se puede tener en este mundo.

Lentamente, levantó la cabeza para mirarla.

—Y tú —continuó muy bajito—, tú crees que es lo peor.

—Tú dijiste que no estabas disponible —le acusó ella entre sollozos.

—Sí, y luego dejé de huir, y descubrí que lo que yo necesito es, exactamente, de lo que tú tratas de huir.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Tú qué crees, Kirsten?

Ella quería oírse lo decir, quería oírle decir que la quería. Pero ¿cómo iba él a correr ese riesgo con ella, que no había corrido ningún riesgo con él?

—Y que sepas que no trato de justificar a tu cuñado, pero entiendo lo que hizo.

—¿Que lo entiendes?

Menos mal que lo dijo. Y pensar que Kirsten había estado a punto de enamorarse de él. Entender eso, ni más ni menos, es lo que él acababa de decir.

La rabia se apoderó de ella. Mejor así, que tanta dulzura y tontería. Él le acaba de dar la excusa perfecta para seguir en su mundo seguro y a salvo de todo riesgo.

—Los hombres no son como tu señor Sémely ése —le espetó Michael—. Cuando se sienten deprimidos, destrozados, terminados, hacen lo que sea, lo que sea, para no seguir sintiéndose así. Y no siempre se portan bien.

—Eso explica por qué a mí me gusta el señor Sémely, o mejor, Smedley.

—No siempre se portan bien si no tienen un apoyo, una ayuda, un sitio donde no tienen que ser el más fuerte, o el que todo lo arregla. Hablas de tu cuñado como si fuera un criminal, pero a lo mejor tu hermana tampoco le apoyó a él.

—¡Fuera de aquí!

¿Cómo se atrevía él a meterse en sus asuntos familiares? ¿Cómo se atrevía él a meterla en todo eso cuando todavía no estaba preparada? Mejor chillarle que pararse a pensar si llevaría razón en lo que le había dicho.

Desgraciadamente, él ni siquiera se había sentido ofendido. Incluso parecía contento de irse.

—Me das pena —dijo levantándose y dirigiéndose hacia la puerta.

Se marchó cerrando la puerta tras de sí sin hacer ruido.

Michael no podía haberle dicho nada más alejado de la declaración de amor que ella había esperado toda la tarde. Enfadada, angustiada, herida, se echó a llorar. Un hombre que había perdido absolutamente todo en la vida sentía pena por ella.

Pero en medio de aquella tormenta emocional, un pequeño rayo de luz empezó a mostrarse. Michael le había dicho la verdad y sólo la verdad. Ella sufría un dolor mucho más intenso que el de él. Porque ella había perdido la fe en el amor, había elegido una vida sin amor. Segura y sin riesgos, pero fría, vacía, inhumana. No estaba realmente viva. Se limitaba a respirar.

Michael le estaba exigiendo cambiar todo eso, le estaba exigiendo que abriera su corazón aunque se lo pudieran romper. Para ser digna de él, tendría que demostrar tanto valor como él había demostrado, arriesgar tanto como él había arriesgado.

—No puedo, no estoy preparada —se dijo en alta voz en tono tajante.

Pero una voz diferente, calmada, relajada, una voz que provenía de lo más profundo de su interior, dijo:

«Sí puedes, sí lo estás».

Capítulo 9

Nueve días para Navidad...

Michael paró el coche frente al edificio que estaba a la vuelta de la esquina de la Sociedad Secreta. El agente inmobiliario con el que había quedado no había llegado todavía, así que se quedó en el coche, rumiando todo lo que había pasado la noche anterior con Kirsten.

Aunque las cosas no habían salido mal, se había quedado con las ganas de haberla pinchado un poco más hasta haber logrado que le tirara una de las dichosas figuritas a la cabeza.

Cuando su madre y su padre se peleaban, el aire chisporroteaba con su pasión. Unos días para dejar que las cosas se enfriaran, y ya estaba el padre pidiéndole perdón a la madre, trayéndole unas flores, y vuelta a quererse más que nunca.

Dicen que no es bueno que los padres se peleen delante de los hijos, pero Michael no estaba seguro. Las peleas que sus padres tenían de vez en cuando le habían enseñado que el amor no es tan frágil como dicen, que hay peleas, pero que las cosas luego se arreglan, y la vida sigue.

Miró el reloj, y cruzó corriendo hacia la Sociedad Secreta, mientras todos le pitaban.

Kirsten estaba en la oficina, y pudo ver cómo escondía a toda prisa el catálogo en el cajón de su escritorio al verle acercarse.

Tenía los ojos sospechosamente rojos.

—¿Sí? —dijo por todo saludo al verlo.

—¿Estás bien? —preguntó Michael.

—Perfectamente. ¿Por qué no iba a estarlo?

Michael pensó que sería un buen momento para acercarse a ella y besarla, pero decidió que iría con un poco de tiento.

—Me ha salido una cosa urgente esta mañana, por eso no he podido venir.

—Ah, no me había dado cuenta —dijo ella, aparentando sorpresa.

—Para que supieras que no era porque me hubieras echado de tu casa. No es tan fácil deshacerse de mí.

—¿Ah, no? Pues gracias. Por informarme. Adiós.

—Adiós, no —dijo él intentando tener paciencia con ella.

—No estoy dolida. No tienes que sentir pena por mí —dijo con gran dignidad.

Ahí estaban sus palabras de la noche anterior. Michael suspiró.

Kirsten era una mujer difícil y complicada. ¿Por qué se tenía él que haber enamorado de ella, con tantas mujeres como había en el mundo?

Porque era una mujer difícil y complicada. Porque era una mujer fascinante, que a pesar de haber sido herida seguía luchando por conseguir un mundo mejor.

Porque no era una chica normal y corriente. No era una chica superficial. Era como un manantial que mana de lo más profundo de la tierra, y una vez que un hombre había probado el agua que salía de allí, no quería volver a probar ninguna otra.

—Mira, Kirsten...

Ella le miró con expresión de «¿en qué puedo ayudarle?», y una sonrisa falsa y estereotipada en la cara.

—¿Sí?

Ahí estaba otro problema. Ella era una chica leída, y él un carpintero que trabajaba con las manos, y que nunca sería capaz de ganarle ni de convencerla de nada por medio de palabras, y menos, cuando ella ya había decidido en lo que quería creer. Quería convencerla de que confiara en él, pero eso era lo que había perdido a raíz del accidente de su sobrino, la capacidad de confiar.

—Es realmente difícil sentir pena por alguien a quien te gustaría estrangular, ¿sabes? —dijo acercándose a su mesa.

Ella, con la silla ya pegada a la pared, no podía moverse ni un milímetro hacia atrás. Él puso las manos sobre su escritorio y se inclinó hacia ella. Ella se echó las manos a la garganta. ¿De verdad pensaba que la iba a estrangular?

Aprovechando que su cara quedaba libre, Michael se inclinó y la besó. Si por él fuera, la hubiera besado hasta que se desmayara. Aunque sólo fuera para que abandonara ese aire tan digno. Pero sus labios, tras un instante de duda, respondieron a los suyos con un beso tierno y suave.

No era el beso intenso y apasionado que él tanto deseaba, sino un beso tímido que parecía decir «cuando menos te lo esperabas, encontraste la otra mitad de tu alma», mientras el beso de él le decía «cree en mí, confía en mí».

Ese beso, lo supiera Kirsten o no, le había dicho a Michael que ella estaba, por lo menos, dispuesta a intentarlo.

—Tengo que salir pitando... ah, por cierto, ¿te he dicho que ya estoy disponible?

—Ah, pues ahora mismo lo pongo en el tablón de anuncios —contestó ella.

Era evidente que necesitaba que la estrangularan, y si él tuviera tiempo en ese momento empezaría a meterla en vereda ya mismo, pero meter a Kirsten en vereda le iba a llevar probablemente toda una vida.

Y además en ese preciso instante, él tenía una misión mucho más importante que hacer, y más urgente.

Le iba a dar a Kirsten las cosas que ella creía que nunca podría tener. Le iba a enseñar que se puede sacar algo bueno de todo, por muy malo que sea, y que el amor todo lo consigue.

Cruzó otra vez la calle corriendo. Allí estaba esperándole el agente inmobiliario, un amigo suyo del colegio.

—Qué estarás tramando que vienes con esa cara —le dijo el amigo, a modo de saludo—. La mismita que cuando me ibas a meter un gol en el colegio. Tiene que ser

una mujer, ¿no?

—Y una bien difícil —contestó él.

—No vas a querer una fácil, ¿no?

—Ed, por favor, pareces mi madre.

El edificio estaba que daba pena: suelo de cemento, lleno de cascotes, olor a humedad, las luces rotas. A Michael le pareció espléndido: estructuralmente sólido, el ladrillo original intacto, no había goteras, la instalación eléctrica y la fontanería en buen estado...

—Perfecto —dijo—. Esto va a ser el Centro de Lectura Grant Baker.

—¿El qué? —preguntó Ed sin tenerlas todas consigo.

—Un centro para que vengan a leer los niños del barrio.

—Si no les importa jugar con las ratas...

—¿Por qué tengo que estar siempre rodeado de gente tan difícil? —dijo Michael como para sí—. Se va a arreglar todo, se va a poner suelo, pintar las paredes, poner luces. Aquí voy a poner una chimenea, y aquí una cocina.

Lo que él estaba pidiendo era un milagro para Navidad, y lo sabía. Una forma de devolverle a Kirsten el corazón.

—Abrimos el día de Navidad —dijo como si tal cosa, tajante y seguro.

Lo estaba viendo, lo veía delante de sus ojos: los niños sentados ahí en cojines en el suelo, tan contentos con sus libros, comiéndose una manzana, las paredes con pósteres de hipopótamos verdes con tutus rosa...

Un regalo auténtico tiene que ser uno que dé a todo el mundo y para siempre. Michael supuso que ese tipo de regalo podía venir de formas muy diferentes: en forma de edificio recién reformado, o en forma de pendientes de esmeraldas de dudoso gusto, o en forma de trineo que va repartiendo juguetes a todos los niños, o, incluso, en forma de Caballero de Armadura Resplandeciente. Pero, independientemente de qué forma tomaran, todos los regalos auténticos tenían una cosa en común. El amor.

Y de eso precisamente trataba la Navidad. El amor fue lo que guió a los Reyes Magos a seguir aquella estrella, lo que hizo que aquella mujer aceptara un futuro incierto y que su hijo naciera en un pesebre. Y lo que guió a un hombre que vino precisamente a traernos eso, amor, y del que todavía hablamos dos mil años después. Amor. Queremos unos a otros. Tan fácil, y tan difícil.

Kirsten salió de trabajar tarde. Lulu la acompañó al coche, sin decirle que Michael le había pedido que lo hiciera así.

Aún entonces, horas más tarde, Kirsten podría sentir el beso de Michael en su boca, como si él le hubiera dejado una rozadura. O una marca. Como si él la hubiera hecho suya con esa marca. Cuando él le dijo que había encontrado un trabajo, ella se había quedado convencida de que ésa era su forma de decir adiós, de no volver a la

Sociedad Secreta, de no volver a verla.

Pero luego vino el beso: tierno, comprensivo, cariñoso.

¿Podría eso ser un beso de despedida?

¡Desesperante, como él mismo!

Se metió en el coche, y por puro azar, porque nunca iba por ese camino, enfiló en dirección al edificio que ella siempre había soñado comprar.

Había luz detrás de las ventanas. Y un cartel con letras rojo brillante en el que ponía Vendido encima de un letrero que llevaba tanto tiempo allí que ya sólo decía Vende, en lugar de Se vende. Al pasar por delante del edificio oyó que habían comenzado ya las obras.

Aceleró, y sintió mareos.

¡Eso es lo que pasa cuando te piensas tanto las cosas! Viene alguien con más visión que tú, y con menos miedo, y te roba tus sueños. Tenía que dejar de seguir esperando que la vida viniera a ella y le presentara todo en bandeja de plata, seguro y sin riesgos, antes de mover un dedo.

Michael llevaba razón. La vida real no es perfecta, eso sólo sucede en el mundo de Harriet y Smedley, un mundo sin vida, hecho de cristal. Ella ya ni siquiera esperaba encontrar un elfo. ¿Que no hay elfos? ¿Y ella, qué pensaba hacer al respecto? ¿Esperar a que Michael le consiguiera uno? ¿Depender de él?

Ya, ya. ¡Ella podría ser su propio elfo! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? La sola idea de vestirse de elfo y repartir los regalos, la puso de lo más contenta.

Estaba clarísimo. Eso era un mensaje.

Nada más llegar a casa, tomaría el teléfono y llamaría a Michael.

Se acabó el miedo. Si quería que le regalara un Caballero de Armadura Resplandeciente se lo diría con todas las letras, y bien clarito. Nada de códigos secretos, y besos y miraditas. Bueno, eso también, pero lo que él tuviera que decirle, perdón, lo que ella tuviera que decirle, que quedara dicho en lenguaje llano, llamando a cada cosa por su nombre.

¿Que él estaba disponible? Perfecto, ella también.

Se acabó el pensar en mira lo que pasó con tus padres, mira lo que pasó con James, mira lo que pasó con Becky y Kent. A partir de ese momento, ella iba a creer que y vivieron felices para siempre también le podía pasar a ella.

A partir de ese momento, iba a escuchar esa voz que le hablaba desde dentro y que le repetía sin cesar que ella podía confiar, podía ser valiente, podía abrirse, podía ser vulnerable, y que en definitiva, podía ser digna de Michael.

Y ya puestos a creer en milagros, ¿Por qué no meter a Becky y Kent también? ¿Por qué no iban a poder reconciliarse? ¿Qué son unos pocos miles de kilómetros de separación si se habla de milagros?

Eso es lo que más odiaba de Michael, que se ponía manos a la obra sin pensárselo dos veces fuera con los Sueños Imposibles, o con cualquiera otra cosa que pareciera irrealizable.

Y eso le hacía a ella creer.

Según llegó a casa, sin quitarse ni las botas, ni siquiera echarle una mirada a los Pequeñines, se fue derecha al teléfono. No podía permitirse perder fuelle.

¿Qué le iba a decir?

Esa nueva Kirsten iba a ser espontánea, nada de prepararse el guión perfecto de antemano.

Pero el teléfono sonó y sonó.

Michael no estaba en casa. Otra vez el nudo en el estómago.

¿Y si ya lo había perdido, como había pasado con el edificio? ¿Perdido por su cabezonería de no contarle un episodio de su vida?

—Éste es el contestador de Michael. Deja tu mensaje, y te llamo más tarde.

Oír su voz la dejó descolocada. ¿Qué iba a decir ahora?

—No te preocupes por el elfo —dijo a toda velocidad—, ya he encontrado uno.

Y colgó. Y le dieron ganas de tirarse de los pelos.

¿Eso es lo que ella entendía por arriesgarse?

Volvió a marcar. Y volvió a sentirse paralizada cuando volvió a saltar el contestador.

—Se me olvidó dejar el nombre. Soy Kirsten. Por si estás buscando elfos para otra gente.

Y colgó a toda velocidad.

¿Qué sería realmente arriesgarse? ¿Decirle la verdad? ¿Que estaba enamorada de él?

Aunque con un mensaje como el que le había dejado, era casi como si se lo hubiera dicho. ¡A nadie le costaría mucho deducirlo!

Se quedó sentada, mirando el teléfono. Decirle que lo quería sí que sería arriesgarse. Pero no, a eso no llegaba. A decirle que estaba enamorada sí que no llegaba.

Aunque en cierta medida, y sin su permiso, eso ya más o menos se había dado por sobreentendido.

Pero ¿decírselo con todas las palabras?

La cara le ardía, el corazón le latía a toda velocidad. No se parecía ni de lejos a sus figuritas, siempre tan relajadas y plácidas. Lo suyo era tenso, intenso y real. Parecía que en cualquier momento el corazón se le podía salir del pecho y parársele la respiración. Era una sensación de pánico, y a la vez, de aguda excitación. Como si estuviera a punto de saltar a un precipicio sin saber qué altura había.

Era como estar viva.

Como si se acabara de despertar, y estuviera disfrutando de esa sensación de estar viva otra vez.

De repente, se preguntó dónde estaría a esa hora de la noche. Horror. ¿Y si estaba con otra mujer?

Notó que se venía abajo, y se enfadó consigo misma. Si quería tenerlo, tenía que

ir a por él, luchar por él, costara lo que costara.

«Confía en él», repetía aquella voz en su interior.

El gran paso. Confiaría en él. Mejor dicho, confiaría en ella misma, en su capacidad de distinguir a un hombre legal de uno que no lo fuera.

El timbre del teléfono sonando la despertó a la mañana siguiente. Se tiró de la cama para ir a contestar, por si era él.

—¡Kirstie, soy yo! —dijo su hermana al otro lado, con voz de júbilo—. Que vamos a ir a pasar la Navidad contigo, Grant y yo.

—¿De verdad?

—Sí, y además... —siguió tras una pequeña pausa—, tengo que decirte una cosa estupenda, bueno, ya te la digo cuando nos veamos. Nos vamos a quedar en un hotel, que ya sé que tu piso es pequeño y...

«Y sin acceso para sillas de ruedas», se dijo Kirsten, terminando la frase.

Colgó, y se dejó caer en el sofá. Su hermana venía por Navidad. ¿Y a un hotel? ¿Cómo era posible? Si siempre estaban fatal de dinero.

¡Ah! Ya sabía cómo. «Y tengo que decirte una cosa estupenda». Había conocido a alguien, seguro.

O sea, que lo de la reconciliación de Becky y Kent, a la porra. Por mucho que odiaba a su cuñado, ex cuñado, tenía que admitir que seguía esperando, soñando, que volvieran juntos otra vez.

Ése era el problema. Era una soñadora empedernida. Y así siempre se acaba con el corazón roto.

Toda su fuerza de la noche anterior sobre que había que creer, ir detrás de las cosas, se desinfló.

Siete días para Navidad...

—¿Quieres ver una cosa muy tierna? —le preguntó Lulu, tomándola del brazo y llevándola a la habitación de la parte de atrás.

Allí, encajonado en un rincón del trineo, estaba tumbado Michael durmiendo. Él le había dicho que tenía un trabajo urgente que terminar antes de Navidad. Pero aun así, se pasaba todas las noches por allí por si había algo que les hacía falta que hiciera.

Kirsten no era tonta, y sabía que quería acompañarla para que no fuera sola hasta el coche, cosa que a ella le encantaba. Especialmente porque la tomaba de la mano, e incluso se la calentaba a veces con el aliento, calentando así también su corazón.

En un par de ocasiones, incluso la siguió en su coche a casa, y subió a jugar a las cartas, pero cuando ella empezaba a ganar sabía que él se estaba cayendo literalmente

de sueño.

Se le quedó mirando allí dormido, y sintió una ternura infinita. Y un deseo infinito también. Y más confusión que nunca en su vida. Sus emociones eran como una montaña rusa. Necesitaba saber. Necesitaba respuestas.

Con mucho cuidado se subió a la carroza, y logró acurrucarse junto a él.

Y entonces le dio un beso.

Él se empezó a despertar, y la miró todavía grogui, y ella aprovechó para sonreírle, y volverlo a besar. Y entonces él la besó más. Y más. Y los dos se adentraron en una carrera por explorarse, por encontrarse, por encontrar una verdad más grande que ellos, más grande que todo el dolor que habían vivido, más grande que los cuentos de hadas.

Kirsten se preguntó cómo sería despertarse a su lado cada día en la vida real. No tendría nada que ver con princesas yendo al baile, o siendo rescatadas por el valiente caballero a la grupa de su caballo.

¿Cómo sería? ¿Leerían el periódico juntos en la cama? ¿Beberían café de la misma taza? ¿Caminarían tomados de la mano? ¿Quemarían las tostadas?

Pensar en ese tipo de cosas tan domésticas y normales le hizo sentir una felicidad inmensa en su corazón, una felicidad que venía de saber que había encontrado una especie de príncipe de diario.

Estaría bien sentirse siempre así de a gusto con la realidad.

—¡Eh! Te estás poniendo colorada —dijo él, tocándole la mejilla.

—Sí, ya lo sabes, yo me pongo como un tomate enseguida.

Ni se molestó en pensar en ningún pescado.

—En que estarás tú pensando —bromeó.

—En nada. Bueno, vale, sí, en cosas.

Todavía con cara de sueño, la miró y sus ojos se encendieron con deseo y sensualidad.

—Todo esto sería mucho más fácil si tú fueras otro tipo de chica —suspiró.

—Tú podrías enseñarme. Mira lo bien que se me dio aprender a jugar al Noventa y Nueve.

—Yo soy ahora un chico reformado, lo siento. Oye, ¿qué hora es?

Kirsten se quedó cortada.

¿Qué hora es? ¿En un momento como ése?

—Las doce. Ya se han ido todos.

¡Oh, no! ¿Era aquello una invitación para pasar a algo más romántico? No sería de extrañar, porque a él se le veía con pocas intenciones de romanticismo.

Kirsten se ruborizó todavía más. Él ni se enteró.

—¿Las doce? Diablos, tengo que irme —dijo levantándose de un salto, ajustándose la ropa y alisándose el pelo con la mano.

¿A las doce de la noche? ¿Adónde?

La miró y le sonrió.

—Lo siento Kirsten, me fastidia un montón, pero tengo que irme.

Y le dio un beso de pacotilla, en un tono de pacotilla. Aunque eso sí, sus ojos decían que quería quedarse, pero no lo suficiente para quedarse realmente.

Kirsten lo vio salir, se levantó, bajó de la carroza y se alisó las arrugas de su nuevo vestido, otro más, no apto para arrumacos en un rincón de una carroza.

Lo que Kirsten más odiaba de Michael Brewster era que lo quería tanto como para darle otra oportunidad a los cuentos de hadas.

Sólo escasas semanas atrás, su vida no era así: todo patas arriba, las tripas subiéndole y bajándole todo el día como un yoyó. Sólo escasas semanas atrás, su vida era controlada y predecible.

El problema con un hombre como Michael es que ella no iba a llevar nunca la voz cantante. ¿Lo podría soportar? No estaba segura.

De lo que sí estaba segura es de ya no podría volver a vivir como antes. Nunca. Y eso es lo que más odiaba del amor. Que lo destrozaba todo.

Capítulo 10

Nochebuena...

Michael Brewster estaba agotado. Se había excedido queriendo reformar un edificio en ruinas en tan poco tiempo. Era como realizar un trabajo de seis meses en nueve días.

Pero ya estaba casi terminado. Un milagro de trabajo en equipo y generosidad. Volvería manos a la obra nada más entregar los regalos por la noche, y lo tendría preparado para mostrárselo a la gente del barrio, y a Kirsten, la mañana de Navidad.

¡Cuántos voluntarios habían echado una mano para convertir aquel centro de lectura en una realidad! Aunque era un trabajo duro, difícil y sin cobrar, la gente joven de todo el barrio no había dejado de venir, de ayudar, de ofrecerse a lo que fuera, lo que derrumbó de forma definitiva los prejuicios de Michael sobre la gente de aquel lugar. Aquellos niños y niñas querían trabajar desesperadamente, y aprender cualquier oficio que él pudiera enseñarles, desde carpintería hasta fontanería. Estaban dispuestos a todo.

Lo más curioso es que el Centro de Lectura Grant Baker que había nacido como un regalo para Kirstie, se había convertido en un regalo para cada joven que entraba por la puerta, con nada que pedir y todo para dar.

Y todavía más en un regalo para Michael. Se dio cuenta de que no había vuelto a nacer el día que le salvaron de las aguas, sino el día que había entrado en la Sociedad Secreta. Había vuelto a respirar, a reír, a sentir. Había vuelto a la vida.

Pero para ganarse a una mujer como Kirsten, sabía que tenía que hacer algo más que estar vivo: tenía que ir con el corazón en la mano. Y con este trabajo Michael se sentía más valioso que nunca.

Por fin volvía a tener esperanzas para su futuro: una casita, una bellísima mujer de ojos grises, e hijitos. Mañanas de Navidad con niños despertando demasiado pronto, rasgando papel de regalo, y chillando de emoción. Momentos donde el último regalo era el más importante...

El Michael de antes había sido fácil y encantador. Pero, sinceramente, en el centro de su existencia había estado siempre él mismo. La palabra compromiso le había dado alergia.

Hasta que llegó Kirsten, su polo opuesto. En el centro de la existencia de ella, estaban los demás. Su objetivo era ayudarles, darles seguridad y amor, aunque se intentara convencer a sí misma de que el amor no existía.

Y lo que Michael estaba haciendo le hacía sentirse merecedor del amor de esa mujer.

Porque la apertura del Centro de Lectura Grant Baker al día siguiente sería sólo el comienzo. Por fin sabía en qué iba a usar todo aquel dinero que había conseguido al

sobrevivir, aquel dinero que ya no era una maldición, sino una bendición.

Iba a comprar el edificio vacío de enfrente. Parecía que estaba en peor estado todavía que el otro, cosa buena si quería enseñarle a todos esos chavales cómo tirar algo abajo, y cómo volverlo a construir. Ese otro edificio sería el Centro de Formación Profesional Familia Brewster. Allí aprenderían esos jóvenes llenos de sueños todo lo que él, y otros profesores, pudieran enseñarles.

Pero todo eso era el futuro. En ese momento, tenía otro trabajo que hacer. Ante la Sociedad Secreta se arremolinaban los voluntarios, cargando los regalos sobre el antiguo trineo. Kirsten le había dicho que se verían allí, que le necesitaba, que él iba a tener el trabajo más importante de la noche.

Pero ¿dónde estaba Kirsten?

Y, de repente, se quedó boquiabierto. ¿Desde cuándo tenían los elfos esa pinta? ¿No se suponía que eran pequeños, verdes y gruñones?

Kirsten apareció por la puerta vestida de elfo, con una falda cortita y unas medias verde fosforito. El traje, que visto de cerca no era más que un saco teñido sujeto por un cinturón, era la cosa más sexy que él jamás le había visto llevar, incluido aquel espléndido traje rojo. ¡Parecía como si Kirsten Morrison hubiera nacido para ser el elfo de Papá Noel!

¿Y acaso no es eso lo que era? La persona que hacía el trabajo detrás de la magia, la que hacía que todo aquello fuera posible.

—¡Por fin has llegado! —dijo Kirsten al verlo—. Toma. Corre a cambiarte.

—Te he echado de menos —le contestó él.

Ligero sonrojo.

—Estoy horrible... ¡no me mires así!

—¿Que no te mire cómo? —insistió él, mirándola incluso más así.

—Ya sabes cómo.

—No, no lo sé.

—Como si me fueras a raptar y a seducir —susurró ella.

—Eso es exactamente lo que me gustaría hacer.

—¿Qué clase de persona querría seducir a una rana? Ah, ya lo sé. ¡Otra rana! —dijo sacando un traje de elfo de talla XXL.

—¡Eso sí que no! ¡No pienso ponerme leotardos! —dijo.

—¿Te acuerdas del primer día, Michael, cuando dijiste que harías de elfo?

Los chicos decimos lo que sea cuando queremos conquistar a una chica. Hacemos lo que sea.

—Fenomenal. ¡Pues ya te estás poniendo el traje de elfo!

Aunque quería dejar su declaración para el día siguiente, no pudo aguantarse.

—Ranita mía. Tengo que decirte una cosa. Te quiero.

Ya lo había soltado.

Kirsten se puso más roja que nunca.

Él la agarró de la cintura, la atrajo hacía sí y la besó.

Y ella le devolvió el beso. Los voluntarios aplaudieron silbando como locos.

—Compórtate —dijo Kirsten—, aquí vienen mi hermana y mi sobrino. Ésta es mi hermana Becky.

Becky iba también vestida de elfo, y se veía a la legua que era más extrovertida. Le dio la mano a Michael, y le lanzó una mirada cómplice, sin que Kirsten lo notara: él les había comprado los billetes y pagado el hotel. Y sabía que Michael estaba enamorado de su hermana. ¿Por qué tenía que ser su hermana tan complicada? Porque ella era así.

Se oyó el ruido de una silla de ruedas eléctrica.

—Y éste es mi sobrino Grant. ¡Ahora date prisa y cámbiate!

Los dos se dieron la mano, y Michael salió a toda prisa para ponerse el traje de elfo, que consistía en un saco verde puesto encima de la camiseta. ¡Lo que uno es capaz de hacer por amor! El amor de Kirsten, el de la comunidad, el de los vecinos, y hasta el de aquéllos que no conocía.

Al poco, se subió al trineo y se dio cuenta de que no se hubiera perdido aquello por nada del mundo: el momento en que se realizaban los sueños para los que habían trabajado tan duramente.

Kirsten iba deslumbrante, irradiando felicidad. Tal como lo habían ensayado, Papá Noel fue leyendo los nombres, y los elfos fueron entregando los regalos correspondientes a los chavales, que esperaban ansiosos en las calles del barrio, a rebosar de niños y familiares.

Michael escuchó los chillidos de emoción, y vio las caras felices de los niños al oír sus nombres. Llamaron a Amanda Watson. Michael sacó su enorme regalo, y saltó del trineo para dárselo personalmente. La niña, feliz, menudita, apenas podía creérselo.

Michael reconoció a su hermano de las obras. Era uno de los voluntarios que habían venido a ayudar. Para Michael ése fue el momento que más recordaría de toda la noche: la mirada de gratitud y dignidad de aquel chaval cuando tomó la caja de su hermana.

Finalmente, cuando entregaron todos los regalos y regresaron a la Sociedad, Lulu dijo:

—Un momento. Parece que Papá Noel se ha dejado algunas cosas en el saco.

Ése era el momento de Michael, para el que llevaba trabajando secretamente semanas. Pero no se podía quedar a presenciarlo. Después de todo, él no era el protagonista. Así que se marchó sigilosamente, antes de que Lulu comenzara a repartir los regalos. Se marchó porque aún quedaban muchas horas de trabajo para el día siguiente, pero también porque notaba que se le iba a salir el corazón del pecho de la felicidad.

—¡Dios mío! Me voy a hacer la pedicura en Arizonaaaa! —retumbó el grito de Lulu en toda la sala.

Kirsten quedó impresionada por la generosidad de todos aquellos regalos. Había

uno hasta para su hermana.

Y para Grant, una pelota de baloncesto, firmada por miembros del equipo. Kirsten se alegró de ver la maestra que Grant había alcanzado con la silla de ruedas.

Todo lo que sucede tiene una razón de ser —le había dicho Becky instantes atrás. Sin el accidente, a lo mejor Grant no habría descubierto su inmensa fortaleza y su increíble voluntad.

Todos los demás, su hermana, Grant, habían aprendido a aceptar las cosas como son, y no como a ellos les gustaría que fueran. Todos habían elegido ser felices, excepto ella, que sólo enfocaba en lo que no era. Por eso no era feliz.

Pero, un momento. ¿Cómo podía ser que Grant y su hermana estuvieran recibiendo regalos? ¿Quién más sabía que habían decidido venir? ¿Y quién sabía de la pasión de Grant por el baloncesto?

De repente, supo quién había sido.

Lo buscó entre la gente, tenía que verlo, ver sus ojos y conectar con él. Necesitaba una confirmación de que era real. Necesitaba decirle que confiaba en él con todo su corazón. Pero, tal como hace Papá Noel, había dejado los regalos y había desaparecido.

Por fin, le llegó su turno. Lulu gritó su nombre y, cuando ella se acercó, le entregó su regalo. Kirsten lo tomó, y lo miró.

—¡Ábrelo! —gritaron todos.

Kirsten no podía creerlo. ¡El Caballero de la Armadura Resplandeciente! ¿Cómo había podido conseguirla si él no era Gran Coleccionista?

Lo más curioso fue que en lugar de alegrarse se sintió decepcionada. ¿Pero entonces qué quería ella realmente de él?

Era un magnífico regalo, con el que Michael aceptaba incluso las cosas de Kirsten que no iban con sus gustos. Pero Kirsten sabía que en realidad, la razón por la que Michael nunca había aceptado esa parte de ella era porque veía que dentro de ella había más, porque esperaba más de ella, porque sabía de la valía que se ocultaba tras la cortina de humo en la que Kirsten se había envuelto.

Todos se quedaron mirando el regalo, sabiendo lo que significaba para Kirsten. Ella trató de sonreír, aunque la decepción era tan grande que podía romper a llorar en cualquier momento. Además, ¿quién era ella para juzgar su regalo, si lo que ella le había comprado a él no le llegaba ni a la altura del zapato, ni transmitía lo que ella sentía por él? Un MP3 con canciones especiales para ella, un turrón especial de pistacho y, en un arrebato de atrevimiento, unos calzoncillos navideños.

Becky fue más directa.

—Por Dios, Kirsten —dijo— ¿Alguna vez te he dicho lo espantosas que me parecen esas figuritas?

—¿No te gustan los Pequeñines y el Amor? —preguntó Kirsten sorprendida.

—Pero ¿no te das cuenta? ¡Smedley tiene la misma cara que Kent!

Era verdad.

¿Cómo era posible que no se hubiera fijado antes en eso? Era evidente. Eran clavados. O sea, que las figuritas representaban la esperanza de que Becky y Kent volvieran juntos, aunque ellos mismos sabían que no volverían nunca. Lo vio claro como el agua, sólo ella quería seguirse aferrando a esa realidad irreal.

—¡Atrápala, mamá! —dijo Grant lanzando la pelota al aire.

¡Cielos! Becky tropezó al ir a agarrarla, y se chocó de lleno con su hermana. Kirsten podría haber sujetado mucho más fuerte a Harriet y Smedley, pero no lo hizo.

Decidió soltarlos y salvarse a sí misma.

La figurita voló por los aires, cayó contra el suelo y se hizo añicos. Aquello no tenía arreglo. Kirsten miró la figura en el suelo, y todos la miraron a ella. Kirsten lo entendió por fin.

O se dejaba amargar la Navidad, sabiendo que su hermana seguiría su vida sin Kent, y que las cosas se destrozaban cuando menos te lo esperas. O convertía aquella Navidad en la mejor de su vida.

Podía decidir sobre cómo quería vivir. Era el fin de la fantasía.

Decidió alegrarse. Y una sensación de libertad la invadió. Estaba preparada. Preparada para aceptar la realidad. Estaba enamorada, y de un hombre que la volvía loca, cuyos labios la hacían querer saber lo que es ser una mujer, no una princesa, sino una mujer de carne y hueso cien por cien, tan real como lo era él.

Se habían acabado esos últimos cuatro años de tanta infelicidad, de tanta contradicción, de tanto miedo al amor y tanto miedo a no ser amada. Michael le había enseñado a amar a alguien de verdad.

Se sintió ligera como el viento. Y feliz. Recordó las caras de todos los niños con sus regalos esa noche, y se dejó sentir toda su alegría, su dolor, sus esperanzas y sus sueños.

Cuando sonaron las campanas de media noche, la calle Washington se llenó del sonido de gente feliz riendo.

Kirsten se giró hacia su hermana y le dijo:

—¿Podéis volver solos al hotel? Tengo que encontrar a Michael.

Capítulo 11

Día de Navidad...00.10 de la madrugada.

Lulu entró, fue derecha hacía él, y le dio tal abrazo que casi lo asfixia.

—¡Tenías que haberte quedado allí! Todo el mundo adivinó enseguida que eras tú y quería darte las gracias.

—Ya me las darán mañana. ¿Le gustó a Kirsten su regalo?

—Se rompió.

—¿Qué?

—Sí, Grant estaba jugando con la pelota, se la tiró a su madre, y le dio sin querer a la figurita. Te he metido los trozos en la caja —dijo entregándosela—. Si la has pagado con tarjeta de crédito, igual todavía puedes recuperar el dinero.

—¿Y qué hizo Kirsten? —preguntó, tomando la caja.

—Se echó a reír.

A pesar de que la bendita figurita le había costado un riñón, Michael se sintió aliviado. ¿Kirsten echándose a reír al rompersele el Caballero de la Armadura Resplandeciente? ¿Quién se lo hubiera imaginado! Nunca terminaría de sorprenderle.

—¡Eh! ¿Tú podrías pintar un mural? —preguntó a un chico que acababa de entrar, que era un crack dibujando—, Esta figura de la caja, ¿la podrías pintar en esa pared?

Al chico se le iluminó la cara por toda respuesta, y corrió a ponerse manos a la obra.

—¿Y yo? ¿Qué puedo ir haciendo, jefe? —preguntó otro chaval.

—Irte a casa con tu familia, que es Nochebuena —respondió Michael.

—Navidad —le corrigió el chaval—. Desde hace ya quince minutos.

Michael trató de convencer a otros cuantos chavales de que se fueran a casa con sus familias, pero todos dijeron lo mismo:

—Tú eres también nuestra familia. Donde tenemos que estar es aquí, terminando lo que hemos empezado.

—Eso digo yo. ¿Dónde está lo de limpiar? Hay que empezar con esas ventanas ahora mismo —dijo Lulu, y le plantó un inmenso beso a Michael en toda la boca—. Siempre había querido besar a Papá Noel.

Seguían entrando voluntarios sin parar, todos con la misma pregunta:

—¿Qué hay que hacer?

Michael insistía:

—Irse a casa con la familia.

Los voluntarios, ignorando sus palabras, se organizaban solos, resueltos a terminar cualquier cosa que faltara.

Día de Navidad... 01.00 de la madrugada.

Kirsten oyó a lo lejos las campanas llamando a Misa del Gallo. ¿Dónde estaba Michael? ¿Cómo podía haberlo dejado desaparecer?

Todo lo de la Navidad había estado centrado en ella. Tenía a su familia aquí gracias a Michael, le había regalado su querida figurita porque sabía lo que significaba para ella. Y ella, ¿qué había hecho ella por él? ¡Dejarlo solo!

Se dio cuenta de hasta qué punto tendría que cambiar si de verdad quería a Michael.

Aunque todos pensarán que ella era la persona más generosa del mundo, enteramente dedicada a realizar los sueños de los otros, lo cierto era que ella era bastante egoísta, todo tenía que centrarse en ella. Y ahora quería madurar, pasar a otra fase, ser una Kirsten con más y mejor que dar, para dárselo a Michael.

No sabía dónde vivía Michael, pero sí dónde vivía el señor Theodore.

Salió para allá a toda velocidad en el coche. No le fue difícil reconocer la casa del señor Theodore desde un kilómetro, porque parecía un castillo de fuegos artificiales. A su lado, sin luces, sin adornos, una casa con un aspecto bastante triste.

¿Cómo podía ella no haberse dado cuenta, no haber hecho algo para que no tuviera que pasar allí la Navidad, tan solo?

Llamó al timbre, y mirando por la ventana, dijo:

—¿Michael?

—¿Kirsten? —dijo una voz a sus espaldas.

—¡Señor Theodore, qué susto me ha dado! —respondió al darse la vuelta—, ¿Sabe dónde está Michael?

—No creo que le apetezca pasarse por aquí esta noche. Su familia hacía una gran fiesta por Navidad.

Sólo semanas atrás, Kirsten hubiera empezado a pensar, angustiada: «¿Estará con otra mujer?». Hoy eso era historia pasada, había aprendido a confiar en él: eso era su regalo de Navidad.

—No tiene ni árbol, con lo que era su madre para esas cosas, su madre, que era una mujer extraordinaria —dijo el señor Theodore.

—De eso no me cabe ninguna duda —repuso Kirsten—. Sólo hay que ver cómo crió a su hijo.

Y, repentinamente, se le vino a la cabeza la idea de que el mundo no lo crean, ni lo construyen ni lo cambian grandes personajes famosos, príncipes o princesas, reyes o reinas, sino gentes extraordinarias de a pie, carpinteros, pescadores, mujeres de su casa, que ejercen todo su poder por medio del amor.

Quizás no fuera siempre un amor de cuento, todo rosa y con hadas, pero eso mismo lo convertía en más fuerte, más resistente, más real. Ése era el auténtico espíritu navideño: volver a descubrir la fe, la esperanza y la caridad.

—¿Dónde podría yo conseguir un árbol a estas horas de la noche? —preguntó

Kirsten.

—Ahí, al final de la calle, han dejado todos los que no han vendido —respondió el señor Theodore.

Vestida de elfo, y arrastrando calle abajo el mejor árbol que encontró, ella sola se echó a reír ante la idea de que igual hasta la arrestaban por atentar contra la propiedad ajena.

Era lo bueno del amor. Se acabó el control y el orden sobre tu vida. Todo patas arriba. Y encima, feliz.

Cuando llegó de nuevo al piso de Michael, las luces estaban encendidas. El señor Theodore había traído de todo lo que faltaba, o sea, de todo, porque en la casa de Michael parecía que nadie hubiera vivido allí en meses: adornos para llenar la casa, velas, luces, comida, bebida...

Kirsten se quedó mirando todas las fotos colgadas en las paredes, le resultaron tan familiares como si los hubiera conocido.

—¿Por qué a mí? ¿Por qué me lo envió a mí? ¿Cómo sabía usted que yo sufría más que él?

—¿Cómo? —respondió el señor Theodore sorprendido—. Yo sólo lo envié a ayudar a los niños que no tienen regalos. Me sentía seriamente preocupado por él, ha habido momentos que he pensado que no iba a ser capaz de superarlo. Ahora estoy seguro de que sí lo hará. ¿Cómo le vamos a dejar el árbol sin regalos? Ahora mismo vuelvo.

Kirsten lo vio claro. Celebrarían la Navidad en casa de Michael. Llamaría a su hermana al hotel y le dirían que viniera con Grant y que trajera el pavo que tenían preparado.

La casa había quedado fabulosa. Kirsten decidió darle el último toque familiar y navideño: unas velas de exterior alumbrando el pasillo de entrada hacia la casa para guiar a Michael hacia su nuevo hogar.

—Esta foto la saqué justo el día que salieron para Alaska, aquí delante de la puerta de la casa —dijo el señor Theodore, que había vuelto con una foto enmarcada que puso debajo del árbol—. ¡Feliz Navidad, Kirsten! Yo ya me voy a dormir.

Kirsten se quedó mirando la foto, y pasó un dedo como acariciándoles la cara a cada uno de ellos. Luego se tumbó en el sofá, y se quedó dormida.

¿El móvil?

Sí, era su móvil sonando.

—Kirsten, ¿dónde estás? —preguntó su hermana, inquieta.

—Becky, ¿tú sabes dónde está Michael? —fue todo lo que acertó a decir, mientras intentaba recordar en dónde estaba, y qué estaba haciendo allí, y se daba cuenta de que Michael no había vuelto todavía.

—¡Madre mía, pero qué enamorados estáis!

—Becky, por favor, ¿tú sabes dónde está? ¿No te das cuenta de que es Navidad y está solo?

—Sí, sí sé dónde está, y tengo órdenes de llevarte con él. Vente a mi hotel rápido. En cinco minutos estaba Kirsten allí.

—Date la vuelta, que tengo que ponerte esto en los ojos —dijo mostrándole una venda que llevaba en la mano—, y como lleguemos tarde me la voy a cargar.

—¿No estarás diciendo en serio lo de la venda? —preguntó Kirsten.

Vestida de elfo y con una venda en los ojos. Así llegó Kirsten al misterioso sitio donde podía oír que había cientos de personas a pesar del frío que hacía y del día que era.

Alguien se acercó a ella, la besó en los labios y le quitó la venda.

—¡Michael! ¿Qué es todo esto?

—Tengo un regalo para ti —dijo él.

—Pero si ya me has dado muchísimo...

Él la besó de nuevo, y la volvió hacia el edificio. Ella lo reconoció inmediatamente. ¡El edificio que ella había soñado con comprar! Había un letrero tapado en la parte de arriba de la fachada.

—Grant, tira del cordón —dijo Michael.

Centro de lectura Grant Baker, *pudo leer Kirsten*.

Grant se puso a dar vueltas con la silla de ruedas, gritando de alegría:

—¡Cómo mola! ¡Tiene mi nombre!

Kirsten notó que las piernas le temblaban, y Michael debió de notarlo también porque la tomó de la mano y le dijo:

—Ven, vamos a verlo por dentro.

Estanterías llenas de libros, cojines de colores sobre un suelo de madera, alfombras por todas partes, luces cálidas y delicadas. Y decenas de niños entrando detrás de Kirsten. Con sus anoraks nuevos y sus peluches, los más pequeños, con sus MP3 y sus auriculares, los mayores.

Kirsten miró las paredes, y abrió mucho los ojos y la boca. ¡Un hipopótamo verde con un tutú rosa! ¡Una luna hecha de queso azul!

Y allí, justo en la pared de delante de ella, un Smedley de uno noventa de alto, montado en su caballo blanco, se inclinaba hacia Harriet para besarle la mano. Sólo que este Smedley no tenía cara de Smedley. ¡Tenía la cara de Michael! ¡Y Harriet tenía la cara de Kirsten!

—Esto es lo más cerca que yo voy a estar de ser un caballero a caballo —le dijo Michael.

Pero ella sabía ahora que eso no era verdad. Los caballeros de verdad llevan la fuerza y la integridad dentro, tanto si van a caballo como si no.

Tras un rato de ver cómo todos disfrutaban del lugar, Kirsten se despidió de Becky y de Grant, y tomando a Michael de la mano, le dijo:

—Michael, ya es muy tarde, vámonos a casa.

Cuando aparcaron fuera de su casa, Michael se quedó muy callado, al ver todas las luces, las velas, los adornos.

Entraron, y al ver su cara, Kirsten le preguntó:

—¿Te parece bien que haya hecho todo esto?

Él la tomó en sus brazos, y empezó a darle vueltas, abrazándola.

—Me parece maravilloso, totalmente maravilloso.

Ella le obligó a sentarse y a abrir los regalos. Le encantó lo de las clases de baile. Luego, al abrir sus calzoncillos con corazoncitos, se los quedó mirando sin decir nada, y luego miró a Kirsten fijamente. Ella se puso como un tomate.

—¡Eso es lo que yo quería de regalo! ¡Que te pusieras como un tomate!

Para oír las canciones de su nuevo MP3 se puso los auriculares. Le pasó a ella uno, y le preguntó:

—¿Bailamos?

Y sí, bailaron y bailaron, y comieron turrón especial de pistacho, y se besaron, y se rieron.

Kirsten le pasó el regalo del señor Theodore. Él se quedó mirando la foto fijamente. Luego, la puso sobre la repisa de la chimenea, en el lugar central de la habitación.

—Bienvenido a casa —le dijo Kirsten, muy suavemente.

—Todavía no es enteramente un hogar —respondió él.

—¿No? —dijo Kirsten, mirando alrededor para ver qué faltaba.

Él la tomó por la barbilla, le levantó dulcemente la cara hacia él, y la miró a los ojos.

—Lo que falta, lo que yo más quiero, el mejor regalo de Navidad, sólo puedes dármelo tú. ¿Quieres casarte conmigo, Kirsten? No deseo otra cosa que quererte y transmitirte todo el amor que mi familia me dio.

Kirsten no podía hablar. Asintió con la cabeza, y él volvió a tomarla en sus brazos, a darle vueltas, a bailar por toda la habitación y a quitarle el gorrito de elfo... como aperitivo de lo que venía después.

Kirsten se puso todavía más cual pimienta morrón.

—Así me gusta. Lo que realmente quiero es ponerte colorada, y no sólo para Navidad, sino para el resto de nuestros días. ¡Bienvenida a casa, Kirsten!





CARA COLTER (Calgary, Alberta, EE. UU.) Ahora vive en una pequeña finca en la Columbia Británica. Ella comparte su vida con ocho caballos, un gato y su héroe, Rob. Ellos tienen tres hijos y un nieto.

Licenciada en periodismo, Cara ha estado haciendo su vida con las palabras de toda su vida adulta. Antes de encontrar su hogar en la novela escribió materiales didácticos, artículos de periódicos, artículos de revistas e incluso los sermones.